

EDUARDO
DIESTE

TEATRO
DE
BUSCON

EDUARDO DIESTE

TEATRO
DE
BUSCON



\$ 6.— m/arg.

EDITORIAL NOVA
BUENOS AIRES

EDUARDO DIAZ

TEATRO
DE BUSCON
TEATRO DE BUSCON

LA ILUSION

EL NIÑO

1900

EDITORIAL NOVA

EDUARDO DIESTE

TEATRO
DE BUSCÓN

Comprende:

CASTIDAD, LA ILUSION
Y
EL VIEJO

Viñetas de SOUTO

EDITORIAL NOVA

BUENOS AIRES

EDUARDO DIEZTE

TEATRO

DE BUSCÓN

Queda hecho el depósito que
previene la ley n° 11.723

Copyright by Editorial Nova,
Buenos Aires, 1947

CASTIDAD, LA ILUSION

EL VIEJO

Vibrato de SOUTO

EDITORIAL NOVA

PRINTED IN ARGENTINA — IMPRESO EN LA ARGENTINA

PROLOGO

Ristreja Epilodal de "Buscón Poeta"

QUERIDO Dr. Syntax, Cónsul provector y tozudo editor de mis pecados: Me pides un prólogo para el *Teatro de Buscón*, y yo te mando un epílogo. A esta encrucijada conduce el desvarío de tus planes. Claro está que un epílogo puede ser un prólogo: los besos a un moribundo de una pronto-viuda joven; la herencia de una fortuna para un pobre, y, abreviando, la resurrección de todos en el Valle de Josafat cuando suenen las trompetas del Juicio Final. Prometo no encontrarme contigo hasta entonces, y quiera Dios que el epílogo de nuestra vida sea el prólogo de una mejor administrada por los propios ángeles.

Aquí, a este plieguecillo de la Ría de Arosa, ha venido dando vueltas, como resto de naufragio, tu primera y segunda recopilación de mi vida y obras, que

tú dices de Poeta Andante. Sin duda la segunda es mejor, quedando solamente obras menores en el cuerpo de la novela, y las que tienen asunto propio en tomo aparte de Teatro; pero tú eres el único responsable. Voy a refrescar tu memoria, reproduciendo parte de nuestro diálogo interminable, hasta el valle de Josafat: allí, uno de los dos tiene que irse al infierno.

COMODOS PLANES DE DR. SYNTAX

DOCTOR SYNTAX. Las obras de un autor, en especial de la época juvenil, en que tan difícil se hace salir de sí mismo o transformar el *yo* en *no-yo*, cuentan como capítulos de su vida. Por eso te propuse...

BUSCÓN. En un árido puerto de Cherburgo, me acuerdo bien...

DR. SYNTAX. ...adquirir tu experiencia, en forma de cartas o elaborada literariamente en cualquier género, para componer un libro que reflejase la curva íntegra de una vida intelectual, auténtica y despreocupada...

BUSCÓN. Plan cómodo, lógico y absurdo. Una obra literaria debe tener y ha tenido siempre una composición geoméricamente limitada. La más breve forma, que es un triángulo, puede soportar en sus vértices o en sus lados todo el círculo del mundo. No pienso ni puedo vivir en novela para dar salida a tu negocio.

DR. SYNTAX. Eso es lo que yo quiero, tu no querer vivir en novela. Una vida despreocupada y con el contenido ordinario de una vida de poeta, y las obras en

que de una manera u otra fluya su vida y sueños, tiene que dar de sí la novela de un poeta...

BUSCÓN. Una vida despreocupada, la tuya, con la salsa de mis hambres... Muy cómodo, pero absurdo. Cualquier vida es disparate, y no es cuento o drama, que se hacen con principio y fin de sectores de experiencia, y no con una totalidad de líneas divergentes que tienen principio y no tienen fin... El vivir no se compone.

DR. SYNTAX. Pero el vivir empieza y termina como cualquier novela.

BUSCÓN. ¡Y yo que te creía un filósofo! La vida más humilde es infinita... ¿Por qué no intentas novelar la tuya propia? Empiezo a temer por mi vida, vigilada por un editor extravagante y empecinado. Esto me recuerda a los que venden su esqueleto en vida.

DR. SYNTAX. Verás... Como a mí nunca me ha pasado nada novelesco — y por eso me llamo *Dr. Syntax*, a quien nunca le pasó nada, con todo y emular a *Don Quijote* — empiezo a dudar del fundamento real de las novelas. Al encontrar enjundia en tus relatos vivos me ha ocurrido no comprar tu esqueleto, sino recoger aquéllos como quien va con un cántaro a la fuente.

BUSCÓN. La simple cualidad del relato, como la del color o del sonido, sin más, el simple decir, ya despierta el apetito del oyente. Al personaje de William Combe, en efecto, nunca le pasa nada importante, pero dice, y nos encanta, del verdor matinal de sus andan-

zas, de sus diálogos de humanidades y sermones, de las tabernas inglesas de su tiempo y de las mejillas de manzana de sus doncellas, y de *sus labios, tentación de las abejas errabundas...*

"You're a nice girl", he smiling said.

"Am I?", replied the simp'ring maid.

"I swear you are, and if you're willing
To give a kiss, I'll give a shilling".

"If 'tis the same thing, Sir, to you,
Make the gift two-fold, and take two".

* * *

Este diálogo fué renovado muchas veces, pero hube de ceder a tu, por otra parte, inofensivo requerimiento. Ahora protesto que yo nada tengo que ver con los amaños de la obra, y compadezco a sus lectores. Sirva al menos como doctrinal de poetas, que no cedan a intentos ambiciosos, y limiten su cuento a un asunto determinado, o hagan sartal de cuentos sin ninguna pretensión cíclica, y lo demás se les dará por añadidura.

Insistes en pedirme nuevos relatos, y aprovecho para enviarte una ristreja final por donde veas, una vez más, lo absurdo de tu intención novelera. Si fuésemos a unir en un relato las cosas que nos suceden o imaginamos o que, por presenciadas y habladas, ya son de nuestra vida, sería como echarse al mar lejos de la costa y desde un barco en marcha.

Desde la última vez que nos separamos reñidos,

muchas cosas me sucedieron, que pueden alimentar otras tantas novelas. Estuve en la guerra civil española, y por la retirada del Ebro llegué hasta un campo de concentración francés, Saint Cyprien, y de allí al Africa, donde había sido *Rey Lubolo* en sueños y, por lo mismo, conocía muy bien. Sucede la guerra mundial, y no en la ballena de Jonás, sino por caminos muy azarosos de mar y tierra vine a dar a este repliegue de la dorada Ría de mi juventud, de donde te escribo. ¿No te parece que ya estás oyendo o esperas oír algo de substancia, y no hice otra cosa que suprimir nada menos que la explosión mayor de la historia moderna? El simple decir, de que antes hablaba. Pero comprenderás que sólo en grandes elipses, para llegar al centro de una figura determinada o plan de relato particular, puede un autor dar cuenta de todos los movimientos y relaciones de sus personajes. El relato integral corresponde a la Historia, y en ésta no es posible reducir a unidad viviente los diversos acontecimientos, y se están allí desplegados como en el mundo natural cielos, mares, tierras y criaturas, que aunque puedan pasar de un viaje enciclopédico a la mente, no son abarcables con esa intensidad de atención que provocan las figuras del Arte. Por esto es posible que en medio de un cataclismo universal nos conmueva cualquier suceso, aparentemente modestísimo, de los *tours* de Dr. Syntax, o de la aldea en que vivimos. Lo prueba esta ristreja que escribo en medio del fragor

del mundo, y no dará la substancia de la guerra ni estará en relación con otros sucesos más o menos auténticos amontonados por ti en el Recorrido Espiritual y Novelesco del Mundo, de Buscón.

CURA CONVERSO

Después de visitar a mi madre, que vive sus cien años a la espera de los hijos que andan por el mundo, en compañía de la triste Sofía, me da cuenta de que han muerto muchos camaradas, víctimas del odio político, y me aconseja hacerme del muerto, y que Dios haga lo suyo.

Voy por las casas de viejos amigos de Seminario en Santiago de Compostela, y hoy párrocos en toda Galicia. Siempre toleraron mis herejías teóricas, y aun parecería que las agradecen, porque mantienen alertada su fe. Uno de éstos me recibe con alborozo, y me dice de sobremesa:

—Muchos crímenes contra la Iglesia cometieron del lado republicano. . .

—Yo no sé — le digo, — pero puedo contar muchos casos en contrario. Teníamos un sacerdote joven que llevaba la oficina en un destacamento del frente de Aragón. Todo el pueblo hablaba de su virtud, y los anarco-sindicalistas lo trataban con gran respeto. Únicamente pedía el sacerdote que no mal hablasen el nombre de Dios en su presencia, y fué de ver que al cabo de unos meses, a fuerza de decirse unos a otros:

cuidado con los sapos y culebras que está el Padre ahí, hablaban ya todos más bien que señoras. En una refriega pudo pasarse al campo enemigo, y pronto volvió muy confiado y diciendo: Vengo con vosotros, que peleáis a brazo partido con Dios, como Israel, y amáis sobre todas las cosas a vuestros hermanos.

PÁRROCO. No comprendo a ese sacerdote. . .

BUSCÓN. Lo que es más difícil de entender son los anarquistas, y el cura parece que llegó a entenderlos muy bien. . . Con el enemigo enfrente, se pasaban la noche estrellada especulando si había otra vida o no, de la inmortalidad del alma, y de una vida libre fundada en la verdad.

PÁRROCO. Entiendo esa conducta, si añadiesen que no hay verdad fuera de la fe. . .

BUSCÓN. La fe es vocación de Dios, dice San Pablo, y su luz llega primero a los que pelean con Dios, como hizo el mismo San Pablo.

PÁRROCO. Dios te salve, Buscón. . .

DIES IRAE

BUSCÓN. Otro cura nos cayó en las manos en la luz del valle de Arán, que, por su belleza, merecía ser de Galicia. No tenía este cura una fama tan bien abonada como el primero, y los vecinos hablaban del favor que tenía con mandones, curiales y copudos caciques. Se comprobó también que tenía inteligencia con el enemigo. . . El pobre no tenía otra inteligencia.

Era rucio y doble en todo, en cuello y sotabarba, y el vientre le iba delante como si rodase un barril de cabeza. Decían que floreaba muy bien el canto llano desde la cima de su mole, que asentaba en zapatones de siete suelas como barcos. Merecía doble sotana de la que llevaba, y los milicianos iban a darle doble vida, empujándolo a una pared para sacarle un retrato, dijeron, cuando el cura empezó a cantar, sin floreo, de esta manera: “¡Hijos míos, hijos míos, vuestro padre va a morir! ¿Quién cuidará de vosotros y de vuestra madre?” Como se entendiese que eran tropos de sermón, dirigidos a los fieles o hijos de la Santa Madre Iglesia, los milicianos prepararon los fusiles. Embriagado de terror, el cura empezó a cantar entonces con una magnífica voz de sochantre que matizaban, a la vez, una cólera vengativa y el gusto habitual de los oficios solemnes:

Dies irae, dies illa,
Solvat seculum in favilla:
Teste David cum Sybilla.

Daba gusto oírle, y los milicianos boquiabiertos no se acordaban de disparar los fusiles. Aprovechó el cura para decir: “No podéis negarme la merced de encomendar mis hijos y mi mujer a vuestro cuidado”.

“Alto el fuego” — dijo el sargento a los milicianos; y al cura: “Si no has mentido, te perdonamos la vida”.

El pelotón se puso en marcha con el cura delante, y pronto llegaron frente a una casita en lo alto de un huerto muy alegre de viña y de frutales defendidos por un muro blanco y chispeante de los trozos de vidrio en la cima. Como un río suelto vino al encuentro de la patrulla una mujer delgadina de media edad y rostro muy gracioso, que se abrazó al cura diciendo con gemidos: “¡Ay, Andrés de mi alma y padre de mis hijos, que te ven mis ojos! ¡Alabado sea Dios y la santísima Virgen María, de mi nombre, pecadora de mí, que oyó mis plegarias!”

“¡Una vuelta a la derecha, de frente, marchen!” — dijo el sargento, y la patrulla se alejó con gravedad marcial y filosófica por el camino que había venido.

Me dirá el Sr. Párroco si esta es persecución de la Santa Madre Iglesia...

PÁRROCO. Tú siempre con las tuyas, Buscón. Pero, ¿eso fué verdad?

BUSCÓN. Como la luz que nos alumbrá...

NUBEIRO

Dejé tranquilo al cura y me fuí de esta parroquia, entre Boiro y Beluso, y en una carretera de altos pinares, por el serán del día, me salió al paso como un alma en pena:

NUBEIRO. Con Dios y con la Virgen santísima...

¿Puede decirme el señor si voy bien camino de Padrón?

Yo le dije que le acompañaría un trecho, y observé su figura mientras hablaba sin tasa. Era hombre membrudo, sin edad, a partir de los cincuenta, y vestía los andrajos de un vestido que no había cortado sastre de aldea. Pelo en cepillo, blanco, y faz agareña, en que las barbas renacían por descuido y pronto habían de ser apostólicas. Le invité a sentarse y participar de la merienda que saqué de mi valija de mano. Pero su agitación era grande, y pronto me dió casi en teatro el cuento de su vida, como si tuviese costumbre de monologar en alta voz o necesitase de la efusión de las confesiones.

NUBEIRO. Me han echado a los caminos y ya no pararé más... No voy al mar otra vez... Me están creciendo los pinos y los robles y la dulce hierba en mi alma después de tantos años que me alejé de mi tierra por mar... ¡Echado de mi pueblo! ¡Mi propia mujer, que yo soñaba con los brazos abiertos! No le falta razón... Trancó la puerta y asomó por la ventana: "¡Vete de mi vista y con los perros! Más de veinte años que me tuviste olvidada con los hijos, a quienes yo sola, y con una sola mano, he puesto de pie en la vida"...

BUSCÓN. ¿Por qué una sola mano?

NUBEIRO. Por eso, porque era *toca*, manca... La otra mano se la comió un cerdo cuando era niñita y su

madre la dejó a dormir en la huerta mientras lavaba en el río. Yo le decía desde afuera: "¿No me reconoces? ¡Mira que me arrodillo (y lo hizo en la falda del monte) delante de un altar donde siempre fuiste mi santa!" Así yo iba de día y de noche a llamar a su puerta, que siempre estuvo cerrada para mis ruegos. Los vecinos venían a escuchar y a ver, como si fuese un cuadro de la Pasión, y lo era. "Mira, Juana, que yo nunca me olvidé de ti ni de mis hijos andando por el mundo... No soy un perdulario... Tengo fuerza todavía para tirar de un cabo y carenar un barco, y otros oficios para el mar, que yo no quiero volver a navegar. Tengo tantas historias que yo esperaba que te iban a dar contento... Podrás ver todo el mundo oyéndome... Monedas de oro traigo algunas, para tu regalo, y colonias y collares y pañuelos finos de señora..." "Nada quiero de ti. Lleva todo eso a las locas que te han tenido enmeigado. Ahora de viejo, cuando terminé de criar los hijos, que nunca te acordaste de socorrer, vienes a que te cuide a ti, alma negra, desvergonzado, lobo del infierno... Seca en los huesos, de los trabajos y de la viudez que me has dado, esposo con guadaña vienes a buscarme para ir juntos al Camposanto". "¡Oh, Juana de mi alma, cómo no te falta razón! ¡Esposo con guadaña! Ahora se ilumina mi pasado de olvidos y de más penas que placeres... Verdad es que navegando me olvidé de todo para no sufrir con los recuerdos. Largo de con-

tar... Pero creí oír la voz de Dios cuando me sentí empujado a volver, para morir a tu lado como un hijo tuyo... Me voy, me voy por los caminos. No volveré más..." "Vete, antes de que vuelvan mis hijos, no tuyos, que andan en la mar. No saben que existes, y tu ejemplo los perdería... ¡Vecinos! Echen a ese hombre de mi puerta y fuera del pueblo, ¡que está maldito y apestado! ¡Yo no le reconozco, yo no le reconozco, no es el padre de mis hijos! El padre de mis hijos ha muerto navegando, como ya os dije en otras ocasiones. ¡A él, vecinos!" "¡Nadie se me acerque!... ¡Aún tengo fuerza para tirar de un cabo! Esta mujer dice verdad... Yo nunca he sido su esposo ni el padre de sus hijos... Ya me voy. Por mi pie. Donde vayan las nubes, voy con ellas... Van para el Nordeste... ¡Allá voy!..."

Diciendo esto, con los ojos en las nubes, que corrían al revés de la luna, dió un salto y desapareció en los matorrales. Me levanté y seguí sólo por la carretera. La noche era infinitamente dulce y tétrica. Una cruz de madera, señal de alguna riña terminada en muerte, a la vuelta de una romería los cantares de aldeas opuestas o el celo de una moza... El misterio del bosque avanzaba sobre mi alma. No había rastros del correnubes... Era mi espectro... Seguir las nubes. Navegar... Desligado de afectos constantes, un ansia esencial de hermandad con todo, hasta sentir que los árboles crecen dentro del alma y la hierba sus-

tituye el vello de la piel... A los lejos, una luz de sangre, ojo de lobo, horadaba el zócalo sombrío de la noche, clara en lo alto. Decidí esperar la alba en la taberna que denotaba esa luz de candil de aceite, y podría jugar a los naipes o hablar de teología con los aldeanos.

RUMOR DE FERIA

No creas que he perdido el hilo de esta ristreja, que es hacerte ver cómo una vida no puede novelarse. Tan pronto uno empieza a moverse — lo estás viendo — brotan ramas de recuerdo y de acción que se confunden con las de otros árboles, y ya estamos perdidos en el bosque.

Hice noche en la taberna. Un colchón de chala o de puños cerrados, con el que he peleado toda la noche, y unas sábanas de lino, primorosamente apulgarradas y, con todo, fresquísimas, porque la primavera hizo que no las necesitase. Te escribo en una mesa de pino, entre la ventana y un par de toneles. La luz entra cargada de efluvios de huertos y de pinares. Hay feria cerca, y entran aldeanos con varas altas o platican debajo del alpende viendo cómo anda una vaquillona después de tirarle del rabo y palmear sus ancas. "Parece que bien..." "No, algún defecto tiene..." "Te digo que treinta reales menos". "¡Bah! ¿Treinta cuartos? Eso puede ser, y yo pago el vino... Si hacemos trato por tu marrana". "A dos duros por teta, ni más ni

menos". "Puede tener catorce tetas y no ser buena madre... Vamos a hablar".

¿Qué política planificada podría descender a estos pormenores que parecen tan importantes y que, sustituidos científicamente bajo la dirección del Estado, terminaría con ello la vida aldeana, que si no es buena, todavía no conocemos otra mejor?... Los poetas camaradas van a mirarme de reojo. Pero si la guerra de España tuvo un efecto bueno, fué haber sacado a los poetas de los centros abstractos que son las grandes urbes y darles a conocer o recordar las gentes lozanas del campo y del mar y la gracia profunda, insustituible, de sus trabajos y devociones. La guerra tuvo para ellos un brío vivificador.

* * *

La muerte es un momentito, decía vuestro caudillo Fructuosa Rivera; no la pena, en el amigo que sobrevive, si es Lorenzo Varela:

Para morir juntos yo tenía un camarada.
Era mía su manta,
era suya mi agua.

Yo le lavé la cara:
era suya mi agua.
Y le puse mortaja:
era mía su manta.

Y me quedó sedienta y fría el alma.

Ya lo vengaremos. El día de la ira se acerca. Pronto el despotismo parecerá una monstruosidad antidiluviana. No quiero hablarte ahora de la guerra, que la alegría del sol arroja a distancias infinitas de romance cantado.

Los feriantes han cerrado el trato y entran, sentándose a mi mesa. Voy a participar de su vino. Les preguntaré si conocen al *Nubeiro*... Sin duda, sería tiempo de que buscara yo una moza para casar, que no sea manca y me deje ir detrás de las nubes... ¿Para qué voy a correr más mundo? Casarme o terminar la carrera de cura. No te frotes las manos, porque no será posible que te venda confesiones de las penitentes...

¿EMPIEZA EL PROLOGO?

Voy a terminar la ristreja epistolar por su trenza, que pretende ser la de mi vida, ocupándome de las obras que, según tu *plan científico*, deben ser trasunto del espíritu del autor en los años juveniles, limitado el campo de observación, por fuerza, a su familia y a los latidos de su sangre. Ello es verdad, pero dudo que lo sea de Arte. Repito que llevado el plan hasta el límite actual, de una primera parte narrativa, y las obras teatrales en una segunda, el conjunto ha ganado en unidad, y ahí debe quedar, si no como un acierto, como un ensayo aleccionador y entretenido.

También concedo que te asisten fuertes razones (de ilustres malos ejemplos), al decir en una de tus cartas, lo que no me escuece transcribir textualmente:

“Nunca pude creer que Buscón fuese tan académico y más que Aristóteles, y es que la sotana del seminarista todavía le entorpece los movimientos del alma. Pobrecito Buscón... Mándame tus memorias de seminarista, con latines y todo, que no estarán de más, te lo juro, en tu *Recorrido Espiritual y Novelesco del Mundo*. Porque yo no hice nada nuevo al injertar dramas y cuentos en el relato de tu vida. ¿No lo hizo Cervantes dando entrada en la Historia del Quijote, con menos oportunidad o justificación, a las novelas del *Curioso Impertinente*, de la *Cristiana Cautiva*, y otras? ¿No lo hizo Dickens en las *Memorias de Mr. Pickwick*? ¿No lo hacen los modernos, desde James Joyce para abajo, con menos mesura y compasión de la tartamudez de los lectores? Ultimamente, quien rechace la amalgama, se quedará con las partes”.

Yo, a mucha honra tartamudo, me quedo con las partes. Sin entrar a juzgar de su mérito, que no debe hacerlo el autor, quiero recoger algo de lo dicho en mis cartas al remitirte esas obras que escribí en mis años de América y mirando la vida dejada atrás, por no conocer la que tenía delante. La vida dejada atrás, mi propia vida y de los míos, es verdad, pero cambiadas las circunstancias de personas y lugares, y de ahí

viene mucho del tropiezo al querer refundirlas en un conjunto novelesco. Decía entonces de

CASTIDAD

“En ésta y en *La Ilusión* miro la vida dejada atrás. ¿Vivimos con la cabeza del revés? Parecería que diez años viniendo embalsan el agua de diez años ya idos. En medio de las preocupaciones nacidas en mí al contacto de las costumbres e ideas libres o ingenuas de América, trenzaba mi alma recuerdos de angustia padecida y hecha padecer a los míos bajo la presión de oscura corriente moral, y me dolían tanto como tiempo después me extrañó el casuismo de la obra mayor (Castidad), pareciéndome hasta de vida ajena y rociada de una pureza de sangre y de dolor que *anima en el mismo valle la casa y el monasterio* en pasadas edades. Sorprendente cosa, explicable por los desniveles de años en la conciencia colectiva, que cuando para mí el drama se perfumó de modestia lugareña y juvenil encanto, los más llevaban a símbolo su rudeza y sentían acerbamente sus espinas. De cualquier modo que se juzgue, la obra reproduce inocentemente un suceso real, verdadero e increíble; y si gustó, no pudo darse a la escena porque un actor jefe sentenció, después de leída, que pequeñas causas no pueden engendrar grandes efectos en el teatro, el cual, en esta exigencia, se distingue de la novela. Corre, pues, como tal, de la forma dialogada, y si un día le

niegan todo albergue de género literario, nunca dejará de ser documento fiel de una vida que, con otras, padeció bajo el yugo solemne de los abuelos. Hay, no obstante, en el fondo de esta moral, cuya importancia no decrece porque se tenga como propia de una raza o de una civilización determinada, un elemento natural irreductible, o lo será todavía en una generación, y es el celo y el pudor egoístas llevados hasta un extremo de escrúpulo místico, en oposición al impulso de amor, más auténticamente natural y contrario”.

EL VIEJO

Parece mentira, pero es también verdad. Buscón aparece en esta obra como personaje arbitral, y lo es, pero también es Julián y Justino y es o será, el padre: no puede pedirse más unidad de familia, y, con todo, es injerto en la novela de Buscón.

Algo quiero repetir de lo que te decía en carta, y que no tomaste en cuenta en ninguno de tus prologos. No hace falta que el lector busque lo recóndito, ni está en la obra más de lo que aparece: la ley del retorno. Tema constante de las conversaciones entre hermanos, la discusión de los padres, como un misterio, vienen a conocerlos, cada uno en su día, por la repetición del destino genésico. Puede no aceptarse filosóficamente, pero esa es la obra en compases de vida auténtica.

Lo recóndito es una obsesión del autor, que ahora

se declara y podrá ser la raíz de esa verdad trágica de los destinos familiares uniformes. La idea de una involución o desarrollo panteísta es contraria al instinto del hombre y a la ley de la vida, y, por otra parte, nada es más fuerte que la tendencia a la fusión, una como *pereza* de diferenciarse o temor de caer en no se sabe qué espacio desorbitado y de eterna soledad. Es una obsesión que ha tomado forma de sueño recurrente: en vez de paraíso terrenal se me aparecen derramados en una gran playa desierta grupos de mujeres y de hombres desnudos, que son los primeros padres. No quieren separarse, y unos ángeles graves, blandiendo látigos, los dispersan hacia todos los puntos cardinales de la tierra. De ahí la fuente de melancolía que une y separa por acto de amor, ley de vida que hace todo perecedero. ¿Tendremos algún día la fuerza necesaria para aceptar esta ley alegremente?

Iba a terminar con una broma esta carta, y no puedo.

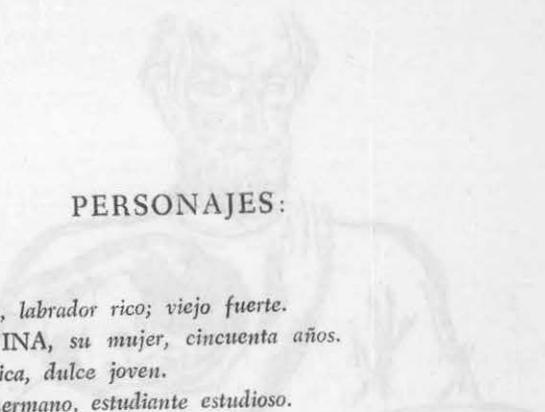
A Dios

Juan Buscón



CASTIDAD

*DRAMA en tres Actos, el primero
con una pausa*



PERSONAJES:

DON ALVARO, *labrador rico; viejo fuerte.*

DOÑA JOAQUINA, *su mujer, cincuenta años.*

SOFIA, *hija única, dulce joven.*

BUSCON, *su hermano, estudiante estudioso.*

GUSTAVO, *su camarada, amigo de la casa.*

DON MANUEL, *clérigo de aldea, simple y alegre.*

MARIJUANA, *aldeana fresca.*

MAGDALENA, *novia de Gustavo.*

ISABEL, *sobrina del cura don Manuel.*

MEDICO *de aldea.*

PEDRO, *sacristán.*

SEÑORITAS *de aldea:* Luisa (bobalicona), Laura (rubia imperiosa),
Julieta (vivaz), Amelia, María, etc., etc.

MOZOS Y MOZAS.

TRES VIEJAS.

EL ALCALDE.

PUEBLO.

ACTO PRIMERO

Es un comedor de sereno aire rústico, de paredes blancas de cal, avivadas dulcemente por un friso de azul.

Del pontón mediano cuelga una lámpara de pantalla blanca sobre un hule de lozanas orlas verdes y rojas; manzanas y limones rebosan de una canastilla y en el centro expanden las dalias y las rosas de una jarra de policromo esmalte. El reloj exhibe la caja de momia de supuesto ébano y áureos adornos, midiendo las horas solemnemente con su pendolón semejante a una luna. Nada le hace caso. Aturden los pájaros. La atmósfera es apenas sensible. Es una mañana de cristal. Se asoman adentro los montes y las nubes.

Un piano transmite desde una habitación contigua el júbilo de una alborada.

Buscón, en traje de casa, del que resalta la camisa de ancho cuello blando sin corbata, se acerca con visible satisfacción al quieto espectáculo de las ventanas. Su peinado, aún húmedo, disipa la somnolencia de su frente y de sus párpados. La música varía y salta con los acordes de la marcha de Rakoczy. Buscón se vuelve risueño hacia la puerta, que deja entrever a una hermosa joven, cuyo busto exagera gra-

ciosamente el mimo de los aires húngaros. Ella se levanta, echa los brazos al cuello del joven, que la recibe con ternura, y se besan.

SOFÍA. Ya ves cómo he aprendido esa marcha que tanto te gusta. Hace tres horas que la ensayo...

BUSCÓN. Ya veo que mi hermanita es una gran cosa. Y qué oportuno ensayo... ¿No te parece a ti que desde los principios de la primavera no se oye otra música?

(Sofía se prepara a escuchar sonidos agradables y vagos conceptos sentándose en una butaca cerca del balcón abierto. La madre selva que tras pasa los balaustres de piedra se le ofrece al paso; con breve movimiento corta dos tallos de la numerosa flor de leche dorada y las confunde entre los encajes de su blusa de seda gris y listas negras. Luego reanuda su atención. Y Buscón sus divagaciones).

BUSCÓN. ¿Estudiaste las cosas de Beethoven que te mandé desde Madrid?

SOFÍA. Sí... A papá no le gustan... Le ponen nervioso... y él no lo es... Dice que no les encuentra sentido. Y yo también noto que no se pueden bailar...

BUSCÓN (riendo). Sí, niña, se pueden bailar, ya lo creo. Hay muchos más bailes de los que tú cono-

ces... Y no sólo se baila con las piernas... Y no sólo de bailar vive el hombre...

SOFÍA. Pero yo soy mujer.

BUSCÓN. Y la Alborada de Veiga, ¿se puede bailar?

SOFÍA. ¡Claro que no!... Pero ¡yo qué sé!...

BUSCÓN. ¡Qué maravilla de muchacha!

SOFÍA. Pero a todo esto aún no te has desayunado...

Y hay una leche riquísima que traje Marijuana.

BUSCÓN. ¿Marijuana?

SOFÍA. ¿No te acuerdas de ella? Las últimas vacaciones la hacías reír bastante... Ella se acuerda siempre, y se ríe siempre y pregunta por ti siempre...

BUSCÓN. ¡Tiene gracia! Pues ni sé de qué se ríe ni sé por qué pregunta por mí siempre...

SOFÍA. Ahora vendrá, después de misa de alba. Está loquísima con una galas que yo le estoy haciendo... ¡Qué linda es Marijuana, y qué felices son aquí en la aldea!... ¡Yo no quiero ir más al colegio!

BUSCÓN. ¿Quieres hacerte aldeana?

SOFÍA. Eso, no... Pero quiero vivir en la aldea...

BUSCÓN. ¡En primavera!

SOFÍA. Pues y el invierno será mejor que entre las hermanas, tan buenas como tú gustes, pero que nos hacen vivir lo mismo que abejas... Yo quiero hacer lo que me da la gana.

BUSCÓN. *(Queda un poco suspenso, sin dejar de sonreír. Luego exclama:)* ¡Qué maravilla de muchacha!... Dime, ¿y los padres?

SOFÍA. Han ido a misa de alba... Yo iré luego a la de once con mi amiga Magdalena. ¿Nos acompañas?

BUSCÓN. Ya sabes que yo no voy a la iglesia. Yo no creo... y me repugna mentir. A duras penas disimulo por no disgustar a los padres...

SOFÍA. Sin embargo, hoy es domingo.

BUSCÓN. ¿Es que los domingos se puede creer? En fin, veremos... Tengo que esperar a mi amigo Gustavo, que ya debe estar en viaje hacia aquí.

SOFÍA (*pregunta con apresuramiento que trata de reprimir tardíamente*). ¡Ah! ¿Viene hoy Gustavo?

BUSCÓN (*con gesto intencionado*). ¿Y qué?...

SOFÍA. Nada. ¿Qué haréis?

BUSCÓN. Tenemos proyectado un paseo con el capellán al castillo de Monterrey.

SOFÍA. No comprendo esa manía vuestra por las ruinas...

BUSCÓN. Esa manía tiene muchas acepciones. El cura persigue tenazmente la fecha de cada piedra. Tiene un amor material a las piedras. Le interesan por sí mismas. Es arqueólogo. Yo trato de animarlas. Evoco mesnadas heroicas, galanterías, trovas. Gustavo escudriña especies para su herbolario. Es el que menos tiene que ver con las piedras... parece una sabandija... ¿Por qué te pones colorada?

SOFÍA. ¿Yo?... Siempre lo estoy...

(*Entra D. Alvaro, cuya figura desplaza gran aire. Las barbas, sin poda, le habrían llegado a la*

cintura. Tan feraces aparecen aun no pasándole de la mitad del pecho. Viste un traje pardo aseñorado. Apenas si esboza una sonrisa para saludar a sus hijos y preguntarles):

DON ALVARO. ¿Parece que no han madrugado mucho?...

SOFÍA. Yo, sí; pero iremos a misa de once con mi amiga Magdalena.

DON ALVARO. Está bien. (*Hace ademán de irse y en seguida vuélvese a su hijo*). El capellán don Manuel vendrá a tomar café con nosotros y partireis juntos, y también el estudiante Gustavo, a no sé qué paseo... Me parece haber visto a Gustavo al salir de misa...

(*Siéntense pasos. La mujer de don Alvaro aparece descñéndose la manteleta, que reluce con los abalorios de azabache. La mujer de don Alvaro no es vieja, mas parece apurada en serlo. Le agobian no poco las medallas y los sentimientos contritos. Su rostro es pálido y melancólicamente severo. Viste siempre de luto*).

DOÑA JOAQUINA. Aquí viene conmigo Marijuana... Ya me quería empezar a decir en la iglesia los asuntos de la granja... Entra, mujer, entra... ¡Debías guardar la cortedad para delante de Dios! ¡Qué mozas las de hoy en día!

MARIJUANA. Buenos días nos dé Dios y la Virgen.

(Apenas alza los ojos que aciertan por sí solos a resbalar por Buscón, quien la mira con algo de involuntario embeleso. Toda la gracia de los prados trae consigo Marijuana. Viste una falda de ruedo igual, muchos pliegues y muchísimos ramos azules. Un pañolón lleno de florazas rojas recortadas en blanco descubre la pechuga, sobre la que respira una cruz de coral. Los brazos multiplican las arrugas del fresco lino acodados simétricamente al separar las puntas de la manteleta que de medio busto sube apicada hasta cubrir la cabeza, dejando al aire las mejillas maduras y los labios asimismo en sazón y los ojos grandes que deleitan igual que un remanso de río entre la espesura. Y también se llegan a ver las bandas lisas del pelo curvadas con suave limpidez sobre la frente. Entretiene la cortedad moviendo entre sus manos morenas un ramo de malvas redondas).

DON ALVARO. (Pregunta con afecto y un poco distraído, examinando el cariz del tiempo). ¿Qué tenías que decirme? ¿Cómo va tu abuela del reuma? ¿Y los becerros?

(Sofía, que se retirara un instante, vuelve alborozada y deja unos pañuelos sobre la mesa. Marijuana se desencoge súbitamente y exclama, contemplándolos uno por uno):

MARIJUANA. ¡Ay, señorita, qué bien están!

SOFÍA. Faltan dos, que voy a ver si te los puedo bordar mientras no marchas. Falta el de Recuerdo y el que deseas con un corazón sangrando bajo una corona de flores... Este me llevará más tiempo... Y, además, deberíamos hacer otra cosa, porque si no parece más propio de un escapulario del Sagrado Corazón de Jesús...

DOÑA JOAQUINA. ¿Y por qué lo has de cambiar? ¡Me parece mejor que los otros!...

SOFÍA. ¡Pero, madre, si es para el novio!

DOÑA JOAQUINA (mientras Marijuana, toda ruborizada, vuelve a torturar las malvas). ¡Ustedes no debían pensar en esas cosas!... ¡Qué mozas las de hoy en día, Virgen Santa!

DON ALVARO. (Que no ha parado mientes en la escena, vuelve del balcón para preguntar de nuevo): Bueno... ¿qué decías de los animales?

MARIJUANA. (Toma con ahinco la ocasión de ahuyentar la vergüenza). ¡Ah, señor! ¡Es preciso que usted ordene a mi padre contra lo que desea hacer de la Pintada!... Si usted viese ahora esta vaca, pensaría, como yo, que será mejor madre que aradora...

DON ALVARO. ¿Tu padre quiere lo último? ¡El sabrá!

MARIJUANA. No quiere saber de nada, señor. Parece que tuviese alguna venganza con esa vaca...

SOFÍA. (Pregunta volublemente). ¿Cómo es la Pintada?

MARIJUANA. ¡Una joya, señorita!

DOÑA JOAQUINA. (*De pronto*). ¡Ay, voy a echar un vistazo a las ollas!

SOFÍA. Madre, ¿nos acompañarás luego a misa de once?

DOÑA JOAQUINA. Sí, hija mía... ¡La aplicaré por tu finado tío, que Dios tenga en la gloria!

DON ALVARO y MARIJUANA. Amén.

MARIJUANA. Es muy ancha, de orejas velludas, y tiene un lomo tan reposado como el de aquella montaña que allí se ve...

SOFÍA. (*Exclama y mira a Buscón, quien hace una leve negativa con la cabeza y sigue escuchando refinadamente atento las palabras de Marijuana*).

¡Ay, qué exagerada!

MARIJUANA. La papada le corre hasta las rodillas, igual que un cortinado. ¡Y tiene unos ojos tan bravíos!...

SOFÍA. ¡Pues vaya una madre que sería!

(*Don Alvaro, con un doble gesto afectuoso, indica de callar lo que no entiende a su hija, e invita a Marijuana que prosiga*).

MARIJUANA. ¡Y si viera, señor, qué fatigas de mi padre si la quiere poner al yugo!...

DON ALVARO. Puede, Marijuana, que lleves razón, según aquel dicho de los viejos: ¿No quiere tu vaca yugos de labranza? Ponle a los yugos de la crianza. ¿Y eligieron muchas madres para este año?

MARIJUANA. Sí, señor, menos la *Pintada*.

(*Don Alvaro se ríe fuera de su costumbre, y esto intimida otra vez a Marijuana. Buscón y Sofía rien también*).

DON ALVARO. Mira, yo voy a ir ahora por allá... Sí, eso es... Voy allá...

MARIJUANA. Bueno, señor... Mi madre también ha venido... Iremos los tres.

DON ALVARO. Me voy ya. Nos encontraremos en el camino... Puede que no venga a comer... ¡Joaquina!

(*Esta contesta desde el fondo y don Alvaro sale. Sofía sale también, y dice a Marijuana*):

SOFÍA. Espera un poquito... Voy a buscar unas sedas para bordar los pañuelos que faltan...

MARIJUANA. (*Echa una mirada recelosa y breve a Buscón*). No, señorita, no faltaba más.

(*Sofía ha salido ya. Buscón se acerca entonces a Marijuana sin poder disimular del todo ciertos aires de ladrón en sus pasos. No denota el menor sobresalto Marijuana. Pero él no se aventura. Dicele sonriente*):

BUSCÓN. ¡Qué bonita eres, Marijuana!

MARIJUANA. ¿Sí?...

BUSCÓN. ¡Me casaría contigo!

MARIJUANA. ¡Ay, qué risa! ¡Usted no es para mí!...

BUSCÓN. ¿Por qué no? Mis padres son también campesinos...

MARIJUANA. ¡Pero son ricos! Y usted es señorito. ¡Un abogado casarse con una labradora!

BUSCÓN. ¡No sería un milagro!

(*Marijuana acentúa de pronto la expresión picaresca del rostro y baja un poco la voz para decir*):

MARIJUANA. ¿Con esa doctrina engañó también a Rosalía?

BUSCÓN. (*Desvanece un pequeño asomo de turbación y murmura siempre risueño*). ¡Habladurías!

MARIJUANA. ¡Si ella es mi amiga! ¡Qué mustia quedó la pobre desde que tuvo el hijo!... ¡Y éste se parece tanto a usted!

BUSCÓN. Son chismes. Como estaba a nuestro servicio, pudo fácilmente acreditarlos, haciéndose no sé qué ilusiones... ¿Y a quién ha de parecerse un mamoncillo de tres meses?... Rosalía nunca me ha llamado la atención. Es feúcha...

MARIJUANA. ¡Ahora!...

BUSCÓN. No hagas caso de cuentos, Marijuana... ¡Tú sí que eres hermosa! ¡Me tienes muy enamorado, créeme, te lo juro, loco!...

(*Y acercándose con la progresión de sus frases, sorprende a Marijuana, que se esquivo mal y recibe un beso en la nuca*).

MARIJUANA. ¡Señorita!

(*Apenas un instante después aparece Sofía. Trae un aspecto de preocupación que Marijuana y*

Buscón creen relacionado con el final de la escena. Y así le sonrían desgraciadamente, sin que acierte Marijuana, por más que lo desee, a condensar una actitud de reproche contra el enamorado. No sale de proferir, toda encendida y riéndose de muy mala gana):

MARIJUANA. ¡Estos estudiantes son tan pillos! ¡Qué pillos de estudiantes!

SOFÍA. ¡Ah, las sedas no las encuentro!... Voy a ver en mi alcoba.

(*Y sin abandonar su aire de preocupación, que choca a Buscón, quien la sigue con la vista, pasa al cuarto contiguo al comedor*).

MARIJUANA (*mientras aquélla se desentiende con ademanes distraídos*). No se moleste, señorita... Otro día será... Si van el jueves a la romería del lugar...

BUSCÓN (*sin dejar de observar la puerta por donde desapareció su hermana, pregunta*): ¿Estáis de fiesta?... Entonces bailaremos... A no ser que tu mozo pretenda impedirlo...

MARIJUANA. Yo no tengo mozo... Todos me sacan a bailar... Pero irá Rosalía conmigo... ¡Ay, me voy, me voy! Mi madre me espera. Señorita, ¡me voy!...

BUSCÓN. (*Se asoma al cuarto de Sofía*). Marijuana se va...

(Sale Sofía, que trata de plegar un papel contra las faldas. Su hermano la observa).

SOFÍA. No encuentro las sedas... Adiós, Marijuana... Tendrás los pañuelos el día de la fiesta, que iremos... (Y esforzándose por reír, añade): ¡Ah, recuerdos a la Pintada!

MARIJUANA. ¡Qué burlona es la señorita!... ¡Queden con Dios, señoritos! ¡Ay, qué señoritos!

(No bien ha salido Marijuana, Buscón, que lucha por arreglar su fisonomía, dudosa entre la desconfianza y el afecto, se encara con su hermana y le pregunta señalando el papel que aquélla disimula entre la falda:)

BUSCÓN. ¿Qué leías?...

SOFÍA. Nada... Una amiga del colegio me escribe... Entérate si quieres...

(Buscón no puede reprimir su desconfianza y tiende la mano a la carta. Sofía la retira entonces rápidamente. Irritado ahora el hermano, intimida, exige. Buscón se abalanza y ella logra quedarse con unos trozos del papel entre las uñas. Sofía puede arrojar el resto estrujado en una bola a la calle. Buscón huye por el pasillo. Sofía se acerca al balcón agitada y habla con alguien).

SOFÍA. ¡Oiga... usted..., vieja! Recoja esos papeles... Esos, a su lado..., pronto... Sí... Guárdelos. Le daré una buena limosna.

(Respira... Se sobresalta de nuevo y retírase del balcón. Entra doña Joaquina).

DOÑA JOAQUINA. Vamos, hija. Ya dió el segundo toque a misa...

(Se oyen fuera voces de Buscón y de una vieja).

VIEJA. Yo no tengo papel alguno...

BUSCÓN. Entréguelo pronto, vieja maldita...

VIEJA. No tengo; oh, no falte a una pobre vieja...

DOÑA JOAQUINA. (Corre al balcón, diciendo): ¿Qué pasa ahí fuera?... ¡Si es Buscón!

BUSCÓN. (Grita con fuerte y decisiva voz): ¡Por última vez! ¡Los papeles! ¡Llamaré a la justicia!

(Se hace un silencio de ansiedad para las dos mujeres. Se oyen pisadas. Entra Buscón nervioso. Doña Joaquina se le acerca).

DOÑA JOAQUINA. ¿Qué pasa, hijo?

BUSCÓN. Espere, madre... (Extiende los trozos de papel sobre la mesa y dice a su hermana hoscamente): No te acerques tú...

(Sofía se deja caer en la butaca y solloza ahogadamente. Luego de devorar unas líneas, Buscón crispera los dedos entre el peinado. Su madre, presa de grande angustia, mira a uno y otro hijo y casi llora al decir):

DOÑA JOAQUINA. ¡Qué pasa, Dios mío! ¡Yo quiero saber lo que pasa!...

BUSCÓN. (*Se alza y dice con sarcasmo*): ¡Esta!...

¿Y usted, madre, tendrá la culpa?

DOÑA JOAQUINA. ¡Pero qué pasa, Dios mío!

BUSCÓN. ¡Demasiada confianza, demasiados mimos!
¡Qué vergüenza!...

SOFÍA. (*Se levanta y viene tambaleando hasta casi caer sobre su hermano*). ¡Por Dios, hermano mío, no digas, no digas!...

(*El hermano la repele duramente y doña Joaquina repite*):

DOÑA JOAQUINA. ¡Sí, dime; yo quiero saber todo, yo quiero saber!...

BUSCÓN. (*Toma el papel y lee*). ¡Qué vergüenza!
"Si aquel beso robado fué tan sabroso..." ¡Qué vergüenza!... ¡No quiero pensarlo más!...

DOÑA JOAQUINA (*muy pálida, pregunta*): ¿Y qué más?...

BUSCÓN. ¿No hay de sobra?

DOÑA JOAQUINA. ¡Pero quién le escribe así a mi hija, Dios mío!

BUSCÓN. ¿Y qué nos importa?

(*Doña Joaquina, transida por la compunción, se acerca desmayadamente a Sofía, que tumbada en la butaca oculta la cabeza entre los brazos*).

DOÑA JOAQUINA. ¡Hija mía, hija mía!... ¡Has manchado tu honra y la de tus viejos padres!... ¡Qué últimos días nos reserva Dios!... ¡Virgen santísima!

(*Buscón, con las manos atrás y la cabeza doblada contra el pecho, mira estúpido el vaivén de la péndola, que se complace ahora en hacer sentir su respiración eterna y ensimismada. La madre, después de enclavijar los dedos y suspirar a lo alto, se anima de súbita energía, y combándose hasta casi herir con sus ojos el rostro de Sofía, gime*):

DOÑA JOAQUINA. ¡Oh, mala hija! ¡Tú no eres mi hija!... ¡Contesta, contesta! Te lo ordeno... ¿Cómo fué?... ¿Cuándo?... ¿En dónde?...

(*Tales preguntas, intercaladas con largas pausas inquisidoras, sublevan el pudor de Sofía, que se retuerce convulsivamente.*

Sin variar la actitud del cuerpo ni decir palabra, Buscón sale de la estancia.

sí, real la pesadumbre de estas mujeres, menos dueñas de sí que las medrosas ciervas?

Bueno será que hable la vida por sus bocas.

DOÑA JOAQUINA. (*Mece los cabellos desatados de su hija*). ¡Sé buena, hija mía, sé buena!... ¡Tus padres te quieren tanto, hija mía, y tu hermano!... ¿Por qué nos disgustas?... ¡Y Dios lo ve todo, hija mía! ¡Dios lo ve todo!...

SOFÍA (*enjugándose las mejillas, murmura*): ¡Ay, madre, qué vergüenza me causaron sus preguntas! Aún no sé lo que pensaban... ¡Me sentía desnuda!... ¡Dios mío!

(*Confundida, se cubre el rostro con las manos. La madre quiere desviar de ese punto las ideas de Sofía y, en aire confidencial, la interrumpe*):

DOÑA JOAQUINA. Yo pienso, hija mía, que si Gustavo te quiere honradamente...

SOFÍA. ¡Sí, madre; me lo ha jurado tantas veces por lo más sagrado!

(*Después de un breve momento, que doña Joaquina emplea en reprimirse para no acongojar este optimismo de su hija, prosigue*):

DOÑA JOAQUINA. Si Gustavo te quiere honradamente, no es regular que se porte así, a hurtadillas nuestras... Tanto más que podía suponer, por cuanto

DOÑA Joaquina, sentada junto a Sofía, parece que vela un enfermo. Su angustia pálida, sus lutos y los sollozos que de cuando en cuando sacuden el abatimiento de su hija, han proyectado en el blanco mediodía que ostenta el relojón y en los brillos de la plena luz, melancolías de crepúsculo. La buena vieja pasa la mano huesuda por los cabellos de su hija, con igual devoción que pasa y repasa las avemarías del rosario. A las amargas devotas no se les puede imaginar juventud. Los cantares de Belén y los senos henchidos de leche azulada que bajo el júbilo maternal succiona un ávido infante rosado son lucecitas que ya no se ven camino del Calvario ni al pie de la Cruz. Y el sábado de gloria nada tiene que ver con la vida. Así estas amargas devotas: para resucitar, no viven. Parecen dedicar su alma, el ser todo, lozanías primero, hijos seguido y cuidados siempre, a los misterios después de la muerte. Son preces personificadas. Y los hijos de ellas tienen sobre el corazón, desde el primer día de su vida, la sombra tremenda del último...

Y si ésta no fuese la verdad exacta, porque los instintos apenas si consienten que se les muden los nombres, ¿no será,

le apreciamos, que no habían de parecernos mal sus proposiciones...

SOFÍA (*más animada, exclama con viveza*): Sí, madre, sí... El pensaba hacerlo este año, que termina sus estudios... ¡Y ésa fué la única vez, después de ocho meses y seis días, que nos vimos un momento a solas!... Nada más que nos escribíamos... y nos mirábamos... Aquélla era una carta antigua...

(*Entra Buscón lentamente, como ha salido poco antes, las manos en los bolsillos, encorvado, y en la frente sombras de una reflexión profunda. Apenas las mujeres han tenido tiempo de mirarle resuenan cerca unos pasos firmes y acompasados*).

DOÑA JOAQUINA. ¡Es Alvaro!...

(*Sofía se yergue súbitamente y da un paso hacia su hermano. Este comprende, y medio alzando el rostro, con laconismo entre ceñudo y apesadumbrado, a través del cual parece notarse inquietud de haber cometido una mala acción, responde*):

BUSCÓN. ¡Sí, lo sabe todo!...

(*La víctima dobla el cuello, afloja los brazos y queda en pie igual que una sonámbula.*

Buscón paséase cabizbajo.

Llegaba, en efecto, el padre; no podría decirse que semejante a un viento fuerte, según la expresión bíblica, ni cejijunto, ni menos aba-

tido. Sería algo más grave: su presencia de todos los días. Era la razón, la fuerza, el hogar, una montaña más en la comarca. Sólo en la casa más alta que todo, en la casa de Dios, se descubría una cabeza más venerable que la suya: la del párroco. A don Alvaro tampoco se le pueden suponer los días jóvenes, los amorios, las andanzas, aunque por distinto modo que a su compañera. Y si de lejos podríamos querer saber cómo hemos nacido, si de igual suerte que las margaritas en los prados, frente a los viejos consta, y de puro sabido se olvida ya de preguntar, que unos hijos son por obra y gracia del Espíritu Santo y otros por gracia burlesca del diablo. ¿Quién pondrá en duda la solidez de la roca y de la encina, y del beneficio que dan para el apoyo y la sombra?... Una tranquila veneración os enmudece. Si todavía, quien haya vivido un poco, no conforme insistiese: ¿no será el corazón, templado en la experiencia, que se afana por todos los medios, aun los del rigor más cruel, en conducir a los seres queridos camino de buena ventura? Cada uno será viejo a su hora, y entonces sabrá de qué se trata. En tanto, hable la vida por sus bocas.

Entró el padre, sin arrugas en la frente, sin pesadumbre al pecho y sin violencia en los brazos. Los trae cruzados al término de la bar-

ba. Su cabeza pende, sí, de una meditación reposada y severa.

La familia está suspensa, despojada de las expresiones y movimientos propios de la intimidad afectuosa).

DON ALVARO (con voz grave y plácida). ¡El Señor me ha castigado!

(Sofía se conmueve y cae de hinojos frente al padre. La infeliz habrá creído oír una voz lastimera y se le agranda el terror de la culpa).

SOFÍA. ¡Perdón, padre mío! ¡Perdón! ¡Soy mala, soy mala! ¡Dios mío!

DON ALVARO. El Señor te perdonará... *(Sofía se reuerce como una poseída. Se alza, cae, mira con extravío).*

SOFÍA. *(Gime).* ¡Yo quiero morir, Dios mío! ¡Yo quiero morir! ¡He perdido mi alma! ¡Estoy en los infiernos! ¡Madre!

(Doña Joaquina lleva el pañuelo a los ojos. Alguna tremenda visión religiosa la aterra. Se adelanta doblada y tiende los brazos como escapularios hacia la pecadora envuelta en llamas).

BUSCÓN. Perdónela, padre...

(Este no parece ver ni oír. Está en sí mismo. La curva del cuello, hinchada con la energía de una pierna atlética en acecho, le ahinca todo el rostro entre las barbas. Porque un espec-

táculo de dolor turba el juicio más austero. Y así hablará más de lo trazado en su propósito. Y ahora pugna por afianzar sobre todas las agitaciones de adentro y de afuera la columna de sus normas. Sus palabras, a disgusto suyo, se exaltan poco a poco, tiemblan. Una soberbia viril le impide también ablandar los modales. A un tiempo dan frío y confianza estos corazones de hierro).

DON ALVARO. Perdonar... ¿Sería posible devolver la color y el fresco a las florecillas ajadas por las alimañas?

(Cuando ancianos recios usan expresiones de cierta candidez y primor — lo hacen a menudo en momentos solemnes, — sea por contraste a su figura y carácter o a su llana manera de hablar ordinaria, es el caso que, lejos de acortar con ellas el camino de las efusiones simpáticas, nos embargan de una como subordinada emoción de niños a quienes las personas de respeto han concedido una breve caricia.

La madre y la hija se han enternecido hasta lo sumo).

BUSCÓN (con temblor). Perdónela, padre...

DON ALVARO. ¿Cuándo esas flores volverán a nacer sin mancilla? ¿Puedo yo perdonar? ¿No es cosa de Dios?

(*La angustia de Sofía es tanta que su madre se atreve a suplicar*):

DOÑA JOAQUINA. ¡Alvaro!

DON ALVARO. ¿Podré recibir al Señor con hipocresía en mi pecho? ¿Podrá sentarse en mis rodillas y jugar con mis canas la hija que las ha ultrajado?

(*Gime otra vez la madre y su hijo acompaña con el gesto*).

DOÑA JOAQUINA. ¡Alvaro!...

DON ALVARO. ¿Cómo sonreirán mis labios cuando el recuerdo importuno inunde mi corazón de repugnancia?

(*Sofía quiere arrojarse de nuevo a los pies del padre. Buscón y su madre la sostienen*).

DON ALVARO. No te acerques a mí... Antes al contrario, y esto quería decirte la última vez que te hablo en mi vida. Ocúltate de mi presencia en todo tiempo. Yo haré por considerarte muerta y rezaré a Dios para que te perdone.

(*Pronunciadas, no sin temblor, tan duras palabras don Alvaro se retira. Sofía le tiende los brazos en vano*).

SOFÍA. ¡Padre!...

(*Su madre y su hermano la conducen a un sofá, donde la infeliz se tiende y solloza sin fuerzas*).

SOFÍA. ¡No puedo más! ¡No puedo más! ¡Madre mía, yo muero! ¡Yo muero!

DOÑA JOAQUINA. No, hija, no... Cálmate...

(*Gime la madre mientras le hace aire con un pañuelo y le descubre la garganta*).

SOFÍA. ¡Yo muero, yo muero!... ¡Pobre padre mío! ¡Soy una mala hija! ¡Soy una gran pecadora! ¡Dios mío, Dios mío, no me condenes y sepa mi padre que Tú me has perdonado!... ¡Dios mío!

(*Al decir con extravío esta plegaria quiere arrojarse, y su hermano, a la vez que hace un gesto de odio contra sí, culpable de tanto dolor, la detiene y luego la acaricia conmovido*).

BUSCÓN. Cálmate, Sofía, hermanita mía, cálmate... Yo te juro que tendrás todo el cariño de padre... ¡Cómo no te va a querer! ¡No seas tontita!

DOÑA JOAQUINA. (*Gime*). Sí, hija mía, sí... ¡Los padres tienen rigor con los hijos porque los quieren mucho!

BUSCÓN. Hermanita, padre te quiere... ¡El disgusto repentino le hizo hablar con demasiada dureza! Yo le haré ver que... no fué tan grave tu falta...

SOFÍA (*ingenuamente, con voz entrecortada por los sollozos*). ¡Fué lo mismo... que tu broma... con... Marijuana!...

(*Buscón, a guisa de apreciar la fiebre, pone la mano en la frente de su hermana y responde*

al aire de leve interrogación que tales palabras han producido en el rostro de la madre):

BUSCÓN. Desvaría... Puede caer enferma... Bueno será que la acueste. ¡Pobrecita!...

(Se oyen de improviso unas voces joviales afuera del lado del balcón).

DON MANUEL. ¡Eh, Buscón, insigne jurisconsulto y poeta! ¡Eh, eh! ¡Eureka! ¡Eureka!

BUSCÓN. Es el capellán... Llévese a Sofía, madre. Trate de consolarla... Pronto... ¡Qué visita tan inoportuna!

DOÑA JOAQUINA *(mientras rodea el talle de Sofía con el brazo derecho y con el otro atrae a sí la cabecita doblada y febril)*. Vamos, hija mía... ¿Estás mejor? Y tú, Buscón, ¿por qué no comes alguna cosa?

BUSCÓN. No tengo ganas... Coman ustedes... No sean niñas...

DOÑA JOAQUINA. Yo no tengo voluntad... Y Alvaro también se ha ido en ayunas.

(No bien se disponían a salir, cubre la puerta del pasillo, de alto abajo, una ancha sotana, desde cuya cima se despeña un raudal de alegría. Es don Manuel Fleitas. Los aldeanos lo elogian diciendo que es un castillo y las beatas lo admiran cuando atruena las bóvedas con el DIES IRAE... Su espíritu corre aparejado con las riadas de sangre por la inhumana mole. Le gusta el buen vino y guiña los ojos a las

buenas mozas. Picado del mosto y de los perfumes de los pinares, suele algunas veces andar a palos en las romerías. Si algún clérigo, de nuevas en el Archiprestazgo, se alarma de los rumores risueños que anuncian a don Manuel, ya en presencia suya, un soplo que viene de las cumbres, ha retozado en los viñedos, se entretuvo con las mozas morenas en la fuente que sombrean laureles, olmos y algún naranjo, se embriagó en los pinares... , llega y da en los rostros, y los refresca y los ilumina, satura los pulmones y las bocas de la gravedad sólo aciertan a tironear las orejas, diciendo: "Este don Manuel, este don Manuel". Hasta se cuenta que, llamado una vez a la diócesis para ser advertido, el enjuto cardenal salió a despedirle hasta la puerta de palacio y díjole en medio de sus ceremoniosos acompañantes, oreados todos de un extraño júbilo: "Venga, don Manuel, muchas veces a mi casa, donde será libre de entrar como el aire..." Sólo es meticuloso cuando trata las piedras de la historia. Trae una tan mal conformada y de tal peso que le descubre más de la muñeca velluda. Saluda riendo):

DON MANUEL. ¡Aquí, como Perico por su casa!... ¡Buenas tardes nos dé Dios!... Pero... ¿qué pasa?

BUSCÓN. *(Provee con desgano)*. Dolor de muelas, don Manuel...

DOÑA JOAQUINA (*con sonrisa insegura que trata de ser cortés*). Sí... , dolor de muelas...

DON MANUEL. (*El corpulento capellán guiña un ojo*). ¡Mal de amores! ¡No te apures, rapaza! ¡Lo malo, que sea en primavera! ¡Tan hermosa es la estación para bailar! ¿Verdad, rapaciña? ¡Sacude el mal, no le hagas caso!...

DOÑA JOAQUINA (*cortada, pero siempre sonriendo*). ¡Qué don Manuel!

DON MANUEL. Mire, doña Joaquina, un grano de incienso en la muela, se la duerme.

BUSCÓN. Sí, madre; llévela y dele algún remedio.

DON MANUEL. (*Deja paso a las dos mujeres*). ¡Con ánimo se asusta el mal, rapaza! ¡No le hagas cortesía!...

BUSCÓN. Madre, traiga café a don Manuel.

DON MANUEL. Mejor será, doña Joaquina, si tiene aquella sangre del Rivero que bebimos la otra vez...

DOÑA JOAQUINA. Sí hay... ¡Qué don Manuel!

DON MANUEL. Tráigalo en jarra de loza y tazas del mismo metal, sin ceremonias, a la usanza de la tierra... El vino es así más fresco y más confiado...

BUSCÓN. ¡Qué don Manuel!...

(*Este deposita con cuidado la piedra sobre el hule y luego blande los brazos, abre el tórax y aspira todo el aire frente a una ventana*).

DON MANUEL. ¡Gracias, Dios mío, te sean dadas por la primavera de este año!

(*Y sin mirar a Buscón, seguro de que le atiende, si bien no da más señales de ello que pasearse cabizbajo de una pared a otra, se inclina, se aparta sucesivamente a la piedra y perora un buen rato*).

DON MANUEL. Traigo una maravilla, querido colega... Un capitel románico. Evidentísimo. ¿Mil ciento treinta y cuatro años, dices? ¡Qué disparate! ¡Año mil setenta y cinco, o más atrás aún!

(*Buscón se ha sentado y contempla el humo de un cigarrillo. El docto capellán ha mirado atrás de sí. Al no ver a su amigo, que está enfrente, le pregunta y continúa sin esperar la respuesta*):

DON MANUEL. ¿Dónde estás? ¡Ah! Tú ves, como yo, dibujarse aquí las nervaturas de un acanto lamidas por los siglos... Nosotros vemos todo esto y mucho más... Todo aquel lujo de símbolos y formas caprichosas peculiares al estilo en su buena época, o mala, según San Bernardo, quien lo condenó acerbamente, juzgando que distraerían la piedad de los fieles...

(*Entra doña Joaquina y coloca encima de la mesa una bandeja con una jarra de loza con dibujos amarillos, azules y rojos, y dos tazas blancas. Don Manuel, sorprendido en el ca-*

lor de su cátedra, se sobresalta cómicamente. Luego, como quien adapta los ojos a distinta claridad, desvanece a grados el visaje áspero de investigar la piedra, adelanta los labios, reluce los ojos, guiña el derecho y al fin se le ríe la faz entera cuando corre delante de su nariz la sangre del Rivero que vierte doña Joaquina en las tazas).

BUSCÓN. Para mí no, madre.

DON MANUEL. ¡Eh, eh, no tolero ese desaire a uno de los más preciados dones de la Naturaleza!... Déjelo de mi cuenta, doña Joaquina... ¿Nos acompaña usted?

DOÑA JOAQUINA. Ay, no, gracias... No quiero alejarme de Sofía...

DON MANUEL. (*Pregunta olvidado*). ¿Qué tiene?... ¡Ah! Las muelas. Un grano de incienso...

DOÑA JOAQUINA. Ahora está dormida, la pobre...

DON MANUEL. No se aflija, doña Joaquina... Es la primavera... ¡Qué día feliz! ¿No es cierto?

DOÑA JOAQUINA. Bueno... Con permiso...

DON MANUEL. Vaya con Dios, doña Joaquina.

(*El capellán liba con refinamiento de buen catador. Buscón se ha levantado, enciende un cigarrillo y pasea nervioso.*

Se acerca a don Manuel y le dice afectuoso):

BUSCÓN. Hemos hablado bastante de piedras, que-

rído don Manuel. Ahora necesito hablarle de cosas más vivas...

(*La inercia de la charla traspasa a borbotones los deseos del joven. Por otra parte, don Manuel se cree picado en su dignidad de arqueólogo*).

DON MANUEL. ¿Más vivas, más vivas? ¡Oh, mientras todo muere, las piedras subsisten y cubren nuestras cenizas!

BUSCÓN. (*Asiente con tolerancia*). No deja de ser una hermosa frase...

DON MANUEL. ¡Ah, querido colega! ¡Tú habrías creído que de tanto pensar en las piedras mi cabeza sería otra piedra sobre la cual podría, sin buscar más, hacer la saludable penitencia de dormir a lo anacoreta... ¿No ves que esto que te digo tiene mérito?

(*Buscón se volvió a sentar y asiente resignado. Don Manuel se sirve otra taza de vino*).

DON MANUEL. Yo noto que me salen cosas buenas de la boca y huyen, me olvido... Y otro fenómeno también doloroso, si te parece, es que me salen cosas buenas sin querer, pero no me entran, aunque quiera con todas mis fuerzas... Las ideas escritas o habladas por otros, si no son de arqueología, me aturden. Esa es la palabra, me aturden...

BUSCÓN. Le ruego que me oiga un cuarto de hora, don Manuel...

(Don Manuel hace una mueca de extrañeza y acaricia la piedra).

BUSCÓN. Usted es un viejo amigo...

DON MANUEL. (Ya en ascuas, el contagioso reidor afirma y vuelve a mirar el pedrusco, temiendo apartarse mucho). No lo dudes...

BUSCÓN. Necesito hablar con alguien, aunque no me entienda... Yo me haré entender... Quiero comprobar si estoy loco, si yo soy una excepción monstruosa. Me agobia el silencio de mis meditaciones.

DON MANUEL. ¿Qué te pasa, hijo, qué te pasa? ¡Habla pronto, desahógate, pero hazte entender!...

BUSCÓN. Sí, me entenderá, don Manuel, porque mi asunto cae dentro de sus facultades... En el confesionario lo habrá recibido más de una vez o parcidos...

DON MANUEL. Veamos...

(El fornido clérigo parece atado a la butaca y mueve lastimosamente de un lado a otro y al techo los ojos absortos).

BUSCÓN. Empezaré de cualquier manera... ¿Sabe usted que yo quiero mucho a mi hermanita?...

DON MANUEL. Lo sabe todo el mundo, porque se supone; es natural, es natural...

BUSCÓN. Es casi adoración lo que le tengo... Me parece verla resplandecer sobre mis caídas, sobre mis congojas... No declaro que todo es confuso, abyecto y amargo, no me mato, en fin, porque ella

vive, real y verdaderamente resplandece sobre mi abatimiento su corazón bueno y puro... ¿No es así como ama y respeta cada uno a su madre, a sus hermanas, a su esposa, a sus hijas?...

DON MANUEL. Muy bien, muy bien, es natural. Tú eres un buen muchacho. Un poco echado a perder por los libros de herejes... Pero tus sentimientos han de volverte al buen camino... ¡Ah, y qué buen predicador harías!

BUSCÓN. A veces, claro está, he tenido que prever el matrimonio de mi hermana... Y no puedo evitar que una ola de náusea inyecte mis ojos de cólera. Conozco a los hombres, me conozco a mí mismo. Buenos amigos se han acercado a mi hermana... Por ejemplo, nuestro amigo Gustavo, mío desde la infancia, compañero de Universidad, cuyas dotes de carácter, de inteligencia y hasta de posición puedo apreciar mejor que nadie... ¡Cuando pienso en las noches que hemos disipado juntos, no puedo conformarme, si antes no me queman los ojos, a que mi hermana se abandone a sus brazos! ¡Y todos son iguales, digo peores, y yo como todos! ¿Es absurdo? ¡O todos somos unos hipócritas o estamos todos engañados! ¿Quién, si no, consiente a la hermana, a la hija o a la esposa las que tenemos por veleidades inocentes y naturalísimas en mujeres ajenas a nosotros? ¿Comprende? ¡Hasta repugnancia da pensar claro en estas cosas!

(Al sentir las manos de Buscón en los hombros, don Manuel, aunque tiene los ojos muy abiertos, parece despertar de súbito. Luego asume un aire confidencial, risueño y contesta):

DON MANUEL. Vuelvo a decirte que serías un gran predicador redentorista... ¡Qué ardor, qué, qué...! Pero no sé adónde ibas a parar... Francamente, me parece que yo dormitaba... ¡No te ofendas! Francamente, lo que decías me huele a escrúpulos de místicos... Yo creo que allá en mi juventud, a tus años, también tuve algo de eso... Ya no me acuerdo... No te ofendas, hijo mío... Es verdad... Los primeros años, digo, meses, de confesionario me devanaba los sesos para aquietar las complicadas aflicciones de algunos penitentes... Cuanto más cabo les daba, más se me iban contra los arrecifes... ¡Eh, eh! ¿Notas que me sale algo?... ¡Vamos, lávate la cara! ¡En primavera y a tus años! ¿Un poco de vino? (Don Manuel se sirve otra taza y prosigue, ya en pleno uso de sus facultades). Decía que después les dejé hablar cuanto querían, o al tuntún me salían cosas que los confortaban... Las más de las veces dormitaba o rejuvenecía mis piedras, ordenaba las fechas y caracteres de las mismas... Y hasta me pareció, al fin, la mejor manera de acabar con escrúpulos y maquinaciones del diablo... Y tengo fama de buen confesor, tú sabes...

BUSCÓN (se acerca y le interrumpe con viveza). ¿Soy yo un extraviado, un meticuloso, una imaginación enferma? ¿Quiere usted ver que no son escrúpulos baladíes? ¿Quiere usted razones como piedras?

(Don Manuel sonríe con algún recelo y asiente automáticamente a cada una de las anteriores preguntas).

BUSCÓN. Dígame, ¿su madre fué una mujer del todo casta?

DON MANUEL. (Se yergue agresivamente y da un puñetazo en la mesa). ¡Mi madre fué una santa! ¡Eh, eh! ¡Yo no consiento que se la ofenda!

BUSCÓN. No le ofendo ni a usted ni a su madre, que más de una vez me tuvo en sus rodillas y yo la quise como a la mía propia...

DON MANUEL. (Esta explicación conmueve a don Manuel. Vuelve a sentarse y trata de sonreír). Eso es otra cosa...

BUSCÓN. (Le interrumpe con serenidad). Todavía no... ¿Y a Josefina jamás le han robado algún beso a espaldas de su tío?

DON MANUEL. (Se yergue otra vez. No golpea la mesa, pero desnuda la muñeca y parece que van a saltársele los ojos). ¡Nadie podrá decir de mi sobrina la menor cosa! ¡Es pura como el agua de la peña!... ¡Quien diga lo contrario miente, y yo tengo muy buenos puños, gracias a Dios!

BUSCÓN. Cállese otra vez, don Manuel... Yo no

quise ofender tampoco a su sobrina, de la cual tengo la misma opinión que de mi propia hermana...

(Don Manuel no puede percibir ironía, y, satisfecho, vuelve a sentarse y a medio sonreír).

DON MANUEL. Entonces, ¿a qué vienen al caso esas preguntas?... ¡No sé qué relación pueden tener con lo que hablábamos!

(Buscón le mira, esforzándose en creer que ha oído bien. Y, en efecto, don Manuel habló con la mayor naturalidad del mundo. El joven se recuesta en la butaca, enciende un cigarrillo y dice con la primera bocanada):

BUSCÓN. En fin, don Manuel, perdóneme... Tengo la cabeza un poco mareada... ¡Que sólo se comprendan los escrúpulos cuando hieren la propia carne! ¡Los místicos somos todos cuando llega el caso!...

DON MANUEL. Sí... Tú estás chiflado. Quisiste aguarime el vino... ¡Pero son bromas pesadas!

BUSCÓN. Ríase, don Manuel; no haga caso...

DON MANUEL *(asombrado)*. ¿Sabes que no me puedo reír? ¿Sabes que empiezo a comprender?... Pero, no... Se me borra... No me entra...

(Siéntese un golpe de nudillos en la puerta y la voz de doña Joaquina).

DOÑA JOAQUINA. Aquí está el estudiante Gustavo...

DON MANUEL. *(Ve una salida para sus zozobras y co-*

re a la puerta con júbilo). ¡Adelante, adelante, señor boticario y otras hierbas!

(Buscón ha hecho un movimiento de sorpresa y luego se levanta con tiesura.

Gustavo aparece. Aquieta con una mano las impaciencias del clérigo y, vuelta la cabeza hacia el fondo, habla con doña Joaquina).

GUSTAVO. ¡Ah!, ¿está mal Sofía? ¡No será grave! ¡Me alegro!... Ahora pasaré con ustedes... ¿Y don Alvaro, bien?...

DOÑA JOAQUINA. Vaya, Gustavo, vaya... Ya hablaremos luego...

GUSTAVO. ¡Hola, queridos amigos! ¡Bravo, don Manuel!

DON MANUEL. ¡Ah, señor boticario y otras hierbas!...

GUSTAVO. Y tú, Buscón, ¿qué tienes? ¿Estás mal también?

BUSCÓN. Un poco... Nada... El vino de don Manuel se me ha subido a la cabeza.

DON MANUEL. ¡Ja, ja, ja!.. ¡No sabría explicar por qué, pero me consta que tu salida tiene la mar de gracia!...

GUSTAVO. Este don Manuel, siempre tan alegre.

BUSCÓN. Sí, Gustavo. ¡Quién pudiera ser de la pasta de don Manuel!

GUSTAVO. *(Adopta un aire resuelto y exclama)*: Pues yo también traigo lleno el corazón del júbilo más

claro. ¡El que produce obrar bien y acertar el destino!...

DON MANUEL. ¡Muy bien, muy bien! Tú eres otro buen muchacho... Un poco trastornado igualmente por libros de herejes... ¡Pedanterías de estudiantes! Hasta yo, simplón de mí, es cosa de asombrarse: aquí, en secreto... Allá muy lejos, cuando rompía sotanas en el seminario, me daba por asustar a los chicos con decir que era... ¿Cómo le llaman a unos herejes tamaños que hubo en tiempos de los godos?... Ya caigo: arrieros, arrieros...

GUSTAVO. Arrianos, don Manuel, arrianos...

DON MANUEL. Sí, pero el profesor de Historia les llamaba arrieros. ¿Verdad que tiene gracia?

GUSTAVO. Sí, don Manuel; tiene gracia. Pero déjeme hablar: necesito que compartan mi alegría...

DON MANUEL. Bien, bien... Refresca la garganta y empieza... Es puro del Rivero...

GUSTAVO. Es un pequeño cuento... Yo me complazco en reconstruirlo hasta en sus pormenores pintorescos...

DON MANUEL. Tú hablas de perlas también... ¡Vosotros habéis errado la carrera, muchachos! ¡Qué dos predicadores! Sigue, sigue. ¡No me hagas caso!

(Y don Manuel se respalda, cruza las manos piamente sobre el pecho y aduerme la cabeza para recibir de la ventana los hálitos de la primavera).

DON MANUEL. No duermo, ¿eh?, no duermo. Saboreo, saboreo...

GUSTAVO. Tú, Buscón, conoces algo de esta historia, sus líneas generales... Eras de los que no me creían... Ahora, mi resolución y sus motivos darán fe a mis palabras.

DON MANUEL. (*Ladea el rostro para decir*): Ese cuento, ese cuento, venga... Basta de prólogo...

GUSTAVO. Ahora va, don Manuel... Yo tenía unos amoríos veleidosos... Cartitas lagrimeadas de interjecciones, ojillos de madrigal, besos apresurados y de pascuas en viernes, porque los padres guardaban mucho a la niña y también su propio recato; y, no me alabo, ayudaba no poco la conciencia que yo pueda tener... Eran niñerías que a nada comprometen, no mancillan, no turban la paz de los hogares... Pasan los años... Las vidas toman rumbos fijos... Es como si se naciera varias veces... Y resuenan por todos los días de la existencia cantos lejanos, de una suavidad dulcísima, que aumentan la dicha actual o atenúan los rigores de la desgracia...

BUSCÓN. Todo es muy poético, verdaderamente...

GUSTAVO. Es verdad, yo lo siento así... Pero a veces el juego tiene accidentes peligrosos... Verás mi caso, ya resuelto, felizmente... Encomendada a unas señoras de respeto que acompañaban a sus hijas, Magdalena fué a la romería de un lugar vecino, distante una legua... Allí nos encontramos,

quiero creer que por casualidad... A la vuelta, recién puesto el sol, favorecidos por la tolerancia de las buenas amigas y ensimismados, nos fuimos quedando atrás... Empezó a florecer el cielo... El fulgor de Venus hacía parpadear a las demás estrellas... Resonaron las cigarras y se arrulló la tórtola sobre nuestras cabezas... De pronto nos miramos el uno al otro llenos de sobresalto, frente a una de las bifurcaciones de los caminos, tan repetidas en el país. (*Don Manuel duerme con la placidez de la noche estrellada por donde se desliza el idilio del cuento. Buscón también reposa, invadido por la melancolía*). No sabiendo cuál rama del camino tomar, yo simulé, para tranquilizar a Magdalena, conocer muy bien aquella que escogí al azar y emprendí con resolución... Llamamos a las compañeras... Nuestras voces se diluían, eran acordadas con la de los insectos, las de los canes a la luna, el rumor de los árboles, el cántico de los ríos e infinitas voces recónditas en la profunda armonía de la noche... Muchas veces la sublimidad de esta música nos hacía olvidar que existíamos, cuanto más de las angustias de nuestra situación... Yo besaba entonces a mi amiga en la frente, semejante a un cuarto de luna, y sus ojos se dilataban como el firmamento... Recobraba el pesar y prorrumpía de nuevo en sollozos... Cada vez me desorientaba más... Los cercos, los ríos, las malezas se oponían siempre a mis pasos, en lu-

gar del camino abierto... La alzaba en mis brazos y así traspuse ágilmente numerosos obstáculos... Otras veces refugiaba en mi pecho su cabecita, espantada por ladridos ásperos, de improviso y a la espalda, o por algún ruido sinuoso entre las hierbas que acababan de hollar nuestros pies... ¡Cuánto podría decir de aquella noche! ¡Tan grabada está en mi memoria!... Pero es preciso abreviar... Cuando llegamos al pueblo eran las cuatro de la mañana; era domingo y las campanas tocaban a misa de alba... Grupos de mujerucas y labriegos nos miraban de un modo perverso, al pasar... Las amigas de Magdalena, en secreto, cundieron la voz por todos los rincones... ¡Qué desconuelo para los padres de la pobrecilla! Yo tenía que encerrarme en casa, asediado por la malicia de la gente... Ni mis mejores amigos, tú entre ellos, podían creer que hubiésemos perdido la senda y, más que nada, la noche en lágrimas y en contemplar la luna... La deshonra de Magdalena fue desde entonces un hecho realísimo... Y yo quedé en un estado de ánimo deplorable, pues a la vez que no hallaba en mí sentimiento alguno de preferencia hacia aquella mujer, con la cual, como con otras tantas, me había simplemente distraído, la razón de un deber que cumplir, de una injusticia causada por mí que remediar, no me dejaba dormir... ¡Casarme por deber, casi a la fuerza!... Juzgué bueno el recurso de poner tiempo y distan-

cia por medio, y con el pretexto de cursar estudios superiores pude conseguir de mis padres permiso para irme, terminadas las vacaciones, a Madrid... ¡Y ya lejos, en vez de las voces atormentadoras de la mala conciencia empecé a oír las misteriosas voces de aquella noche de estrellas, una frente púdica, los ojos grandes de una criatura hermosa y débil!... Traté de aturdirme, de resistir por miedo que fuesen ilusiones... Vuelto a casa hace unos meses, el mismo tormento... Indago la vida de Magdalena... Vive recatada... Su padre ha muerto, quién sabe si de pena... Sus amigas la saludan con esfuerzo... Sigue deshonrada en la opinión de las gentes... ¡Y esta mañana misma, queridos amigos, me levanté con la frente despejada y un júbilo danzarán por toda la sangre!... ¡La quiero! ¡La quiero! ¡Con toda mi alma! ¡No podré vivir un momento más sin ella! Díjelo a mis padres, y me bendijeron... Corrí a mi novia, y se alegró como el nacimiento del día... Su madre lloraba de alegría... ¡Qué feliz soy, qué feliz soy! ¡Dadme albricias, amigos míos! ¡Albricias! ¡Albricias!

(Don Manuel despierta y da un salto en el asiento. Ve que ha llegado el momento de aplaudir y se desborda, muy convencido de que las cosas no podían haber pasado de otro modo y muy satisfecho, por lo tanto, de haber despertado tan oportunamente y tan a gusto).

DON MANUEL. ¡Bravo, bravo! ¡Así me gusta! *Sursum corda!* ¡Ja, ja, ja, ja!

GUSTAVO. ¿Y tú, amigo mío?... (*Baja la cabeza, con pesadumbre*). ¡Sí, comprendo!... ¡Perdóname!...

BUSCÓN (*con orgullo, mirando fijamente a su amigo*). Tú no comprendes nada. ¡No se trata de eso!

GUSTAVO (*extrañado ingenuamente*). ¿Entonces...?

BUSCÓN. Por dos razones, deseo advertirte... Porque soy tu amigo... y porque, según tu manera de ver, mis palabras no han de perjudicar en lo más mínimo a tus felices y honrados propósitos...

GUSTAVO. ¡Habla, por Dios!... ¡Qué iré a oír!

BUSCÓN. Estás a tiempo...

GUSTAVO. Sí, sí; habla pronto. ¡Habla!

BUSCÓN. Sea... ¿Te consta si tu novia, en tu ausencia, no habrá tenido veleidades inocentes, niñerías?...

GUSTAVO. ¡Qué dices! ¡Dios!... ¿He oído bien? ¡Mentira! ¡Infamia tuya!

BUSCÓN. ¡No! ¡Cuidado!

GUSTAVO. ¡Es la primera vez, si no es por mi culpa, que oigo poner en duda su honradez!

BUSCÓN. Yo tampoco la pongo en duda, según tu criterio... ¿Qué importa que los niños roben las cerezas que penden fuera del muro? Niñerías que a nada comprometen; no mancillan, no turban... Dulces cantos lejanos... ¿No son tus mismas palabras?

GUSTAVO. ¡Ah! ¡Tú tratas de bromear a costa de mis contradicciones!... Tendrías razón... He disparado... ¡Los labios dichosos son tan imprudentes!

BUSCÓN. No, no... No es juego dialéctico. Magdalena dejó caer algunas cerezas maduras que alguien se habrá comido... Niñerías... No les des importancia... Y corre a cumplir y a ser feliz con ella...

GUSTAVO. ¿Hablas en serio? ¡Pero es una infamia! ¡Pruebas, pruebas!

BUSCÓN. Por ti mismo podrás encontrarlas... Fíngete forastero... Pon los oídos en la espalda y escucha lo que dicen tus propios amigos... Pero haz cuenta de lo que te digo... No se trata más que de niñerías... Alguna que otra cereza madura o beso robado... Nada... Cálmate...

GUSTAVO. ¡Te mataré, te mataré si has mentido! ¡Ella es pura!... Me adora. ¡Infame! ¡Te mataré! ¡Ah!

(Gustavo se aprieta la cabeza desesperadamente y sale con estrépito.)

Don Manuel, que ha estado absorto en toda la escena, quiere detenerlo. Después se vuelve a Buscón y le apostrofa con una violencia enorme. Nunca fué la falta de razón tan magnífica y tan conmovedora como entonces. La voz del clérigo atruena la casa, es la misma con que entona el DIES IRAE).

DON MANUEL. ¡Eres un malvado! ¡Eres un perverso!... ¡El demonio maquina en tu corazón!

BUSCÓN. Usted dormía, don Manuel. Usted no se ha enterado...

DON MANUEL. ¡Me enteré del principio y del final, y eso me basta!... ¡Nuestro amigo llegó contento y huye desesperado, ardiendo!... ¡Tú estás maldito! ¡El Señor te castigará! ¡Quien siembra sinsabores no recogerá venturas! ¡Desdichado!

(A los gritos de don Manuel acuden doña Joaquina y don Alvaro, que se quedan suspensos ante tan inusitada cólera.)

Buscón interrumpe al clérigo, y sus palabras crecen grado a grado en ardimiento hasta rayar en desvarío).

BUSCÓN. ¡Malvado, no! ¡Perverso, no! ¡Desdichado, sí, desdichado! ¡Yo no miento, yo no puedo engañarme a mí mismo! ¡Que me quemén los ojos! ¡Ustedes no pueden condenarme porque no se enteran, dormitan hasta en el confesonario, el único portillo que tienen abierto sobre la vida! ¿Qué podrán juzgar de sus complicaciones y de sus miserias si no viven más que de oídas? ¡Puede ser que tengan razón no teniéndola! ¡Puede ser que la mentira sea una virtud! ¡Y también la ceguera y los alegres instintos! ¡Quiero irme lejos! ¡Tener una vida trazada a voluntad!... Nada puedo contra ese

hervidero de larvas, fuerzas ciegas que devoran mis energías para el bien y para la dicha... ¡Ah!

(Sale con mayor desesperación que poco antes su amigo.

Mira el padre al capellán, éste al padre, los dos a la madre, los tres al aire, y no se oye otro ruido que el monótono de la péndola sobre la estupefacción de la escena).

ACTO SEGUNDO

EL claro comedor aldeano aún no resplandece con la luz ofuscante propia de la canícula, debido a ser las horas de la mañana. Es fresco y nítido su aire. En la mesa hay dos fruteros rebosantes de uvas, peras y manzanas, y tres grandes sandías sobre el hule. En una silla, cerca del relojón, una cesta con flores, dominando las rosas y las camelias de todos los matices. Es el día del Corpus.

Buscón, en traje de casa, pasea y de cuando en cuando se detiene frente al balcón y aspira el buen día.

Doña Joaquina remata una labor, que parece la cubierta de un altar.

BUSCÓN. ¿Y Sofía, madre?

DOÑA JOAQUINA. ¡Siempre amodorrada; lleva dos meses así!

BUSCÓN. ¿Dónde está?

DOÑA JOAQUINA. En su cuarto... Parece que lee... Digo parece porque no debe leer, pues la señal del libro no pasa una hoja, si no es para atrás, como si la pusiese distraída en cualquier parte.

BUSCÓN. Pero yo le oí tocar el piano...

DOÑA JOAQUINA. Pero en seguida se cansa y vuelve a su alcoba, y no lee, comienza una labor y se pica los dedos con la aguja y se enfurece y la tira en el costurero; le da por limpiar los vidrios, cepilla la ropa de todos; nunca la vi tan prolija: quiere hasta cocinar y...

BUSCÓN. Comprendo, madre, comprendo... ¡Hacer muchas cosas a un tiempo es no tener la paz conveniente para hacer las cosas necesarias o de todos los días! ¡Pobre hermanita!

DOÑA JOAQUINA. De noche se queda muda en el balcón horas y horas... ¡Y van dos meses así, Dios mío!

BUSCÓN. ¡Pobrecilla!

DOÑA JOAQUINA. Tu padre, cediendo a mis ruegos, ya la habla, y hasta con buen humor... Pero unas veces sus palabras son de un afecto buscado, parece cortesía; y otras veces, cuando espontáneamente se muestra risueño, de pronto una sombra le cae sobre la frente y corta de cualquier modo, con risa forzada, muy fea, muy fea, y otras veces corta con brusquedad...

BUSCÓN. ¡Yo tuve la culpa de todo eso! ¡Por una tontería!

DOÑA JOAQUINA. Pero eso no es lo peor... Yo no vivo pensando lo que será el día que la pobre sepa que van a casarse Magdalena y Gustavo. Por aho-

ra no sabe... ¡Sale tan poco! ¡De casa a la iglesia y de la iglesia a casa, los domingos!...

BUSCÓN. ¿Y padre nunca supo ni quiso enterarse de quién había escrito aquella carta a Sofía? ¿Ni sospecha de Gustavo?

DOÑA JOAQUINA. Sí, sí... Quiso enterarse... Lleno de furor, juraba que le hundiría el pecho al atrevido... Yo tuve miedo a mayores trastornos... Yo tuve miedo, porque le conozco... Noté que tú no le habías dicho nada, y mentí, Dios mío. ¿Hice mal, hijo?

BUSCÓN. No, madre, no...

DOÑA JOAQUINA. Le dije cómo ustedes, al luchar, habían hecho trizas la carta, y entre los trozos perdidos iría la firma... ¿Nunca te preguntó a ti?

BUSCÓN. No... Pero ya tenía pensado engañarle también... Le diría que sólo estaba firmada con una inicial, según la costumbre de muchos enamorados cautelosos...

(Se oye un gran alborozo de muchachas afuera, del lado del balcón).

TODAS. ¡Sofía! ¡Sofía! ¡Sofía!

BUSCÓN (asomándose). ¡Hola, hola, alegre juventud!

UNA VOZ FEMENINA. (Fuera). ¡Hola, abuelito! (Risas).

BUSCÓN. ¡Entren!

OTRA VOZ. (Fuera). ¿Por el balcón?

BUSCÓN (con reflexión cómica). Por donde gusten;

pero les será más fácil dar la vueltita y entrar por la puerta...

(Mientras ríen las muchachas, Buscón entra la cabeza y dice a su madre, quien acaba de abrir el cuarto de Sofía):

BUSCÓN. Eso, madre, llámela...

OTRA VOZ. (Fuera). Venimos tan cansadas que sólo la idea de tener que dar un paso más nos asusta y nos fatiga...

BUSCÓN. Si quieren les echo un cesto atado a una cuerda y las pesco una a una...

VOCES. (Fuera, grandes risas). ¡Sí, sí!... ¡Qué gracioso! ¡Que nos pesque, sí; que nos pesque!

DOÑA JOAQUINA. (Dentro). Sofía, Sofía, ¿no oyes a tus amigas? ¡Te pasas los días amodorrada! ¡Vamos, hija, sal a recibir a tus amigas!

BUSCÓN (a las muchachas). Ahora sale Sofía a buscarlas, para que sea más corto el viaje... (Entra y llama también). ¡Sofía! ¡Sofía!

(Sale Sofía, muy desmejorada. Se despereza y hace mohines de fastidio).

BUSCÓN. ¿No has oído la algazara de tus amigas?

SOFÍA. Sí, de sobra... ¡Qué fastidio!

BUSCÓN. No, hermanita... No seas así... ¡Hoy es día de gran fiesta!

DOÑA JOAQUINA. Sí, mujer; anímate... Sal a recibir a tus amiguitas...

(Sale Sofía con desgano.

Doña Joaquina mira a Buscón, que medita, y le dice):

DOÑA JOAQUINA. Tengo miedo, hijo...

BUSCÓN. Pero nada sabe del próximo casamiento de Gustavo con Magdalena.

DOÑA JOAQUINA. Nada sabe, nada sabe... ¡Ni sospecha siquiera! ¡Tengo miedo que hoy lo sepa!

BUSCÓN. ¡Es la comidilla del pueblo hace un mes!

DOÑA JOAQUINA. Hace dos meses que ella no sale nada más que los domingos, a misa de alba... ¡Tengo miedo que las amigas le hablen hoy!

BUSCÓN. ¿Siempre sigue tan confiada en las antiguas promesas de Gustavo?

DOÑA JOAQUINA. Siempre, siempre... ¡Y yo no me atreví a decirle lo que pasa! ¡Ha sufrido tanto, la pobre!...

BUSCÓN. En fin... ¡Algún día lo tendrá que saber!

DOÑA JOAQUINA. ¡Qué suplicio para mí, fingir, callarme turbada, no saber qué hacer! ¡Pobre hija mía!

BUSCÓN. En fin...

DOÑA JOAQUINA. (Se sobresalta de pronto). Ahora pienso qué mal hicimos en decirle que fuese a recibir a las amigas. ¡Si éstas le hubiesen dado la noticia! ¡Tardan! (Mira por uno de los balcones y añade). ¡Ya no están aquí!... ¿Le habrán dicho algo, Dios mío?

BUSCÓN. Tranquilícese, madre... No habrán tenido tiempo ni de saludarse.

DOÑA JOAQUINA. (*Va inquieta de los balcones a la puerta del comedor*). No, hijo; esas noticias se dan así, de repente... ¡Por qué la habremos aconsejado salir, Dios mío!

BUSCÓN. Vamos, madre; calma...

DOÑA JOAQUINA (*siempre inquieta*). ¡Lo que tardan! ¡Lo que tardan! ¡Esas noticias se dicen así, de repente!... ¿Por qué no sales a buscarlas, Buscón? Tu presencia les haría olvidarse de la noticia...

BUSCÓN. Sí, madre; voy, voy...

(*Quando se dispone a salir siéntense ya en el pasillo las voces alborozadas de las alegres muchachas. Buscón vuelve sobre sus pasos y pone atención*).

BUSCÓN. Ya vienen... Parece que oigo hablar a Sofía. Sí... Tiene la voz de antes... No le han dicho nada...

(*La madre aguarda con expectación la entrada de las jóvenes, que no se hace esperar*).

Entran más de ocho o nueve señoritas con trajes vivos, propios de la estación de verano. Aunque son lugareñas, visten con bastante gracia, sin lujos ridículos. Sólo una, un poco rechoncha, lleva las cosas algo torcidas. Es muy buenaza, y se ríe siempre que las amigas le alzan un pliegue de la falda o le arreglan el sombrero ladeado y la reprenden como las madres a sus hijitas. ¡Y ella es la mayor de

todas! Pero todas la quieren hasta sin querer, aunque se fastidien por la despreocupación elegante de Luisa cuando salen juntas a la calle. La Bobalicona se llama con ese nombre tan fino. Otra, alta, rubia, de una belleza imperiosa, es la que viste con más gusto. Sin duda, presta figurines a las demás. Es la hija del médico. Se llama Laura y sabe que hubo un gran poeta italiano que se llamó Petrarca. Merced a esta erudición refinada se le endulzan a menudo los grandes lagos verdes por donde mira y hace soñar. Otra es pequeñita, saltarina, parlanchina. Es la que clava el aguijón donde todas han pensado o pensarían clavarlo. Es la de las iniciativas ruidosas. Sería capaz de ponerle un rabo de papel al mismo señor cura cuando saliese revestido para oficiar. Sus carcajadas parecen olas de lomos brillantes que por grados galopan hasta revolcarse en las arenas asoleadas. Viste como un petirrojo. Se llama Julia, pero Laura le impuso el nombre de Julieta, que no debe ser lo mismo. No obstante, se ríe de los Romeos. Ya le llegará su hora. Faltan seis por describir. ¡Qué trabajo si no fuesen todas iguales, trapos más o menos: Amelia, falda azul, blusa blanca. Tipo combinación de Luisa, la Bobalicona, y de Julieta, el Petirrojo. María viste de clarín blanco. Tipo aproximado al de Laura,

con retoques del Murillo de las Concepciones. Clara, una morena agitanada, que sería una Julieta de más volumen. Su busto es una llama o un gran corazón de los que se pintan asaetados. Falda azul obscuro. Juanita, Paquita, Lola, Milagros: blanco, azul y rojo, lila, perla, oro, fresa y los más variados matices intermedios. Excusado es decir que forman un animado cuadro de juventud y de gracia. ¡Ah, la Bobalicona no se sabe cómo viste! Nada le luce, dicen sus compañeras, y ella se asombra, porque siempre le parece ir muy bien.

Al entrar en el comedor saludan con gran algazara. Se mueven. Cercan a doña Joaquina; luego, casi siempre, a Buscón, a Sofía, entre sí).

TODAS. ¿Cómo está, doña Joaquina? ¿Y don Alvaro?

DOÑA JOAQUINA. Bien, todos bien, ¿y ustedes?

BUSCÓN. No hay que preguntarlo, madre; se les ve en las caras...

MARÍA. (Risas). ¡A veces la procesión anda por dentro!

EL PETIRROJO. ¿Cómo está, Buscón? No le había visto...

BUSCÓN. ¿Soy tan pequeñín?

(El Petirrojo apoya las manitas en el marfil de su sombrilla verde y cubre la bulla unánime con una de sus carcajadas.

La Bobalicona, que desde el primer momento se instaló cerca de doña Joaquina):

LA BOBALICONA. Pues, como todos los años, nos hemos acordado de sus balcones para ver pasar el Santísimo...

CLARA. (Se le acerca y le sube un pingo). ¡Qué mujer, ay!

LUISA. (Gira los ojos a sus pies como una ave pesada para espulgarse la cola, y exclama): ¡Estoy muy bien!

DOÑA JOAQUINA (a Clara). ¿Y en su parroquia, no hay fiesta del Corpus?

CLARA. (Se ríe). ¿Cómo puede preguntar eso, doña Joaquina, siendo tan devota?

DOÑA JOAQUINA (cortada). El Señor me perdona si dije algo malo... Como la veo a usted por aquí...

CLARA. No se alarme... Yo tampoco estoy muy segura... Vine porque aquí se hace más fiesta.

(El Petirrojo a Sofía, que ha estado callada con una sonrisa invariable y los ojos perdidos):

LUISA. Y tú, Sofía, ¿qué cuentas?

SOFÍA. Yo, nada...

LUISA (con efusión). ¿Qué te pasa, querida?

SOFÍA. Nada, nada...

DOÑA JOAQUINA. (Acude). Ha pasado muy mala noche.

BUSCÓN. ¡Y hace tanto calor! ¡Con el trajín de la fiesta no hubo que pensar en las olas!

LUISA (*abanicándose*). ¡Ay, qué felices ustedes, con el mar tan cerca!

(*Milagros se le acerca para arreglarle el sombrero. Estallan fuera cohetes y se oye hilar la gaita y zumbiar el tamboril entre las pausas cachazudas del bombo. Milagros da un respingo y la Bobalicona quédase, a su juicio, muy bien con el sombrero casi colgando del moño. Todas han corrido al balcón y gritan.*)

TODAS. ¡Los gigantones! ¡Los gigantones!

BUSCÓN (*al pasar cerca de Sofía*). ¡Alégrate, hermanita!

(*Sofía hace un mohín de fastidio. Doña Joaquina también le dice*):

DOÑA JOAQUINA. ¡Pero, hija! ¿Qué van a pensar tus amigas?

(*Sofía, para evadirse, va y arregla el sombrero a la Bobalicona, que dice*):

LUISA. No te molestes, querida... ¡Está muy bien!

ALGUNAS. (*Vuelven del balcón*). No pasan por aquí. ¡No pasan por aquí!

BUSCÓN. Han pasado ya tantas veces que tengo un tamboril en cada oreja. (*Risas*).

MARIJUANA. (*En el pasillo*). ¿Se puede pasar?

DOÑA JOAQUINA. ¡Adelante!

(*Varias, con el alborozo que les causa la menor de las cosas, a tiempo que Marijuana saluda*):

VARIAS. ¡Es Marijuana!

MARIJUANA. ¡Buenos días nos dé Dios y la Virgen!

VARIAS. ¡Cuántas flores! Vamos a deshojarlas...

(*Algunas se agrupan alrededor de Marijuana. Esta deposita una cesta de flores sobre la mesa. Varias deshojan. Una tira un puñado de pétalos al rostro de Sofía y dícele*):

UNA. Alégrate...

DOÑA JOAQUINA. (*Reconviene, risueña*). ¡Son para el Santísimo!...

(*Otras charlan en grupos. La Bobalicona, con doña Joaquina. La rubia imperiosa, Laura, cerca de Buscón, le dice por detrás del abanico*):

LAURA. ¡Marijuana es más linda que Rosalía!

BUSCÓN. (*Se turba y dice una tontería*). No, no...

¡Muchas gracias! (*Reacciona y aplica un sentido picaresco a su imbecilidad*). ¡Gracias! ¡Me he civilizado mucho!

LAURA. ¡Qué pillos de estudiantes! ¿Se ha civilizado con las majas madrileñas?

BUSCÓN. Eso ya pasó a la historia... ¡Me ha civilizado la gracia de usted!

(*La coquetería audaz de Laura interpreta este piropo como una declaración hecha en toda regla, y afecta ponerla en duda, exclamando, siempre por detrás del abanico, antes de irse junto a las compañeras*):

LAURA. ¡Embustero!

BUSCÓN (*para sí, en reproche*). ¡No escarmiento!

(*Laura se ha acercado a la mesa, tomó una rosa y se la puso en el pecho. Doña Joaquina vuelve a reconvenir risueñamente*):

DOÑA JOAQUINA. ¡Son para el Santísimo!

LAURA. El me perdonará.

BUSCÓN (*sin querer, galante*). El sería el primero en ofrecérselas todas.

(*Las demás hablan entre sí, deshojan las flores y van a cada rato a echar un vistazo por las ventanas o a retocar los continuos desaliños de la Bobalicona*).

UNA. ¡Todo se te cae!

LUISA. Estoy muy bien...

OTRA. Nada te luce. ¡Qué mujer!

LUISA. ¡Estoy bien, muchas gracias!

LAURA. (*A Buscón, a raíz del piropo*). ¡Es usted incorregible!

BUSCÓN (*con reserva*). ¡Es verdad!

MARIJUANA (*tímidamente*). ¡Con permiso!

VARIAS. ¿Te vas, Marijuana?

MARIJUANA. Sí, señoritas... Que se diviertan.

TODAS. Gracias, Marijuana. ¡Adiós, Marijuana!

JULIETA. (*Exclama de pronto*). ¡Ah, una noticia, una noticia!

(*Se hace silencio. Doña Joaquina mira a Buscón con gran ansiedad. Este comprende y*

corta sin vacilar, pero sin saber cómo saldrá del paso):

BUSCÓN. ¡No la diga! ¡No la diga! (*Ante el risueño estupor de todas, corrige riendo*). La exclamación de Julieta me trajo a la memoria de repente que yo también hace un rato pensaba darles una noticia... Esto...

(*Calla porque ni sabe lo que dice. Su madre está angustiada. Las muchachas se reponen y prorrumpen una a una, para adular al buen mozo, distinguiéndose la rubia audaz*):

LAURA. ¡Que hable Buscón primero! ¡Sí! ¡Sí!

BUSCÓN. (*Para ser cortés y tener tiempo de imaginar una treta, se dirige al Petirrojo*). Perdone, señorita...

JULIETA. ¡Hable usted, hable usted!...

BUSCÓN. Perdone, señorita, si la interrumpí...

JULIETA. No hay de qué... Mi noticia sólo es que vendrán Mercedes y Magdalena...

(*Buscón, no obstante sonreír, sufre tal desconcierto que su madre se atreve a salir del paso en cualquier forma, y así le pregunta, llena de confusión*):

DOÑA JOAQUINA. ¿No serán las sandías, hijo?

BUSCÓN. (*Suelta una sincera carcajada, un poco nerviosa, y se palmea la frente afectando castigar la memoria*). ¡Eso es, madre, eso es!... Estas hermosas sandías esperaban por ustedes, y hace rato yo

sentía la inquietud de tener algo que hacer y no sabía qué...

TODAS. (*Se ríen*). ¡Ay, qué risa! ¡Ay, qué gracioso!
¡Qué ocurrencia! ¡No está mal! ¡No está mal!

BUSCÓN. Sofía, sirve a tus amigas. Yo me encargo de la matanza...

(*Risas. Buscón abre en cascos las sandías. Sofía ofrece platos y servilletas*).

JULIETA. Yo como con las manos...

VARIAS. No te molestes, Sofía...

LAURA. A mí deme del corazón.

JULIETA. A mí también.

BUSCÓN. Habrá para todas. Estas sandías tienen un corazón muy grande...

JULIETA. ¡Como algunos hombres!

MARIJUANA (*mientras ríen, entra muy de prisa*). ¡Señoritas, señoritas!...

TODAS. ¿Qué pasa?

(*En el silencio que sucede óyense los apagados giros de la gaita. Marijuana señala al fondo*).

MARIJUANA. De los balcones de atrás se ve bailar los gigantones...

(*Julieta primero y después todas, saltan de las sillas y corren con alborozo. Muchas llevan cascos de sandía. Otras los dejan mordisqueados. Hasta la Bobalicona, de torpe andar, toma de la mano a Sofía y se la lleva alegremente. Buscón, que se ha quedado en el comedor,*

hace un mohín de tedio y alza los hombros con fatalismo. La voz de Laura desde el pasillo):

LAURA. ¡Venga con nosotras, Buscón!

BUSCÓN. Ahora voy, ahora voy... ¡Estamos para fiesta! ¡Si se fuesen al diablo!

(*Se oye apagado el son de la gaita. Buscón pasea cabizbajo. Un rumor de faldas le hace volver el rostro a la puerta. Magdalena entra cautelosamente, y se lleva un dedo a los labios. Buscón, con gran extrañeza*):

BUSCÓN. ¿Usted?

MAGDALENA. Acabo de llegar. Las muchachas, aturdidas por los ruidos de la calle, no me han visto aún... Mercedes me avisará... Necesito hablar a usted... ¡No vivo!

BUSCÓN. ¿Por qué no estaba tranquila? Antes de recibir su cartita pidiéndome secreto, yo tenía determinado guardarlo... ¡Y el afortunado está en América!

MAGDALENA. ¡No me recuerde, por Dios! ¡Qué vergüenza!

BUSCÓN. ¡Bah! ¡Un beso perdido no es una gran falta!...

MAGDALENA. ¡La he purgado bastante! ¡Dios mío! ¡Una ligereza! ¡Un momento de languidez! ¡Sin haber dejado de ser fiel a mi verdadero cariño! ¡Lo juro, lo juro!

BUSCÓN. Cállese, amiga mía... Por mi parte, nadie lo sabrá...

MAGDALENA. Yo contaba con su bondad, pero...

BUSCÓN. ¡Con tal que alguien más no se haya enterado! ¿Lo sabré yo solamente?

MAGDALENA. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

BUSCÓN. ¡Somos tan fatuos los hombres!... Y lo malo es que al circular un rumor se agranda cada vez más, más, más...

MAGDALENA. ¡No me espante! ¡Ay, Dios mío!

BUSCÓN. Cállese, amiga mía...

MAGDALENA. (*Con carácter*). Sí, sí, es preciso calma... Hagamos primero frente a los peligros próximos...

BUSCÓN. ¿Es que ya le preocupa también que pueda regresar de América mi amigo?

MAGDALENA. Ahora no me refería a eso... Pero también, también...

BUSCÓN. No se atormente por anticipado... ¡Y el tiempo arregla tantas cosas!

MAGDALENA. ¡Ah, sufro tanto, Dios mío! ¡Hace unas semanas Gustavo tiene una verdadera inquisición conmigo!... Recibe la menor de mis palabras con ojos torcidos... ¡Me hace preguntas oscuras, rodeos!... ¡Hasta llegó a sospechar que la noche que nos perdimos, causa de mi deshonra y de otras terribles desgracias, como apresurar la muerte de padre!... ¡Ay, Dios mío, Dios mío!

BUSCÓN. ¡Cállese, amiga mía, cálmese!...

MAGDALENA. Llegó, digo, a insinuarme que sospechaba no hubiese yo tratado de hacerle equivocar el camino para comprometerle, más tarde o más temprano, a que su conciencia propia y aun la de los demás le arrastrasen a casar conmigo...

BUSCÓN. ¡De cuánta perversidad es capaz el pensamiento atribulado!

MAGDALENA. Sé por algunas amigas que, apartado de mí, prosigue la tarea de sus celos, de sus dudas, indaga capciosamente, habla mal de mí para sonsacar, finge...; trató de enamorar a una amiga mía y luego a otra mujer con el fin de hacerlas mis rivales y que hablasen... ¡Un infierno! ¡Un infierno! Hay más: ha llegado hasta el ridículo; todos estos días un forastero me asedia de amores y me envía cartas inflamadas... ¡Yo creo que es el mismo Gustavo disfrazado!

BUSCÓN. Perdona, Magdalena, si me río sin querer... ¡El Curioso Impertinente!

MAGDALENA. ¡Ah, Buscón, ojalá pudiera yo reírme también! Pero he venido a otra cosa y pierdo el tiempo... Y lo necesito para precaverme... Yo quiero borrar el único rastro que podrían hallar sus asechanzas... Yo quisiera que usted...

(*Se oyen faldas en el pasillo. Buscón se acerca a la puerta, que había entornado*).

MAGDALENA. Será Mercedes...

BUSCÓN. No, es mi madre.

MAGDALENA. ¡Dios mío!

BUSCÓN. Pase al cuarto de Sofía, pronto...

(No bien se ocultó Magdalena, entra doña Joaquina, con abatimiento).

DOÑA JOAQUINA. ¡Ay, Buscón! ¡Yo no puedo más!

BUSCÓN. ¿Qué pasa, madre?

DOÑA JOAQUINA. ¿Por qué no vienes? Con tu charla podrías evitar que hablasen del asunto...

BUSCÓN. ¿Han dicho ya...?

DOÑA JOAQUINA. Aún no, pero se conoce que le bulle en la sangre... Y más desde que llegó Mercedes y dijo que pronto vendría su amiga Magdalena, que se quedó saludando no sé a qué familia cerca de aquí... La esperan con impaciencia... Sin duda para felicitarla, y ya por tres veces la han nombrado aludiendo a su matrimonio...

BUSCÓN. ¿Y Sofía?

DOÑA JOAQUINA. ¡La Providencia! Por primera vez aludieron al matrimonio de Magdalena... El barullo de la calle las distrajo... Después aludieron al matrimonio de Gustavo. Y el paso de los gigantes las distrajo más que nunca... Sofía se inquietó...; yo la llamé para que fuese a buscarme un pañuelo... Debíó creer que se trataba de dos matrimonios distintos, y quién sabe si la pobrecita no temía que la nombrasen a ella cuando hablaron de las probables bodas de Gustavo.

BUSCÓN. No entendí bien, madre.

DOÑA JOAQUINA. Digo que la primera vez aludieron al matrimonio de Magdalena sin nombrar a Gustavo. Entonces el barullo de la calle las distrajo... Después aludieron al matrimonio de Gustavo, y no tuvieron tiempo de unirlo con el nombre de Magdalena porque el paso de los gigantones las hizo saltar de alegría... Sofía se inquietó algo, sí... Yo le pedí que fuese a buscarme un pañuelo. ¿Habrá creído, repito, que se trataba de dos matrimonios distintos y la inquietud de la pobrecita fué acaso timidez porque imaginase que la iban a nombrar a ella tratándose de bodas de Gustavo?

BUSCÓN. ¡Es verdad, quién sabe! ¡Pobrecilla!

DOÑA JOAQUINA. Ultimamente Julieta, esa alocada, que ya nos asustó antes aquí al noticiar la visita de Magdalena, pronunció tan claro los temibles nombres unidos que yo recurrí súbito a fingirme enferma, y no tuve que fingir, porque, en efecto, se me heló la sangre en las venas... Acudieron a socorrerme, y ya están todas aturcidas otra vez... He mandado a Sofía prepararme una taza de tilo para aislarla mientras vine a buscarte.

BUSCÓN. ¡Pobre madre! ¡Pero algún día lo tendrá que saber, madre!

DOÑA JOAQUINA. Sí, pero que sea cuanto más tarde. ¡De este modo tendríamos tiempo a prepararla!...

BUSCÓN. ¡No se puede preparar a nadie a que acepte una desdicha!

DOÑA JOAQUINA. Pero a que la resista, sí... Después

de lo que sufrió la pobre, no hace mucho, con otra emoción tan fuerte o más que aquélla, se nos muere...

SOFÍA. (*Desde el comedor*). Madre, ¿dónde estás? Ya está el tilo.

DOÑA JOAQUINA. ¡Voy, hija, voy!

BUSCÓN. Sí, madre, sí... Voy a ir en seguida. Estoy un poco mal...

DOÑA JOAQUINA. ¿Tú, hijo?

BUSCÓN. Me pasará pronto; cinco minutos; voy en seguida.

SOFÍA. ¡Enfría el tilo, madre!

DOÑA JOAQUINA. ¡Voy, hija, voy! ¡Ven pronto, hijo!... Tú las distraes mejor que yo... ¡Dios mío! ¡A mis años!

(*Buscón, conmovido, la conduce al corredor, cuya puerta entorna de nuevo, y abre la del gabinete de Sofía, donde se había ocultado Magdalena. Esta sale con los ojos brillantados*).

BUSCÓN. ¿Ha oído?

MAGDALENA. Sin querer, Buscón...

(*No puede resistir y se le caen dos lágrimas de rabia*).

BUSCÓN. ¿Por qué llora, Magdalena?

MAGDALENA. ¡Es decir, que Gustavo me engañaba!

BUSCÓN. ¡Ah, creí que lloraba la suerte de Sofía!

MAGDALENA. ¡Es verdad! ¡Perdóneme, Buscón! ¡Perdóneme, Buscón! ¡Pobre Sofía! ¡Yo la quiero mu-

cho!... Ella no tiene la culpa... ¡Y él me engañaba! ¡Me engañaba! ¡Qué infame!

(*Buscón, impaciente, mira a cada rato hacia el fondo*).

MAGDALENA (*sobreponiéndose a su nueva angustia*).

Pero yo he venido a otra cosa. Yo quería...

BUSCÓN. Diga, sin reparo...

MAGDALENA. La cartita en que le pedía secreto...

BUSCÓN. ¿Desconfía de mí?

MAGDALENA. No se ofenda, Buscón. No desconfío de usted. Desconfío de todo... ¡De mis propias fuerzas primero! ¡Dios mío! ¡Perdóneme!

BUSCÓN. Sí, comprendo. Podría perderse... Y es una prueba...

MAGDALENA. Eso es... Sí... Y para usted un papel sin valor.

BUSCÓN. Claro... Claro... Yo no la necesito...

MAGDALENA (*alarmada por la demora en obtener su carta*). ¡Dios mío! ¡Es que la ha perdido usted!

BUSCÓN. No... No... La llevo siempre conmigo.

MAGDALENA. ¡Gracias, gracias! ¡Dios mío! (*Alarmada viendo que Buscón tarda en presentarla*). ¡Pero... no me la quiere dar!

BUSCÓN (*saliendo de su aparente estupor*). ¡Ah, sí!

(*Saca del bolsillo la cartera, y de ésta, con calma, una carta que apenas tiende a Magdalena, ésta la recoge con apresuramiento. La abre, la ojea y exclama como para sí*):

MAGDALENA. ¡Qué imprudencia!

(Hace pedazos la carta y da un paso para arrojarlos por la ventana. Se detiene de pronto y guarda los pedacitos con cuidado en su escarcela).

BUSCÓN. ¡Qué desconfiada!

MAGDALENA. ¡Perdóneme, Buscón!... Otra vez rumor de faldas en el pasillo. *(Buscón se alarma).*

MAGDALENA *(escuchando)*. Ahora sí es Mercedes... La conozco por su modo de andar.

(Entra, en efecto, Mercedes y mira cohibida a Buscón).

MAGDALENA. ¿Qué?

MERCEDES *(tímidamente)*. Sofía se ha puesto mala...

(No bien ha terminado Mercedes, Buscón sale precipitadamente).

MAGDALENA *(con interés)*. ¿Cómo fué?

MERCEDES. De repente... Se ha puesto muy pálida, abrió mucho los ojos, quiso respirar, se apretó el pecho con las manos y cayó hacia adelante.

(Queda como espantada de su propia descripción. Llegan otras dos muchachas sigilosamente. Una después de otra dicen a Magdalena):

UNA. ¡A buena hora has llegado!

MAGDALENA. ¿Por qué me decís eso?

JULIETA. ¡Ah, no sabes que soñaba con quitarte el novio!

MAGDALENA *(indignada)*. ¡No hables así, no seas mala! ¡Pobre Sofía!

LUISA. ¡Claro, no hay que hablar así! ¡Pobre, se habrá sentido mal...!

LAURA *(muy seria)*. ¡Sin embargo, la verdad es que ha caído mal cuando se habló de tus próximas bodas con Gustavo!...

JULIETA. *(Y varias)*. ¡Es verdad, es verdad!

LUISA. ¡Una casualidad!... ¡Pobrecita!

MAGDALENA. Claro, claro... ¿Por qué hacer suposiciones molestas? Eso no está bien... Yo no lo consiento.

(Julieta se muerde los labios y mira de reojo expresivamente a las de su partido).

LUISA. ¡Bastante tiene la pobre con estar enferma! ¡Ya estaba mal cuando llegamos!... ¡Pobre, pobre!

CARMEN. Yo creo que debemos irnos.

LAURA. La casa ha quedado como de luto...

JULIETA. No; debíamos quedarnos un poco... Así podríamos saber...

CARMEN. *(Alto)*. Nuestro aspecto de fiesta no parece bien.

VARIAS. Sí, vamos, vamos.

(Entra Buscón, que se esfuerza por ser amable. Todas le salen al paso).

VARIAS. ¿Es grave?

OTRAS. ¡Pobrecita!

UNA. ¡Ojalá no sea nada!

OTRA. ¿Ha vuelto en sí?

BUSCÓN. Ha vuelto en sí... Pero ahora le duele mucho la cabeza... No será nada... Gracias.

TODAS. (*Repiten*). ¡Ojalá no sea nada! ¡Pobrecita!

BUSCÓN. ¡Hace tanto calor hoy!

VARIAS. ¡Eso habrá sido, el calor!

CARMEN (*cortésmente*). Vamos a retirarnos, porque más bien estorbaremos que otra cosa.

BUSCÓN. Perdonen que no las podamos atender...

VARIAS (*interrumpiendo*). ¡No faltaba más! ¡Pobrecita!

BUSCÓN. La procesión sale a las doce... Son las diez... Como esta casa está cerca de la iglesia, será la última en el recorrido... Quizá se ponga bien más tarde...

LUISA. (*Y otras*). Vendremos a saber cómo sigue.

TODAS. Vamos, vamos... Adiós, Buscón... Saludos a los padres... ¡Que no sea nada!

(*Magdalena, que ha hecho por quedarse atrás, dice triste a Buscón*):

MAGDALENA. Si yo no fuese la causa de su dolor, me quedaría a cuidarla...

BUSCÓN. Gracias, Magdalena... ¡Merece usted ser feliz!

MAGDALENA (*temblorosa*). ¿Por qué suceden estas cosas, Dios mío?

BUSCÓN. Por nuestra culpa, amiguita. ¡Pero vaya, que las demás comentarían su falta con malicia!... Bastante se ha expuesto ya...

MAGDALENA. Tiene razón... ¡Gracias! ¡Adiós!...

(*Ida Magdalena, Buscón, después de un momento, llama*):

BUSCÓN. Madre...

(*Aparece doña Joaquina, llorosa*).

BUSCÓN. Vamos, madre, calma... ¿Se han ido todas?

DOÑA JOAQUINA. Sí, menos Luisa...

BUSCÓN. ¿Ha venido el médico ya?

DOÑA JOAQUINA. Aún no... ¡Cuánto tarda, Dios mío!

(*Siéntense los pasos firmes del padre, que habla con alguien. Buscón, apresuradamente*):

BUSCÓN. ¡Ah, para eso la llamaba, para advertirle que no debe decir a padre los motivos por ahora!...

DOÑA JOAQUINA. No, no diré... ¡Con quién viene, Dios mío! ¡Si es Gustavo!

BUSCÓN (*después de un gesto de agria sorpresa*). ¡Qué sarcasmo! ¡Disimule, madre!...

(*Entra don Alvaro, muy alegre, y Gustavo. Este saluda fríamente*).

DON ALVARO. ¡Pero cómo! ¡Nos dice Marijuana que la casa estaba llena de muchachas, entre ellas la

prometida de nuestro amigo Gustavo, y parece que han volado ya! (Al notar la compunción de doña Joaquina). Pero... ¿qué pasa?

BUSCÓN. (Responde por doña Joaquina). Padre, Sofía está un poco indispuesta...

DON ALVARO (yendo hacia el cuarto de Sofía, con alarma). ¿Está mal?

DOÑA JOAQUINA (atajándole). No, no está en su alcaoba. La hemos acostado en la nuestra.

(Don Alvaro vuelve sobre sus pasos, y con tierna impaciencia sale por la puerta del pasillo. La sombra encorvada de doña Joaquina le sigue. Gustavo y Buscón, ya solos, se miran con frialdad. El primero dice):

GUSTAVO. Encontré a tu padre en el camino y me invitó a que lo acompañase... No quise disgustarle poniéndole al corriente de nuestra enemistad.

BUSCÓN. Hiciste bien. Aún te lo agradezco...

GUSTAVO. Nada tienes que agradecerme... Pues ya que la ocasión nos ha puesto frente a frente, podremos arreglar cuentas.

BUSCÓN. De las cuales te prometes un saldo a tu favor...

GUSTAVO. ¡No estoy para chanzas!...

(De la mitad del pasillo se oye la voz de don Alvaro. Buscón se aproxima a la puerta).

DON ALVARO. Buscón, salgo a buscar el médico... ¡No acaba de venir!

BUSCÓN. ¿Quiere que yo vaya, padre?

DON ALVARO. No, no... Si pasa algo, corre a buscarme.

BUSCÓN. Bien, padre... Hasta luego... (A Gustavo). Bueno, estoy a tus órdenes... ¿No será prematuro tu deseo de arreglar cuentas?

GUSTAVO. Si te parece, deja las ironías a un lado... Si no se hubiera presentado esta ocasión, yo no tardaría en buscarte, aunque estuvieses bajo tierra.

BUSCÓN. (Se sienta y enciende un cigarrillo). Tan ruda metáfora no encerrará la suposición de que yo ruegue a las montañas que se desplomen sobre mí, ocultándome de tus iras. En serio: ¿te cansaste ya de indagar?

GUSTAVO. No necesito indagar más...

BUSCÓN. Esas cosas quieren tiempo y paciencia.

GUSTAVO. No he necesitado indagar más para convencerme de que uno de los dos sobra en el mundo.

BUSCÓN. Puede ser, pero expliquémonos antes...

(Se oye arrastrar los pasos de doña Joaquina. Buscón pone atención. Llega, en efecto, y mira con recelo a los dos hombres).

BUSCÓN. ¿Qué pasa, madre? ¿Sofía está mejor?

DOÑA JOAQUINA (que sigue mirando recelosa). Ahora duerme... Venía a buscar algo. ¡Ah, ya me acuerdo!... No está aquí. Perdonen...

BUSCÓN. Madre, llámeme si ocurre algo...

GUSTAVO (nervioso). La explicación es breve. No ha-

biendo hallado las pruebas en parte alguna, o no existen, y entonces eres un vil calumniador, o las posees tú solo, en cuyo caso eres mi rival.

(Con las últimas palabras, se abalanza sobre Buscón, quien, de pie, se escurre fuera de la acometida y abraza a su agresor, comprimiéndole ferozmente una muñeca. Rebota en el suelo una hoja luciente. Buscón la pisa y con rapidez bájase a recogerla. La lucha fué breve y sin ruido. Buscón, mientras habla, va a la puerta del pasillo y observa).

BUSCÓN. No temas...

GUSTAVO (despectivo). No voy a pedirte gracia. Uno de los dos tiene que desaparecer del mundo...

(Siéntense de nuevo pasos de doña Joaquina. Buscón se sienta de prisa, cruza la pierna y baja el rostro, muy pálido, para liar un cigarrillo. Dice a Gustavo):

BUSCÓN. Disimula... Bórrate esa cara de asesino...

(Gustavo se ha vuelto hacia el exterior de la ventana. Introduce las manos en los bolsillos.

Entra doña Joaquina y cruza hasta el cuarto de Sofía. Al entrar y salir mira con recelo a los dos hombres).

DOÑA JOAQUINA. Perdonen... Vengo a buscar la toquilla de tu hermana...

BUSCÓN (sin alzar el rostro). ¿Está mejor?

DOÑA JOAQUINA. ¡Aún no vino el médico! ¡Dios mío!
¡Lo que tardan!

(Perdidos los pasos de doña Joaquina en el corredor, Buscón dice con calma):

BUSCÓN. Eres un asesino...

GUSTAVO. (Le interrumpe). ¿Para qué insultas? ¿No es cosa de mujerzuelas? Obra si te atreves...

BUSCÓN (con calma). Eso iba yo a decir... Pero yo prefiero que me escuches. Acabarás por pedirme perdón. Es mi venganza...

GUSTAVO. ¡Miserable!

BUSCÓN. Has dicho que o las pruebas...

GUSTAVO. Ya sé lo que he dicho.

BUSCÓN (con ironía). Puede ser que no, y por lo mismo te lo repetiré... Y te conviene oírme... ¡Anímate!... Has dicho que o las pruebas contra Magdalena no existen, porque tú no las encontraste, a pesar de buscarlas con tenaz empeño y por todos los medios, hasta los del ridículo...

GUSTAVO (involuntariamente). ¿Cómo sabes?...

BUSCÓN. ¡Me lo supongo!

GUSTAVO (afectando desinterés). ¡Ah!

BUSCÓN. Continúo... O que esas pruebas las tendrías yo solo, en cuyo caso sería tu rival... Admitamos que tu silogismo no sea malo del todo, aunque rebasa los términos de tu amenaza, pues, si mal no recuerdo, ¡aquel día gritaste que me matarías si resultase un calumniador infame, y ahora es también,

según parece, porque tienes celos de mí, porque me crees tu rival. . .

(*Gustavo le interrumpe, conteniendo la ira con desprecio, mientras hace ademán de irse*).

GUSTAVO. Si sólo pretendes humillarme y no quieres salir a pelear como un hombre, no faltará ocasión para cumplir mi amenaza. . .

BUSCÓN. No, no te vayas. Tengo algo importante que decirte. . . Yo no prometo en vano. . . Reanudemos. . . Si yo te hubiese calumniado, ¿por qué habías de matarme si, en realidad, en el fondo de tu corazón sólo deseas pruebas de la virtud de Magdalena y, por lo tanto, que mintiese quien afirmase lo contrario, aun tratándose de la más mínima falta, de una que otra cereza madura caída al azar? . . .

GUSTAVO. ¡Calla, infame! . . . Pero tendrías razón. . . Me limitaría a despreciarte.

BUSCÓN. Y hacer tu conveniencia. . . Porque alguien ha dicho: calumnia, calumnia, que algo queda. . . Y si me hubieses muerto, ¿quién te dice que toda la vida no estuvieses atormentado pensando que yo, por cualquier motivo, pudiese haberme llevado conmigo al sepulcro las odiosas pruebas? ¿Cuánto sufrirías y harías sufrir a tu esposa, o qué cosas más graves no pasarían?

GUSTAVO. ¡Ingenio de malvado!

BUSCÓN. El capellán diría que de místico. . .

GUSTAVO. ¿Pero a qué viene tal juego de palabras?

BUSCÓN. De alguna manera he de resarcirme. . . Pero también te conviene a ti escuchar. . . No te hago esperar más. . . Oye bien: No busques más en vano las pruebas contra la virtud de Magdalena.

GUSTAVO (*apresurado*). ¿Qué quieres decir?

BUSCÓN. ¿No está claro? ¡Que yo ni nadie las tiene!

GUSTAVO. ¡Habla claro!

BUSCÓN. ¿Todavía no entiendes? ¡Oh! Tendré que denigrarme con mis propios labios. Sea: ¡he mentido!

GUSTAVO. (*No puede contener la alegría*). ¿Sí? ¿Sí? ¡Repíte! . . . ¡Repíte!

BUSCÓN. ¡Qué crueldad! Sea: ¡he mentido!

GUSTAVO. ¡Oh, qué feliz, qué feliz soy! ¡Oh, Magdalena mía! ¡Cuánto la ofendí con mis dudas!

BUSCÓN. ¿No cumples la amenaza de matarme? ¿Ni siquiera me desprecias?

GUSTAVO. Verdaderamente no puedo. . . Me has hecho sufrir tanto que no puedo menos de bendecir la infamia que me devuelve la paz. . . Pero. . .

BUSCÓN. ¿Todavía dudas?

GUSTAVO (*desconfiado y humilde*). Sí. . . Dudo.

BUSCÓN. Repito: ¡He mentido!

GUSTAVO. Sí. . . Pero. . . ¿Por qué has mentido?

DON ALVARO. (*Desde el pasillo*). ¡Buscón! . . .

BUSCÓN. (*Poniéndose de pie, responde*). Padre. . .

DON ALVARO. (*Desde el fondo*). El doctor se va. . .

EL MÉDICO. ¿Dónde anda el juriconsulto? Quiero saludarle. . .

BUSCÓN. (*A la puerta*). Por aquí, doctor... Pase un rato a descansar...

(*Entra el Doctor, un vejete modesto y muy afable. Síguelo don Alvaro, muy inquieto. El médico, mientras da la mano a Buscón, avista a Gustavo y le dice con alegría, yendo luego a darle unas palmadas en el hombro*):

MÉDICO. ¡Hola, mi casi colega, el señor farmacéutico!... Me alegro de verte... Deseaba felicitarte por las próximas bodas... ¿Para cuándo las tenemos?

GUSTAVO. Todavía no está determinada la fecha... Pero no me olvidaré de comunicárselo a su hora, querido amigo...

MÉDICO. Ya lo sé, ya lo sé... Y tú, Buscón, ¿cuándo te dejas de calaverrear? ¿De andar por ahí matando corazones?

BUSCÓN. ¡Oh, ya me llegará la hora! Esas cosas vienen sin pensar... Pero, dígame, ¿qué le pareció Sofía?

(*El vejete se formaliza y contesta, limpiando parsimoniosamente los anteojos con el pañuelo*).

MÉDICO. Puede ser mucho, puede ser nada...

(*Don Alvaro, con las manos cruzadas al término de la barba, escucha con tierna avidez y exclama*):

DON ALVARO. ¡Por Dios, doctor! ¡No nos alarme!

MÉDICO. No se alarme, no se alarme... ¡Cómo se

conoce que es la única hija! Quiero decir que bien prevenidos y ayudados por la juventud de la muchacha, puede no haber cuidado... Evitarle toda clase de emociones... (*Al entrever el piano de Sofía*). Ese piano, que se calle...

DON ALVARO (*con candor*). ¡Ahora mismo se cierra!

(*Va y vuelve con la llave. El médico prosigue*):

MÉDICO. Usted es rico, don Alvaro; salgan a viajar con ella, que se distraiga...

DON ALVARO. Sí, sí, mañana mismo... Adonde quieran...

(*Doña Joaquina entra muy calladita y gime detrás del Doctor. Este se vuelve*).

MÉDICO. ¡Eh, eh, vieja! No es para tanto, no es para tanto...

(*Don Alvaro no puede aguantar la emoción y le ruedan gruesas lágrimas por las robustas barbas. Buscón está conmovido. Gustavo no alzó la cabeza desde la mitad de la escena. El Doctor los mira a todos y dice*):

MÉDICO. ¡Vamos, vamos!... Por ahora no hay peligro... Es muy joven... (*Añade festivamente*). Volverán las colores... ¡Muy linda es la muchacha! Y no faltará un galán que le procure, al desear su mano, el mejor remedio...

(*El vejete calla, extrañado al notar que sus palabras, más que consuelo, parecen doblar la*

pesadumbre de sus amigos. Buscón hace un esfuerzo y acude).

BUSCÓN. ¡Claro! Tiene razón el doctor... No hay que afligirse antes de tiempo...

MÉDICO. ¡Eso es, eso es... ánimo! (*Palmea el hombro a don Alvaro*). Y ahora me voy... Tengo todavía que visitar dos enfermos antes de la procesión... (*Mirando a la mesa*). ¡Hola, hola! ¡Hermosas sandías! ¡Hubo festín!

BUSCÓN. ¿Quiere llevarse una, doctor?

DON ALVARO. Sí, doctor, llévela para los chicos...

MÉDICO. ¡Y para mí también, qué diablo!

(Buscón le da la sandía, el vejete se la pone debajo del brazo y se despide).

MÉDICO. Lo dicho... ¡Animo! Volveré a la tarde... Adiós, todos.

(Le acompañan don Alvaro y la encorvada sombra de doña Joaquina).

BUSCÓN (*a Gustavo*). ¡Todos nos alegramos por tus bodas! ¡Sofía también!... ¡Esa fué la impresión que le ha causado la noticia!

GUSTAVO (*apesadumbrado*). ¡Perdóname, perdóname!...

BUSCÓN. Yo no te condeno... Antes reconozco que obras honradamente al casarte con Magdalena, deshonrada por tu culpa... Tu conflicto no tiene arreglo... No puedes encontrar el fiel de la balanza... Siempre que atiendas a una parte, desaten-

derás a la otra... Y la balanza se inclinará donde pesen más la fuerza de los compromisos y de los afectos, a la parte de Magdalena, en tu caso... Con hacerte monje tampoco remediarías nada... Serían dos o tres las víctimas...

GUSTAVO. ¡Qué bueno eres! ¡Perdóname, perdóname!

BUSCÓN. ¿Qué podré perdonarte si mi corazón tampoco está limpio de ligerezas del mismo género... y peores?

(Gustavo hace un gesto de dolor y tiende las manos a Buscón. Este no las recibe y dice fríamente):

BUSCÓN. Hasta eso no llega mi ecuanimidad... Cuanto más te alejes de mi vista, mejor... (*Conteniendo una ira súbita*). ¡Marcha! ¡Marcha! ¡Marcha!

(Gustavo sale triste. Buscón vuelve a sí mismo en silencio).

EN el atrio de la iglesia de la aldea. El templo, humilde comparado a otros de gran mérito existentes en los más pobres y apartados lugares de la Galicia, es de un estilo medio entre románico y gótico, debiendo al primero su carácter de conjunto. En la fachada, que revela una sola nave, ábrese la puerta principal, de archivoltas ornamentadas con hojas e iconos, descansando sobre chatas columnas en haz y de historiados capiteles. Un metro más arriba, en el centro, luce un rosetón ojival de calado primoroso. Los sillares, grises, matizados de líquenes blancos y amarillo-verdosos, dejan paso en varias partes a las hierbas hirsutas de las ruinas. A la izquierda se ve colgar hasta el suelo una cuerda cuyos extremos unen la campana grande y la campana chica en la modesta espadaña que flanquea el edificio. Rodea la iglesia un tosco muro, cubierto en muchas partes de silva, saúco y madreselva, con entradas de acceso a que hacen guardia corroídos pináculos, decapitados los más.

Detrás del muro se acusan distintamente algunas casas de paredes blancas, tejados rojizos de doble vertiente y numerosas puertas y ventanucos de colores vivos, verde, azul, amarillo. Después se aleja por grados hasta desvanecerse bajo

el lomo sinuoso de la montaña, el caserío minúsculo, profusamente punteado de aberturas, parecido a un montón de dados arrojados sobre un paño verde. Altas copas de eucaliptos, espesos castaños y enramadas de frutales se interponen sin orden entre las primeras casas. En el panorama, obscuras masas de pinos, cuya cima de sierra detiene a los copos de nubes en el horizonte azulado. Extensos prados, muy repartidos. Líneas de álamos, olmos y mimbreras. Maizales, viñedos, todos los matices de una jugosa y espontánea verdura. En el mismo atrio duerme o medita algún paraíso, algún sauce y algún ciprés.

Las cinco de la tarde, en primavera; don Manuel y Buscón pasean por el atrio de la iglesia.

Don Manuel se detiene risueño, con las manos atrás, a contemplar a Buscón, que sonrío.

DON MANUEL. ¡La verdad, que no te conozco!

BUSCÓN. ¿Tan desfigurado estoy?

DON MANUEL. Eso no... Tienes la más gallarda figura que se puede pedir... por una muchacha.

BUSCÓN. Ese milagro no sucederá, don Manuel...

DON MANUEL. ¿Te olvidas que hoy empieza la fiesta de San Antonio? (Deteniéndose otra vez a contemplar al joven). ¿Sabes que ahora caigo en la cuenta de no conocerte? ¡Bobo de mí! ¿Cómo voy a recordarte si eres distinto de antes? Esas barbas, y...

BUSCÓN. ¡Los años, don Manuel!...

DON MANUEL. No, no... Esas barbas que trajiste de América...

BUSCÓN. ¡Los años, don Manuel! ¡Ocho años no pasan así, no más, por uno! ¡Tengo treinta y pico, don Manuel!...

DON MANUEL. ¿Y yo que te llevo a ti, mi sobrina, mi ahijada y pico sobre las espaldas?

BUSCÓN. ¿Eh?

DON MANUEL. Con tus treinta y pico y los de mi sobrina, ya ando por los sesenta; más diecisiete de la ahijada... ve sumando...

BUSCÓN. ¡Este don Manuel siempre el mismo!

DON MANUEL (*con melancolía*). No creas... Me salen cosas... Pero no como antes... Y me entran algunas que se me clavan adentro, digo, porque no soy capaz de sacarlas afuera de ningún modo, ni con las pinzas del buen Rivero.

BUSCÓN. Sí, don Manuel... Yo dije que usted era siempre el mismo queriendo rectificar el pensamiento contrario que tuve sólo de verle cuando mi llegada... Usted ha cambiado algo también... Sin duda, desde que llegó a cura párroco...

(*Don Manuel hace signos negativos con la cabeza, toma de la mano a su amigo y, adoptando un aire risueñamente confidencial, le dice*):

DON MANUEL. ¿Sabes cómo Dios podría acabar con el diablo para siempre o transformar en buenas personas a todos los diablos, uno a uno?

BUSCÓN. No veo...

DON MANUEL. ¡Haciéndolos padres! ¡Les veríamos correr sin descanso para quitar cuantos lazos, trampas y hoyos han esparcido en el mundo, por miedo a que los hijos fuesen a quebrarse las piernas!

BUSCÓN. ¡Qué buena ocurrencia! Dios debería consultarle a usted para enmendarle la plana a Moisés en el sexto mandamiento, según parece... Mas no veo que la parábola pueda explicar las modificaciones que ha sufrido su carácter de usted...

DON MANUEL. Tengo una ahijada...

BUSCÓN. (*Le interrumpe con expresión maliciosa*). ¡Ah, ah!...

DON MANUEL. ¿Qué piensas, pícaro?

BUSCÓN. Le aplico el cuento del diablo convertido a buena persona...

DON MANUEL. ¡Los cuentos no se aplican, se comparan! El mío es otro cuento, aunque sea el mismo en el fondo; esto es: crear afectos hace a las personas más buenas...

BUSCÓN. ¡Con sus afectos!

DON MANUEL. No me confundas... La máxima le conviene a mi cuento, y eso me basta. Dije que tengo una ahijada... Digo ahora que la quiero como si fuese hija mía... (*Buscón sonríe otra vez*). Si te ríes, ¿cómo podré yo hablarte de mis melancolías?

BUSCÓN. Siga usted, don Manuel... Ya estoy serio.

DON MANUEL. Decía que tengo una ahijada a la cual

quiero como si fuera hija, y no vivo. ¡Temo que la color de sus mejillas y de sus labios, y el resplandor de sus ojos, la asemejen demasiado a una fruta sabrosa! ¡Diecisiete años tiene; temo que mude los juegos de hace poco en juegos de más adelante! ¡Si está alegre, temo; si triste, más temo! ¡Grave cuidado educar!

BUSCÓN (*sonriente*). Porque aún no tiene la costumbre...

DON MANUEL. ¡Eres un perverso!... Mas te juro que me trae preocupado la muchacha... Si te hablo así, medio en risa, es porque me ha contentado verte después de tantos años... Pero no soy del todo el de antes... Ya no dormito en el confesionario... El tiempo no me basta para llevar mis consuelos a tantos lugares donde hacen falta. Los años, la ahijada también, y la gravedad que me impuso la dirección de la parroquia, serán los motivos de haberseme abierto una mayor inteligencia de los dolores de la vida... ¡Rigurosa es la vida!

BUSCÓN. ¡Por algo se muere!...

(*Dos mozas muy adornadas cruzan para entrar en la iglesia. Saludan al cura*).

LAS MOZAS. Buenas tardes, señor cura...

UNA. ¡El americano!

DON MANUEL (*sonriente*). ¿Ya empiezan los pedidos a San Antonio? ¡Pues todavía no empezaron las vísparas!

(*Las mozas sonríen, cohibidas*).

DON MANUEL. ¿No habéis visto a mi ahijada?

UNA. Sí, señor cura... La iremos a buscar para bailar.

LA OTRA. Cuando venga el gaitero...

DON MANUEL. Vayan, vayan...

(*Van a irse por donde han venido. El cura, sonriente*):

DON MANUEL. ¡Parece que no venían a ver a San Antonio, sino al americano!

(*Las mozas, ruborizadas, se van a toda prisa por donde han venido*).

El cura, volviéndose a Buscón):

DON MANUEL. Dime: ¿Sofía se habrá restablecido mucho, contenta de tenerte otra vez en casa? ¡Deseaba tanto que volvieses! Sobre todo estos dos últimos años...

BUSCÓN. Sí; eso apresuró mi regreso... Efectivamente, parece que se ha puesto mejor... Hoy, hasta dijo que vendría a ver el baile...

DON MANUEL. Resiste, resiste... Acabará por triunfar la buena sangre que tiene y sus mejores años... Tuvo muchas alternativas de salud... Solamente los dos últimos años...

BUSCÓN. El médico nos da mucha esperanza...

DON MANUEL. Los viajes que le recetó al principio yo creo que le hicieron más mal que bien..., según me dijo doña Joaquina... ¿Cómo encontraste a tu madre?

BUSCÓN. ¡Muy vieja, la pobre! ¡Ha sufrido!

DON MANUEL. Decía que los viajes la empeoraban, pues cuanto más lejos iba más cerca de aquí la ponía el recuerdo... Estuvo unos años bastante bien...

BUSCÓN. Yo la animo mucho... Ya digo, hasta quiere venir a ver el baile hoy... Los padres, sin duda confiados en que no sería nada y en esas mejorías de que usted habla, nunca me comunicaron noticias pesimistas... Y ahora yo vine también por mi deseo... ¡Tenía tantas ganas de volver a mi aldea querida! ¿Se imagina usted mis emociones? ¡Lo mismo que si viviese lo pasado! ¡Lo malo es que también reviven, y con más fuerzas, las tristezas!...

DON MANUEL. No es cosa de pensar más en eso... Me alegra mucho la noticia que me das de la mejoría de tu hermana... Si viene a ver el baile soy capaz de sacarla a bailar... Animo, querido... Ya es tiempo de ser felices... ¿Sabes lo que debes hacer hoy y mañana? ¡Pedirle una novia a San Antonio!

(Entran dos viejas, rosario en mano, en la iglesia. Encorvadas, no ven al cura. Este les dice con buen humor):

DON MANUEL. ¡Eh, eh, buenas mozas!... ¿No saludan a los amigos?...

LAS VIEJAS. Buenos días, señor cura...

DON MANUEL. ¿Van a pedirle mozo a San Antonio?

LAS VIEJAS. ¡Ay, qué don Manuel!

(Una de ellas mueve el bastón y amenaza rezoznamente al cura).

DON MANUEL. ¿No conocen a este buen mozo?

LAS VIEJAS. No, señor; no, señor...

BUSCÓN *(acercándose sonriente)*. ¿No me conoce, doña Francisca? ¿Y usted, señora Juana?

SEÑORA JUANA. No, a fe...

DON MANUEL. ¡Tantas veces les remojaste las rodillas y ya no se acuerdan! ¡Es el hijo de don Alvaro!

UNA. Yo no veo bien, yo no veo bien... ¡Ay, será Buscón! ¿Dónde estuviste?

OTRA. ¿Te acuerdas de mí todavía, hijo? ¿Cuando subías a mis perales y apedreabas mis perros?...

¡Ay, qué diablo eras! ¡El hijo de don Alvaro! ¡No se reconoce, no se reconoce!... ¡Qué cambiado!

DON MANUEL. Vayan, vayan a pedir a San Antonio una buena moza para este buen mozo.

(Las viejas, encorvadas, marchan pasito a paso camino de la iglesia y ríen).

VIEJAS. ¡Ay, qué don Manuel!

BUSCÓN *(con melancolía)*. Las viejas sólo se acuerdan del Buscón que las hacía rabiar. Las muchachas tampoco me reconocen. En verdad, soy extraño en mi propio pueblo... ¡Hay algo del pasado que no se renueva: nuestros años!... ¿Recuerda su frase, don Manuel? Mientras todo muere, las

piedras subsisten y cubren nuestras cenizas... Aquel viejo eucaliptus que allí sobresale, cerca de mi casa, tampoco ha cambiado. Si lo derrumbasen variaría por completo la fisonomía del paisaje... La iglesia parece haber nacido secular...

DON MANUEL. Todavía no hemos podido erguirle un campanario comunicado con el interior. Mira la cuerda de las campanas que tú has tironeado más de una vez, cuando chico...

BUSCÓN. ¿Y sus piedras, don Manuel?

DON MANUEL. ¡No me hables, no me hables de piedras!... ¡Sólo han servido para remendar la murella de mi huerta! (*Se interrumpe y se le alegra todo el rostro*). ¡Ah, ah! Viene mi ahijada...

BUSCÓN (*con interés*). ¡Ya deseo conocerla!

(*Llega Isabel, trajeada de fiesta. Trae una rama de romero en sus manos. Caído atrás el pañuelo de la cabeza descubre las bandas castañas, que terminan a la espalda dos trenzas pesadas unidas por sus puntas. Al notar la presencia del americano, su aire resuelto es cortado por la timidez*).

DON MANUEL. ¡Hola, Isabelita! ¿Qué traes?

ISABEL (*pellizcando el romero*). Nada, padrino... Venía mandada de las mozas, que ya quieren bailar...

DON MANUEL (*riendo*). ¿No sabéis que este año se juntó muy poco para la fiesta y el gaitero no va a tocar hoy y mañana a la procesión y después a

la tarde, sólo por veinticinco reales que ajustamos? ¿Queréis que reviente?

ISABEL. No, padrino... Las mozas quieren venir con los panderos y bailar. Cuando venga el gaitero...

BUSCÓN (*jovialmente*). ¡Seguir bailando!

ISABEL (*cortada*). Sí, señor...

DON MANUEL. Eso se llama aprovechar el tiempo. ¿No conoces a este amigo?

ISABEL. No... Su hermana, la señorita Sofía, me habló de él...

BUSCÓN. ¡Ah! ¿Conoce a mi hermana?...

DON MANUEL. ¡Son grandes amigas!

ISABEL. ¡Es tan buena la señorita Sofía! ¡Y tiene unos ojos tan grandes, tan tristes! Es la más buena de todas y la más linda de todas...

BUSCÓN (*que la mira embelesado*). ¡Qué entusiasmo!

DON MANUEL. (*Le tira del saco y dice con expresión equívoca*). ¡Sí, es mucho entusiasmo!

BUSCÓN. Sofía, que ya está mejorada, puede que venga a ver el baile...

ISABEL. ¡Ay, qué alegría si viene! ¡Ay, qué alegría si del todo sana!...

(*Entran dos mozos en traje de fiesta, con dibujos caprichosos de un paño distinto recortados en la espalda del chaleco; las camisas, de fresco lino, tienen primorosas costuras y calados en el pecho y en los puños; el calzón corto, de pana azul y botones dorados en el cierre de*

las bocapiernas; medias blancas labradas, sombreros pelirrojos y fajas de color. Vienen en una gran discusión).

DON MANUEL. ¿Qué pasa?

(Buscón aprovecha para decir cosas a Isabel, que, turbada, pellizca el romero).

UNO DE LOS MOZOS. Veníamos, señor, porque José quiere llevar mañana un palo de San Antonio, y ya lo llevó el año pasado... El sacristán me había dado palabra que lo llevaría yo...

OTRO MOZO. No, señor cura; don Pedro, el sacristán, me dijo...

DON MANUEL. Bueno, bueno... Lo que yo quisiera es que se juntasen cuatro mozos de la misma estatura para llevar la anda. No sea como el año pasado, que el Santo fué rengo todo el camino...

(Sale el Sacristán de la iglesia muy apurado).

DON MANUEL. ¿Qué pasa, Pedro?

SACRISTÁN. ¡Ay, señor! ¡Ay, señor cura!

DON MANUEL. *(Otra vez, seguido de la expectación de los dos mozos).* ¿Qué pasa?

(Buscón sigue diciendo cosas a Isabel, que destriza el romero).

SACRISTÁN. ¡Se ha perdido la cabeza del San Antonio que sale mañana en la procesión!

DON MANUEL. ¿Cómo? ¡Es posible! ¿Qué dices?

SACRISTÁN *(muy abatido)*. Lo que oye, señor... Pú-

seme a vestir el santo y dejé la cabeza para lo último... Acabo de vestir el santo y no encuentro la cabeza.

DON MANUEL. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué horror! ¿Buscaste en el armario de las vestiduras?

SACRISTÁN. Sí, señor, busqué...

DON MANUEL. Allí estaba... ¡Ah, recuerdo haberla puesto después en el otro armario, donde se guarda la cruz de plata y los ciriales!

SACRISTÁN. ¡Ya busqué, señor, ya busqué! ¡Hasta en la hucha de los trastos que está en el sobrado!...

DON MANUEL *(desesperado)*. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué haremos ahora! Yo tengo que ocuparme de todo. Que si el gaitero, que si los cohetes, que si...

(Mirando a los mozos de la anda que esperan la solución de la querrela, profiere incomodado a lo sumo):

DON MANUEL. ¿Qué hacéis ahí vosotros?

LOS MOZOS. Veníamos, señor cura, porque yo quería llevar la anda y...

DON MANUEL. ¡Qué anda ni qué ocho cuartos, si el santo está sin cabeza! ¡Eh! *(Presa de gran preocupación, se encamina a la iglesia)*. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué haremos!

SACRISTÁN *(a los mozos, antes de seguir al cura)*. Irse, irse... Ya se tratará eso... Ahora, no... ¿No veis que hemos perdido la cabeza?

(Los mozos vanse mohinos; entonces recién se oye lo que hablan Buscón e Isabel).

BUSCÓN. ¡Qué linda, Isabel; qué linda eres!

ISABEL (con mohines graciosos). Ya lo sé de memoria.

BUSCÓN. Tienes razón. No hace falta que yo te lo diga.

ISABEL. ¡Me lo dijo tantas veces!...

BUSCÓN. ¡Me casaría contigo!

ISABEL. ¡Ay, qué risa! Usted no es para mí...

BUSCÓN. ¡Yo quiero ser para ti!...

ISABEL. ¡Un señorito!... Y las que habrá engañado por esos mundos! ¡Qué burlón es el americano!

BUSCÓN (apasionadamente). Ahora veo por mis ojos, y más por los tuyos, que aun las mujeres hermosas que me han seducido algún tiempo eran fantasmas; no existían, o a lo sumo eran espejo de tus encantos, reflejados a todas partes del mundo desde la humilde aldea en que yo he nacido... ¿Comprendes mi ardor? ¡Dí!

ISABEL. Yo no sé... ¡Yo no sé hablar tan bien!

BUSCÓN. Sí, me comprenderás. Te lo explicaré de otra manera: Sabido es que hay sólo un sol para los hombres... Lo mismo a este rústico lugar que a las dilatadas tierras de América, de donde vengo, las alumbraba todo el sol, aunque allí sea noche cuando aquí es día...

ISABEL (con asombro). ¡A padrino le oí decir lo mismo! ¿Cómo puede ser?

BUSCÓN (muy contrariado). ¡Oh, oh! Te lo explicaré en otra ocasión...

ISABEL. ¿Por qué no ahora? ¡Usted habla tan bien, tan bien!...

BUSCÓN. Tengo que hablarte de astronomía diferente... Quiero explicarte cómo tú aparecías en cada una de las bellas mujeres que pude haber amado, igualmente que siendo único el sol, podrían los ojos, sin discurso, afirmarle vario y tantas veces como a millares de ojos se aparece todo entero el sol... ¿Comprendes, Isabel?

ISABEL (tímida). No..., no... ¡Yo soy tan ruda! Pero me gusta...

BUSCÓN. Es preciso que me comprendas. Te lo explicaré de otra manera...

(Sale el sacristán y un monago).

SACRISTÁN. Bueno, Juan; da el primer toque a las vísperas... ¡Corto..., corto! ¡Yo voy a buscar la cabeza!... ¡Dios mío!

(El chico va a la cuerda de las campanas y comienza un alegre repiqueteo. Surge un enjambre de estorninos. Tres o cuatro chicos, unos de fiesta y otros descalzos, la camisa fuera, la cara sucia y mordisqueando fruta, salen no se sabe de dónde. Se acercan a Juan y uno le pide que le deje tirar de la campana de din. Por no ser menos, otro le pide que le deje tirar de la campana de don. Juan se da el lu-

jo de consentir. Los otros piden la alternativa. Disputan. Juan suda para hacerles parar. El racimo de arrapiezos no quiere soltar la cuerda. Juan casi llora, arrepentido de su condescendencia. Sale el sacristán, los brazos en alto).

SACRISTÁN. ¡Basta, basta, demonios!...

(Los chicos se dispersan por encanto).

SACRISTÁN. ¡Dije corto el primer toque, badulaque! ¡Y esa chusma! ¡Yo te daré!... ¡Ay, la cabeza, Dios mío!

(Todo quietado, se oye otra vez lo que dice la pareja).

BUSCÓN. Contesta... ¿Sí?

ISABEL. Yo no sé hablar...

BUSCÓN. Pero ¿has comprendido?...

ISABEL. No... Pero me gusta.

BUSCÓN (se le acerca). ¿Comprendes por qué te digo que no hay mujer más hermosa que tú en el mundo?

(Se acerca más. Ya comprende Isabel, pues poco a poco se retira contra el muro de enredaderas).

BUSCÓN. ¿Has necesitado adivinar, no te lo dije ya, que toda mi alma quiere irse a la tuya por tus ojos? ¿Debo decirte más claro que te quiero, que te adoro, que tus gracias me han hecho perder la cabeza, que estoy loco?...

(Al llegar a este punto, lo que era de esperar, Buscón se acerca tanto a Isabel que ésta comprende, y aunque tarde, pues ya no puede pasar del muro, dobla el busto atrás para evitar la acometida amorosa, consiguiendo, por lo contrario, favorecerla. El galán, que no ha perdido la cabeza del todo, aprovecha la ventaja que se le ofrece y aplasta un beso en los labios de Isabel.

En este mismo instante aparece el cura en la puerta de la iglesia. Al percibir el final del idilio da un grito horrendo y corre a los tórtolos).

DON MANUEL. ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!... Tú, Isabel, ahora mismo a la iglesia... Hoy no bailas.

(Isabel, toda confusa, vase ojos bajos y destriando el romero, adentro de la iglesia.

El cura, sin saber cómo desahogar la ira, pasea con los brazos atrás enfrente del enamorado aturdido, lanzándole miradas terribles.

Se oye lejos un coro de mozos y mozas. Algunos cohetes rompen el aire. Cantan):

San Antón, toniño, Antonio

dádeme a moza q'eu queiro

que teña os ollos ben fondos

y-o corpo de laranjeiro.

Alalála...

(Después de la copla, en el aire sigue un silencio de melancolía, que encrespa de súbito la sucesión de los gritos guturales con que exalta su regocijo el gallo celta.

El cura encontró, por fin, el principio conveniente al desahogo de su ira, y parándose ante Buscón exclama):

DON MANUEL. ¿De ese modo correspondes a mi afecto? ¿A mi confianza? ¿A mi mayor edad? ¿A mi dignidad?

BUSCÓN (que ya pudo sobreponerse a la sorpresa, responde con osadía). ¿No será el causante San Antonio? ¿Pues no me dijo usted que le pidiese novia?

(El cura se desconcierta, viéndose argüido con sus propios excesos; mas no depone su ira, antes bien, se echa atrás y renueva su gesto antiguo de desnudar la muñeca velluda y obstinar la testa frente a los percances de la honra).

BUSCÓN (le pregunta de improviso con franco rostro). ¿Le parezco bien para esposo de su ahijada? Creo de veras que fué San Antonio quien me dictó ahora mismo esta resolución que le propongo... ¿Le parece bien?

(Don Manuel ablanda su actitud agresiva, le resplandecen los ojos de alegría y, riendo ya de oreja a oreja, abre los brazos a Buscón,

quien prefiere, a la vez, rodearle los anchos hombros).

BUSCÓN. ¿No le parezco viejo?

DON MANUEL (que reaparece en sus mejores años).

Hombre, en el caso de mi ahijada me parecerías el hombre digno de ser soñado... Y yo, como es natural, porque ella ni sabe dónde pone los pies, me pongo con frecuencia en lugar de mi ahijada... Yo te acepto, pues, por marido de mi ahijada Isabel...

BUSCÓN. ¡Pero antes me aceptó ella!...

DON MANUEL. Quiero creer que fué un beso robado... ¡Porque tú siempre has sido gran ladrón de esa fruta!...

BUSCÓN. En complicidad con la persona robada... muchas veces... Hoy, con todo, no fué un beso perdido...

DON MANUEL. Pecado venial, por lo tanto. Yo te absuelvo...

BUSCÓN. Ya me absolví yo, poniéndome en su lugar...

(El cura le denuesta jovialmente. Se oye otra copla más cerca).

San Antonio de Amarante,
casamenteiro das nenas,
¡por qué non casa las vellas,
qué dano fixeron elas!
Alalála...

(Mientras dura la copla el cura y Buscón pasean con animación. Al terminar):

BUSCÓN. Con su permiso, don Manuel, voy a levantar la última penitencia que usted impuso a mi futura...

DON MANUEL. ¿Última dices? ¡De aquí en adelante os daré penitencia para los dos juntos! ¡Ah! No le digas lo sucedido así, de repente... ¡No sea que hagáis perder otra vez la cabeza a San Antonio! ¡Dile que estoy hecho una fiera!...

BUSCÓN. ¡Sí, sí, sí! ¡Le meteré miedo! (Escapando adentro de la iglesia). ¡Es tan sabroso besar a una mujer asustada!

(El cura se frota las manos y pasea contento. Estallan unos cohetes y se oye más cerca otra copla, encrespado el final de aturujos).

Unha noite n-o muíño
unha noite non e nada,
unha semanaíña enteira
esa sí que é muíñada!

(Van entrando las mozas, muy adornadas. Algunas tocan panderos. Muchas traen aún levantado el rostro, los ojos dormidos, y las bocas, abiertas, fluyen la postrera monotonía del alalála... Otras castigan con el ramo de mal-

vas o de romero algún desmán amoroso de los mozos. Al fin se sientan en hileras al fondo, en el rincón derecho del atrio, cerca del muro. Charlan y ríen. Los mozos quítanse el sombrero al pasar delante del cura, el cual ríe como abuelo satisfecho de la alegría de sus nietos. Salen de la iglesia Buscón e Isabel, unidos de las manos y de los ojos.

DON MANUEL (muy afable). Ven, Isabel; ven...

(Isabel se acerca y el cura le da un beso en la frente. Buscón, con picardía):

BUSCÓN. ¿Me permite, don Manuel, que me ponga en su lugar?

DON MANUEL. Tú no tienes órdenes para hacer lo que yo haré antes que nada: casaros.

(Isabel baja la cabeza ruborizada, mientras morderisquea el romero.

Comienza poco a poco el incendio del atardecer. Suenan los panderos con el aire de una MUIÑEIRA. Los mozos, de pie, mueven el rostro imperativo hacia la moza que han elegido para bailar, la cual se levanta, y puesta delante, alzando apenas los brazos y casi quietos los pies, parece un polluelo bajo la fuerte pupila del gavilán; es el centro para los rítmicos saltos ágiles del macho en tal danza.

Buscón solicita con los ojos el consentimiento

to del cura y lleva de la mano a Isabel dentro del corro del baile.

El cura ríe y se pasea.

Llegan Gustavo y Magdalena, del brazo, y algunas señoritas del lugar. El cura palmea el hombro a Gustavo).

DON MANUEL. ¡Hola, hola! ¿Conque de fiesta, Gustavo?

GUSTAVO. Sí; a ver un momento.

DON MANUEL (a las mujeres). ¡Conque a pedirle marido a San Antonio! (Las señoritas ríen).

SACRISTÁN (saliendo de la iglesia). Señor cura, vengo en seguida. . .

DON MANUEL. ¿A tomar la copa? Bueno. Dentro de un cuarto de hora, el segundo toque.

GUSTAVO (a su mujer). Magdalena, queda con tus amigas. Vendré a buscarte dentro de un rato.

DON MANUEL. ¿Te vas ya?

GUSTAVO. Vengo en seguida.

(Salido Gustavo, una de las señoritas propone a las otras):

SEÑORITA. Antes de mirar el baile vamos a rezarle un padrenuestro a San Antonio.

OTRA. Sí, sí. . . Hasta luego, señor cura.

(A falta de tocas adecuadas cubren la cabeza con los pañuelos de bolsillo y entran en la iglesia. El cura, riendo):

DON MANUEL. Vayan, vayan. ¡Este año el santo está de buenas!

(Vuelve Pedro, el sacristán, y habla con el cura en voz baja. Se apartan a un lado. El cura hace la mímica del que pregunta con espanto, y el sacristán, del que reitera una increíble noticia. El cura se yergue, pone los ojos angustiados en el cielo, que ya fulgura en oriente, y luego se aprieta la cabeza entre sus manazas.

El sacristán fué seguido a la cuerda de las campanas y dobla a muerto. Se dispersan los estorninos que negreaban con simetría en la agria veleta.

El primer toque no altera el bullicio de los danzarines. Al segundo doble callan los panderos: las piernas han quedado fijas en tierra y los rostros miran al campanario y después al cura, sumido en un dolor convulsivo.

En el silencio instantáneo que sucede se oyen partir del lado de las casas próximas dos alaridos: la voz de un padre y la voz de la madre juntas; dos gritos de naufragio, de incendio, cuyo pavor subyuga la angustia de las campanas.

Buscón corre a la mitad del atrio, mira en torno suyo, alza el rostro al aire siniestro y huye ardiendo.

Los más de los mozos y de las mozas corrieron a rodear al cura, que se descubre y reza.

Algunas mozas se acercaron a Pedro en son de pregunta. El sacristán, sin cesar el tañido fúnebre, responde señalando con el brazo la casa que blanquea cerca del viejo eucaliptus. El cura termina de rezar).

DON MANUEL. ¡Descanse en paz!

TODOS. ¡Amén!

DON MANUEL. Ha pasado a mejor vida nuestra hermana Sofía. El Señor la llevó a sí este día de fiesta... Suspended la diversión y marchaos a rezar por la hija de don Alvaro...

(Los sollozos le quieren ahogar la voz. Los contiene callando: afloja la cabeza y entra en su iglesia. La campana dobla.

Algunos mozos y mozas han seguido al cura. Otras se apiñan y hablan con rumor. Gime Isabel):

ISABEL. ¡La más buena de todas! ¡La más linda de todas!

SEÑORITAS. ¿De qué murió?

OTRAS. No se sabe...

OTRAS. No se sabe...

OTRAS. No se sabe...

ISABEL (*gime*). ¡Aun hoy dijo que vendría luego a ver el baile!

(Unas a otras):

SEÑORITAS. ¡Pobre Sofía!

OTRAS. ¡Pobres padres!

UNA. (*Toma del brazo a Isabel en ademán de consuelo y le dice*). Vamos, amiga mía.

ISABEL. ¡No podría; no podría verla!...

UNA. Vamos a rezar por ella...

(Entran en la iglesia. Las demás se desvanecen poco a poco y silenciosas. El atrio de la iglesia queda vacío. Tañe la campana muy triste.

Es noche de luna redonda, porque desea ver bien su teatro.

Pasa una viejita agobiada. No se le ve la cara, casi envuelta en la mantilla. Entra en la iglesia.

El sacristán, arrimado a la pared, pica un cigarro, manteniendo la hojilla de papel entre los labios. Interrumpe la tarea, larga y refinada, para tirar ahora de la campana chica, y luego, extinguido su agudo lamento, de la campana grande, cuya voz amplia hace temblar los astros. Las cosas también se comparan por sí mismas. La campana chica es angustia de doña Joaquina; la campana grave es el pecho de don Alvaro. De pronto se oye acercarse poco a poco el son malicioso de la gaita y su séquito de retumbos y rumorada.

Sale de la iglesia el monago, muy de prisa. Pedro señala y dice):

SACRISTÁN. Corre, corre a que pare... Por allí, por allí viene...

(Sale Juan a escape. Al rato se oye expirar la gaita, como si el frío de una guadaña le hubiese sajado el vientre. Da un gemido estrangulado, estertórico. Y todo vuelve a quedar en el silencio de la luna.

Las campanas doblan tristemente.

Pasa otra viejita, cuyo bastón palpa las piedras del atrio. Entra en la iglesia.

Clavó en la luna su grito breve y mohoso una lechuza.

Entra Gustavo, que mira extrañado a todas partes, luego a lo alto del campanario y al fin acércase al sacristán, que en aquel momento hiere con parsimonia el pedernal contra la yesca).

GUSTAVO. Hola, Pedro. ¿No has visto a Magdalena, mi mujer?

SACRISTÁN. Desde que se acabó la fiesta no oí más que las campanas. . .

GUSTAVO. ¿Quién ha muerto, Pedro?

SACRISTÁN. La hija de don Alvaro.

GUSTAVO. (Arquea el cuerpo y pregunta otra vez, los ojos muy abiertos, las manos crispadas). ¡Quién! ¿Quién has dicho?

SACRISTÁN (con la misma naturalidad que antes). Sofía, la hija de don Alvaro y de doña Joaquina.

(Gustavo se yergue, mira al centro del cielo largamente y se oprime el pecho con las manos.

Llégase Buscón camino de la iglesia. Trae la cabeza contra el pecho. Las manos, hundidas en los bolsillos. Mechones de pelo desordenado salen de su boina. Viene con pasos de meditación.

Cuando va a entrar en la iglesia, Gustavo se volvía lentamente, y al ruido que hace, Buscón, a su vez, le mira y retrocede unos pasos, desfigurado el rostro a influjo de un furor terrible).

BUSCÓN. ¡Ah! . . .

(Gustavo sigue arqueado, los brazos contraídos igual que alas, la cabeza sumida en los hombros y los ojos blancos de pavor).

BUSCÓN. ¡Ah! . . .

(Pedro suelta el cordel de las campanas y quiere huir).

BUSCÓN. ¡Haz tu oficio! ¡Tañe por un muerto más!

(El sacristán, obsesionado, prosigue los dobles de campana).

BUSCÓN (a Gustavo). ¡Ves, ves que ha llegado la hora de que uno de los dos desaparezca del mundo!

GUSTAVO. (Cae de rodillas y relaja los brazos. Clama): ¡No pido gracia! ¡Quiero morir! ¡Mi angustia es infinita!

BUSCÓN. ¿Quién te puso en estos momentos delante de mi dolor? ¿Quién desata mi cólera?

GUSTAVO (*con agonía*). ¡Quiero morir! ¡Mi angustia es infinita! ¡Una voz dulce me llama!...

BUSCÓN. ¡Sí! ¡A través de mi corazón pasa una voz que te llama!

(*Se aproxima violentísimo a Gustavo y le agarra los hombros, mientras grita*):

¡Ven! ¡Ven a luchar! ¡Quiero que resistas para despedazarte con todas mis fuerzas! ¡Ven! ¡Alza!

(*Pedro, delirante de horror, huye clamando socorro. A sus gritos salen mujeres de la iglesia y el cura, quien, al notar de inmediato el desvarío de Buscón, le sujeta entre sus brazos de acero.*

Buscón resiste. Las mujeres corren pidiendo socorro. Acude gentío. Unos mozos abren paso al alcalde, que aparece con su vara.

MOZOS. ¡Paso! ¡Paso! ¡El alcalde!

TODOS. ¡El alcalde!

(*Este se aproxima al grupo que se apiña en torno al cuerpo de Gustavo, echado de bruces en tierra, y ordena*):

ALCALDE. ¡Pronto! ¡Busquen al médico!

MAGDALENA. (*Aparece desesperada*). ¡Esposo mío! ¡Esposo mío!

(*Llega el médico apresuradamente. Varias mujeres sostienen a Magdalena y la conducen adentro de la iglesia. Gime sin fuerzas*):

MAGDALENA. ¡Esposo mío! ¡Esposo mío!

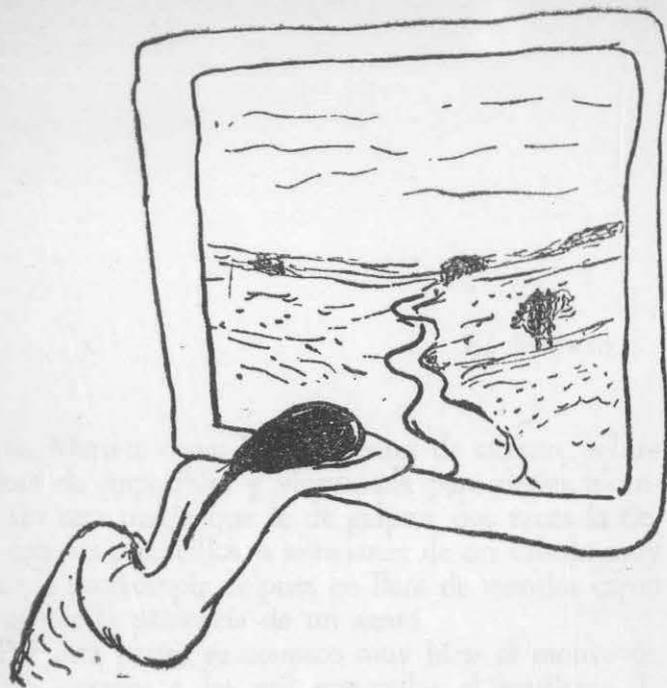
(*Buscón se aquietó entre los brazos que le sujetaban. Mantiene la cabeza baja con obstinación y los brazos fuertemente cruzados.*

El médico aproximó su oído al pecho de Gustavo. Después de un minuto se levanta y dice con gravedad, en medio del silencio de todos):

MÉDICO. El corazón se le destrozó por sí solo. ¡Nada puedo hacer!...

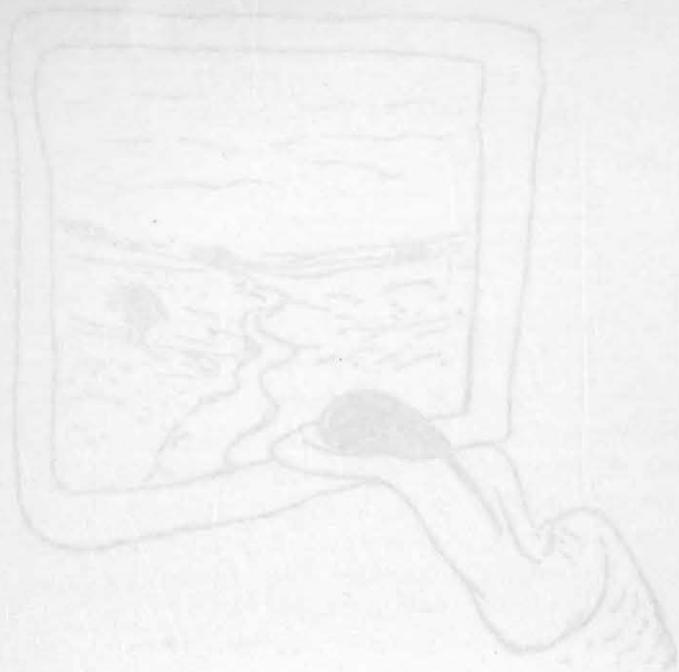
ALCALDE (*moviendo la cabeza reflexivamente*). ¡La Justicia tampoco!

FIN DE CASTIDAD



LA ILUSION

DRAMA DE UN CUENTO



LA ILUSION
DRAMA DE UN CUENTO

El cuento...

ERA Marieta como las princesitas de cuento, voluntariosa de imposibles y afortunada para darles alcance, sin otra magia que la de golpear dos veces la tierra con sus piececillos, a semejanza de un cabrito muy terco, y prorrumpir después en lloro de mentira capaz de agotar la paciencia de un santo.

Por otra parte, yo conozco muy bien el motivo de salirle siempre a las mil maravillas el sortilegio de Marieta, y aun el más torpe dará con él si hace memoria de tantas Marietas como hay en el mundo forzadas a tener por verdadera cosa de magos el cumplimiento del afán más sencillo, y a fe que ni pataleo ni llantina les vale a éstas de nada, ni mucho menos el recurso de oponerse a catar bocado.

Es muy linda Marieta, y así malucha de mimos aún lo parece más, iluminada por los ojazos de mora su carita de color de la espuma y del cielo; en montón sobre la nuca endeble las trenzas flojas, desde hace dos días sin humedad, y encogido el cuerpo bajo un ropón

de pieles que de sí exhala tibieza de caricias y casi mueve a deseo de enfermar.

De Marieta cuida la señorita Obdulia, bondadosa, muy bondadosa, de las jóvenes que tanto abundan fuera del claustro, llenas de un corazón de oro en hervor siempre de dádiva y a recaudo siempre de la codicia de los hombres, porque su rostro es algo bello tan sólo a fuerza de sonreír. Junto a Marieta está, y Marieta discurre importunarla. No hace un minuto dejó de sus manos el aderezo de la muñeca, movió después las teclas del piano en alegre sonatina, y ahora espera nuevos deseos de la princesilla que cumplir.

Se abrió la puerta de la estancia, y con semblante de gozo avanzó Marieta el busto y desnudó sus manitas del manguito de skungs para tenderlas como dos pájaros impacientes a la hermosa dama que se le acercaba moviendo murmullo de frondaje con la vestimenta riquísima; ocultó con monería el rostro bajo la copia de plumas que se desbordaban del tocado de aquélla y pasábale por la garganta en lenta caricia los dedos blancos y largos, de una carnación suave, parecidos a hojas de crisantemo, hasta que la dama sintió afán súbito en aplastarle tres besos en la mejilla y hacerse atrás fatigada.

—Mamá, quiero una cosa.

—¿El qué, hija?

—Quiero que Obdulia se case con el Capitán.

La señora se desató en risa mirando a la señorita

Obdulia, que se defendía contra el rubor llamándole a la pequeña loca y riéndose mucho también.

La una le dijo:

—¡Ay, qué niña más tonta!

Y la pobre Obdulia, toda tímida:

—¡Qué ideas!

Pero Marieta lanzó el manguito contra el suelo, torció los labios y descompuso el cuerpo con modales de cólera, visto lo cual por su madre acudió al punto y dijo con sonrisa, mientras se desprendía del sombrero:

—Sí, mujer, sí; no te pongas de ese modo, que se hará como desees. ¡Tiene gracia!

La voz de un timbre llegó hasta la sala, y la señorita Obdulia se fué llena de temblor a poner en orden, que no hacía falta, las figulinas de una consola.

—¡Ah, Capitán, qué noticia estupenda voy a daros!

El caballero que venía con el militar, más viejo que éste y de rostro un tanto grave, algo así como de personaje, preguntó luego de besar a la señora:

—¿Qué es ello?

—Nada; que Marieta concertó sus bodas con la señorita Obdulia.

—¡Qué niña!

Y el Capitán, apuesto mozo, sonrió también con discreción galante y puso un beso en la frente de Marieta.

—¿Qué piensas tú de un matrimonio, pequeña?

—No le haga usted caso, Capitán — dijo el señor grave.

—No la contrarías, hombre. Creo que a la señorita Obdulia no le importará llevar la broma...

—¡Oh!...

—Y por mi parte — dijo el Capitán, — celebro que tenga tan buenas ocurrencias Marieta.

—Tú el cura, papá.

—Bueno, yo el cura.

—Pero... con esa barba...

—Figúrate que soy un capuchino.

—¿Y un capuchino qué es?

—Es..., es... un cura con barba...

—¡Ah!

—Ponte la toga, marido, a falta de otras hopalandas.

Y el señor grave salió de la sala y a poco vino dispuesto a officiar, ceñida la toga y la cabeza tocada con su birrete de magistrado.

—¡Acérquense los novios!

Delante de Marieta juntó las manos de los jóvenes, dijo bárbaramente cuatro latines que él sabía de derecho canónico, y después les roció de una bendición. Mas no conforme aún Marieta, hubo que repetir por varias veces la ceremonia, resignado a todo el señor grave, que no hacía sino mecer los hombros y reírse hacia el bravo mozo en guisa de pedirle excusa por tamaña impertinencia.

Este se mantuvo alegre con el juego de Marieta y muy obsequioso con su consorte, cuyo rostro le daba una honda pena por su belleza tan sólo de sonrisa, pero él aparecía jovial en extremo y decidior. Cuando al

oficiante le vino en gana concluir, díjole a Marieta que ya estaba hecho el matrimonio, y aún le juró que nada esencial se había omitido, con lo que se conformó la pequeña y preguntó al Capitán si viviría siempre desde aquel momento con la señorita Obdulia, como ella estaba enterada cumplía a los esposos, y él le replicó afable que así lo haría, teniéndolo a mucha ventura, de no tener que marcharse dentro de veinticuatro horas a la guerra; pero, no obstante, quedaban tan bien casados como había visto. Y este discurso del Capitán, si bien hecho con risa, puso un vago estremecimiento en la hilaridad de todos, menos Marieta, que se limitó a pedir noticias de cómo se hacían las guerras.

El Capitán se dispuso a marchar, y la señorita Obdulia le alargó un anillo que aquél le había puesto cuando los desposorios. Respondió él y trató de darle a sus palabras un tono delicado:

—¡Oh!... Tendría mucho gusto que lo conservaseis... como recuerdo.

Y en el tono más alegre, añadió:

—Si cambia el color de la piedra, sin duda vuestro esposo ha muerto en la guerra...

Un poco más de risa y el Capitán se fué.

Y estas nupcias de broma fueron las de la señorita Obdulia.

Después de un año, en el parque la encontré una tarde otoñal, cuando el sol declinaba poniendo entre las ramas sin hojas de los árboles colores de naranja y de violeta; y el reír de su rostro tenue, de albu-

ra mística, estaba ensombrecido por los ojos de las enfermas de amor, y en el anillo de los desposorios juraría que vi un diamante sin luces.

Este capricho de niña mimada es la gota de bulliosas luces que al caer del pétalo silvestre desaparece fundida en la parda vastedad del suelo. Es la ilusión o la desilusión, que aquí también la experiencia sutil del padecimiento humano quiso, en su afán de no perderlo todo, fundar términos positivamente distintos en lo que por esencia es uno e indivisible, pues tener la ilusión es padecer ya la desilusión; y el mismo dolor común que ha diferenciado las palabras les reconoce único efecto cuando al pronunciar la primera, ilusión o ilusiones, imprime a la voz un tinte o resonar melancólico de atardecer, cuando el sol vuelve desilusionado, entre las fanfarrias de un séquito cortesano, a emprender el camino andado con la ilusión del nuevo día, dejando tras de sí la noche estrellada de lágrimas.

La hija de Icaro llamó el gran Rodin a la ilusión y así la esculpió, desilusionada, el aire rápido y la caída oblicua contra el suelo, de la flecha vana que intentó dar caza a un ave de soñado paraíso y no del mundo real, pongamos que a la luna.

Y esa gotita de ilusión vamos a pasarla debajo de nuestros limitados medios de ver, bajo una lente lo más poderosa posible. Y vislumbraremos sorprendidos un microcosmos hirviendo, no sospechado al tener la vaga emoción de verla diluir efímeramente, cuando mere-

cía ser prendida en los collares de música de la noche.

Lo que yo había visto a primera vista era lo que veréis también vosotros primero, el capricho infantil que la boca voluble de una dama y madre joven se complacía, recién acaecido y mucho tiempo después, en contar a todas sus amistades, a mí entre ellas. Yo presumí en aquel cuento azul sus pintitas negras, y así lo envolví en la vaguedad de una ilusión cuyos destellos mueren poco a poco dentro de unos ojos agrandados por la melancolía. Y otra madre, ya muy vieja y directamente atribulada por el suceso, tal como había sido me lo contó en voz baja y temblona en la penumbra de una tarde invernal, confirmando algo más que mis presunciones y asombrándome de haberlas tenido tan simples, capaces a lo sumo de inspirar la emoción de un soneto. ¡Cuánto desconocemos las vidas que nos rodean, a más de la propia! ¡Nada extraño que se haga el mal, ni mucho menos podrá considerarse nuestra poca virtud una gran cosa, ya que vivimos ciegos!

Aplicad si no los ojos a la débil lente con que podremos acercar una mínima curva de la irisada gotita ilusoria.

PERSONAJES DEL DRAMA

MARIETA, *niña mimada.*

JULIA, *su hermana mayor, muy hermosa.*

ELVIRA Y DON FELIPE, *sus padres.*

OBDULIA, *señorita de compañía.*

DOÑA ROSA, *su madre.*

CAPITAN, *joven apuesto.*

Sta. DE BAZAN y su hija MATILDE.

ENRIQUE, *novio lejano de Obdulia.*

JUANITA, *doncella.*

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

MARIETA Y OBDULIA

EN el salón, Marieta se aburre de estar enferma, porque no lo está sino de mimos, en la butaca muelle y holgada, igual que una hornacina para el cuerpecito endeble y agobiado por las trenzas rubias y por la melancolía de unos grandes ojos negros. La señorita Obdulia, de un contorno modestísimo, vestida de paño negro, del que destaca un rostro blancuzco y monjil, se acerca a la niña y le arregla el ropón de pieles que a cada momento desordenan los modales y los nervios del tedio. El invierno llora por los vidrios.

OBDULIA. No, queridita... ¡Si vieras qué frío hace! ¡Birr! ¡Qué frío! Así, abrigadita... (*La niña se aquieta, pero repite:*)

MARIETA. No quiero, no quiero...

OBDULIA. Mira cómo llueve... ¡Cómo llueve! ¡Qué frío! ¡Birr! ¡Quién me diera estar como tú, así,

abrigadita! ¡Qué bien estás, qué bien estás! ¡Hace tanto frío!

(*Marieta ya juzga una suerte hallarse malita y se recoge voluptuosamente bajo los pliegues pesados y suaves del abrigo. Ahora quiere distraerse*).

MARIETA. Obdulia, pon a la muñeca el traje nuevo...

OBDULIA. (*Viste a la muñeca*). ¡Oh, qué linda es tu muñeca! ¡Siempre tiene vestidos nuevos!

MARIETA. No quiero, no quiero...

OBDULIA. ¿Qué quieres, nenita?

MARIETA. Dame la muñeca... Es mía... (*Obdulia le da la muñeca y Marieta la tira contra el suelo*).

OBDULIA. ¡Ay, ay, pobre muñeca! ¡Le has roto la nariz! (*Marieta se ríe sin piedad. Obdulia contempla el desastre*). ¡Pobrecita! ¡Pobrecita!

MARIETA. Toca el piano... (*Obdulia va a tocar el piano*). No toques, no toques.

OBDULIA. ¡Bueno!

(*Redobla el granizo en las vidrieras*).

MARIETA (*sorprendida*). ¿Qué es?

OBDULIA. ¡No te destapes! ¡Ves qué día de invierno! Es un granizo tremendo de grueso... ¡Parece que va a romper los vidrios!... ¡Birr!

MARIETA (*muy zalamera, para obtener la complicidad de la dulce guardiana*). ¿Vamos a coger granizo, Obdulia?

OBDULIA. ¡Qué disparate!

MARIETA. Sí, vamos, vamos... Yo te quiero mucho... Vamos a jugar con el granizo... ¡Yo te quiero tanto!

OBDULIA. ¿Estás loca? Hace un aire crudísimo. ¿Quieres morirte?

MARIETA. Yo quiero, yo quiero... Vamos, vamos...

OBDULIA. ¡Qué niña ésta! Lo que podré hacer será irte a buscar una fuente de granizo para que lo veas... ¡Qué niña ésta!

MARIETA (*de mala gana*). Bueno...

(*Obdulia sale. Marieta entonces tira las envolturas a un lado, sacude la pesada cabellera que se esparce por sus hombros, y en camión avanza cautelosamente los piececillos desnudos por la alfombra. Tropeziza con una mesita de piernas frágiles que soporta una begonia y todo se viene al suelo con estrépito. Marieta se asusta y corre a la butaca. Al ruido acude Obdulia*).

OBDULIA (*muy alarmada*). ¡Dios mío, Dios mío! ¡Te has levantado! ¡Te hará daño! ¡Y la mayólica hecha pedazos! ¡Ay, tu mamá lo que dirá!

MARIETA. ¡Fué el gato!

OBDULIA. ¡Ah! Te habrás levantado a correr detrás del gato y tropezaste con la mesita...

MARIETA. No, no... Fué el gato, él solo... Yo me levanté para castigarlo...

OBDULIA. ¡Ay, qué niña! Tápatelo... ¡Ay, si te hace daño!...

(Resuena un timbre).

MARIETA (con alegría). ¡Es mamá! ¡Es mamá!

ESCENA SEGUNDA

DICHOS Y ELVIRA

(La señorita de compañía se apresura a borrar las huellas del fracaso. Entra, en efecto, la madre de Marieta. La niña le tiende los bracitos. Aquélla se baja para besarla y casi la cubre con los plumones de su tocado. Al fin, remata el acercamiento con la explosión de dos besos sonoros y hácese atrás fatigada, repitiendo un sinnúmero de ternuras).

ELVIRA. Hijita mía, preciosa, preciosa... ¿Deseabas que volviere pronto?

MARIETA. Sí, sí...

ELVIRA. Preciosa, preciosa, preciosa... (Viendo los trozos de porcelana en las manos de Obdulia). ¿Y eso?

OBDULIA. Marieta dice que fué el gato...

ELVIRA (sin darle importancia). Ese gato es un bandido... Tirelos a cualquier parte...

MARIETA. ¿Y Julia, mamá?

ELVIRA. Tu hermana se quedó en casa de Gándara...

Luego vendrá...

MARIETA. ¡Yo también quiero ir!...

ELVIRA. ¡Ya irás, preciosa, ya irás a todas partes! ¡Cuando estés sanita!

(Vuelve Obdulia. La señora le pregunta distraída, quitándose los guantes:)

ELVIRA. ¿Marieta se portó bien?

OBDULIA. Sí, señora... ¡Fué una santa!...

ELVIRA. (Se acerca de nuevo a su hijita y se la come a besos). ¡Ya sé yo que ella es muy buenita, muy buenita!

MARIETA (de repente). Mamá, quiero una cosa...

ELVIRA. ¿El qué, hija?

MARIETA. Quiero que Obdulia se case con el Capitán.

(La madre se desata en risa, mientras da los últimos toques al peinado libre ya del sombrero elegante).

ELVIRA. ¡Ay, qué niña más tonta!

OBDULIA (toda tímida). ¡Qué ideas!

(Pero Marieta se destapa y llora, y es preciso darle gusto).

ELVIRA. Sí, hijita, no te pongas de ese modo, que se hará como deseas... ¡Tiene gracia! ¡Espera que venga esta noche tu amigo!... ¡Tiene gracia!

OBDULIA. ¡Qué ideas!

ELVIRA (a Obdulia). ¡Qué diría tu novio de la ocurrencia de Marieta! (Obdulia se ruboriza y no con-

testa. *La señora vuelve a preguntarle*). Dime...
¿Y tu madre? ¿Ha salido? ¿Siempre quiere irse
al pueblo mañana?

OBDULIA. Sí, mañana temprano...

ELVIRA. ¿No está contenta entre nosotros?

OBDULIA. ¡Ah, señora!...

ELVIRA. Ella fué la que me dijo que allá en el pue-
blo un buen mozo se moría de ausencia tuya...

OBDULIA. ¡Por Dios, señora!

ELVIRA. ¡Qué tiene de malo! ¡Si es el mayor bien que
una joven puede soñar! ¿Cuántos años hace que
no se ven?

OBDULIA. ¡Oh! Quince años... Desde que ustedes
me trajeron a su casa...

ELVIRA. Pero tú no eres una vieja... ¿Desde cuándo
son novios, pues?

OBDULIA (*con mucha ingenuidad*). Desde pequeñi-
tos...

ELVIRA. (*Se ríe locamente*). ¡Pablo y Virginia! ¡Tie-
ne gracia! ¡Tiene gracia! ¿Cómo se llama? ¿Es buen
mozo?

OBDULIA. Se llama Enrique... Ha venido a la ca-
pital a doctorarse en leyes...

ELVIRA. ¡Ah, ah! ¿Está aquí?

OBDULIA. Sí, señora... Ayer me escribió que hoy
vendría a visitarme... Yo esperaba decírselo a us-
ted...

ELVIRA. ¡Ah! Puede venir cuando guste... Es casi
abogado, un buen partido entonces. ¡Enhorabuena!

¡Enhorabuena! ¡Pero ya no se acordará muy bien de
tus rasgos, ni tú de los suyos! ¿Sabes que es no-
velesco?

OBDULIA. El se acuerda, porque me escribe siempre...

ELVIRA. Tendrá tu retrato, naturalmente...

OBDULIA. Desde hace ocho años no le mandé... No
me gusta retratarme...

ELVIRA. Sería lo mismo... El te verá en sueños la
más hermosa de las mujeres, y tú a él lo mismo...
Puede suceder que en tanto tiempo le haya crecido
una gran verruga en la nariz y tengas un desper-
tar doloroso... Porque los sueños son así...

OBDULIA. Señora... Por Dios...

(*Resuena el timbre. Oyese animada conversa-
ción de dos hombres que se acercan*).

ELVIRA (*atenta*). Debe ser Felipe... ¡Sí, viene con
el Capitán! (*Sale a su encuentro*).

ESCENA TERCERA

DICHOS. DON FELIPE Y EL CAPITÁN

(*Aparecen a la puerta, uno grave, de unos cua-
renta años, y el otro un apuesto joven unifor-
mado brillantemente. Marieta aplaude. Ob-
dulia, llena de rubor, empieza a poner en or-
den, que no hace falta, las figulinas de una*

consola. La dama y el señor grave se besan. El Capitán la saluda con familiaridad).

CAPITÁN. ¿Cómo está usted, Elvira?

ELVIRA. ¡Oh, qué noticia estupenda tengo para vos, Capitán!

(Marieta aplaude. El Capitán se le acerca risueño).

CAPITÁN. Déjeme saludar primero a mi amiguita...
(Besa en la frente a la niña, que ríe). ¡Pero qué recibimiento más ruidoso!

ELVIRA. Es que la pícara es quien le ha preparado la sorpresa...

CAPITÁN *(a Obdulia)*. Buenas tardes, Obdulia... No la había visto... Perdone.

OBDULIA *(confusa y arreglándolo todo)*. Buenas tardes...

DON FELIPE *(a su esposa)*. ¿Pero de qué se trata?

ELVIRA. Nada... Marieta concertó sus bodas con Obdulia...

CAPITÁN *(sonriente)*. ¡Casi nada!...

OBDULIA *(muy confusa)*. ¡Qué ideas!

DON FELIPE *(con severidad algo risueña)*. No seas tonta, niña...

(Marieta se destapa, tuerce los labios y patalea).

ELVIRA. No la hagas rabiar, hombre... Puede hacerle daño...

OBDULIA *(que ya no sabe lo que hacer y pretende estar*

muy atareada componiendo la muñeca de Marieta).
¡Qué niña ésta!

ELVIRA. Vamos, preciosa, no llores, no llores...

DON FELIPE. Si es mala, este año no vendrán los Reyes...

MARIETA. ¡Yo quiero que se case Obdulia con el Capitán!

DON FELIPE *(al Capitán)*. Perdone, amigo mío, tanta impertinencia. ¡Estamos para bromas!

CAPITÁN *(con gesto risueño, a Marieta)*. ¿Qué piensas tú de un matrimonio, pequeña?

DON FELIPE. No le haga usted caso...

ELVIRA. No la contraríes, hombre... Creo que a la señorita Obdulia no le importa llevar la broma...

OBDULIA. ¡Oh!

CAPITÁN. Por mi parte, celebro que tenga tan buenas ocurrencias Marieta...

(Una doncella anuncia a la señora de Bazán y su hija Matilde).

ESCENA CUARTA

DICHOS. SEÑORA DE BAZÁN Y SU HIJA MATILDE.

LUEGO DOÑA ROSA.

ELVIRA *(con alegría)*. ¡Oh, amigas mías, a qué buena hora llegáis! Casi estamos de fiesta...

(Se besan. Después de saludar a los hombres,

que les ofrecen asiento, el cual no aceptan de ningún modo sin antes rendir homenaje de besos a la princesita de la casa).

DE BAZÁN. ¿De qué se trata, pues?

ELVIRA (*poniendo atención a la puerta*). Oigo hablar a doña Rosa... La haremos entrar para que asista a la fiesta y lleve qué contar al pueblo... ¡Doña Rosa! ¡Venga!

MATILDE (*a Obdulia*). ¿No se había ido su mamá?

OBDULIA. Mañana es el viaje...

(Entra doña Rosa. Es una anciana de cuerpo sólido y rostro arrugadito, muy bondadoso, parecido al que Rembrandt hizo de su madre, grabado al aguafuerte. Saluda con modestia y va luego a besar a Marieta y ofrecerle un cartuchito de bombones, que no rehusa la mimosa).

DE BAZÁN (*a doña Rosa*). ¿Qué le parece la ciudad?

DOÑA ROSA. Un gran barullo, señora... Estoy deseando llegar al pueblo.

MATILDE (*a Elvira*). ¿Y la noticia?

ELVIRA. ¡Es una gran noticia! También para usted, doña Rosa... Obdulia se casa con el Capitán.

(Don Felipe hace un gesto de resignación. Las recién llegadas ríen entre sorprendidas y risueñas).

MATILDE. ¿Qué nos dice? ¡Así, de sopetón!

DON FELIPE. Un capricho de niña mimada.

MARIETA. Sí, sí, yo quiero...

(La señora de Bazán y Matilde se levantan a besuquear a Marieta).

DE BAZÁN. ¡Ay, qué graciosa!

MATILDE. ¡Ay, qué ocurrencia!

(Obdulia está sumamente confusa).

MATILDE. La felicito, Obdulia.

DOÑA ROSA. ¡Estas niñas tienen cada ocurrencia!

MARIETA. Papá, tú el cura...

(Las mujeres ríen).

DON FELIPE. Bueno, yo el cura...

MARIETA (*reflexionando*). Pero... con esa barba...

DON FELIPE. Figúrate que soy un capuchino...

(Todos ríen).

MARIETA. ¿Y capuchino, qué es?

DON FELIPE. Es, es... un cura con barba.

(Todos ríen).

MARIETA. ¿Y el traje?

DON FELIPE. ¡Eso es ya más difícil!...

ELVIRA. No es tan difícil... A falta de otras hopalandas ponte la toga...

(Todos ríen. Don Felipe protesta. Elvira oprime un timbre. Aparece una doncella).

ELVIRA. Esto... ¡Ah! Sirve el té...

(La doncella se inclina y sale).

MARIETA (*ante las protestas de don Felipe*). Sí, sí, papá...

DE BAZÁN. Es una forma como otra cualquiera de entretener la tarde de invierno...

CAPITÁN. Da gusto, en verdad, estar reunidos tan agradablemente...

ELVIRA. ¡Y qué mala tarde! Vamos, Felipe, vamos a divertirnos con el juego de Marieta...

DON FELIPE. ¡Sea!

(*Con resignación, sale a revestirse*).

ELVIRA (*que también se levanta*). Yo visto a la novia... Venga conmigo, doña Rosa.

(*Salidas, entra la doncella con el servicio del té y lo deja sobre una mesita. Matilde ofrece al Capitán una taza y luego a su madre*).

CAPITÁN (*a la niña*). ¿Quieres una galletita?

MARIETA. ¡Dos y un sandwich!

DE BAZÁN. ¡Puede hacerle daño!

CAPITÁN. ¡Es verdad! Confórmate con una galletita. Poco veneno no mata...

DE BAZÁN. ¡Es graciosa la pequeña!

MATILDE. A la hermana de Marieta no le gustaría mucho la broma nupcial...

DE BAZÁN. ¿Por qué?

MATILDE (*al Capitán, que se ha sonrojado*). ¿Verdad, Capitán?

CAPITÁN. Es una broma...

MATILDE. Yo sé, yo sé... ¡Tiene muy buen gusto!

CAPITÁN. Gracias, Matilde...

DE BAZÁN. La verdad que sólo en broma...

CAPITÁN. ¡Pobre Obdulia! Es algo pasable a fuerza de sonreír.

DE BAZÁN. Pues tiene novio, según parece...

MATILDE. ¿Ah, sí?

DE BAZÁN. Un estudiante de su pueblo...

CAPITÁN. Será un buen muchacho...

(*Entra don Felipe, de toga y birrete, muy serio, sin poderlo remediar. Las damas ríen. Marieta aplaude*).

CAPITÁN. La toga del magistrado es más solemne que la del sacerdote...

DON FELIPE (*medio compungido*). ¡Ya lo dudo!

MATILDE (*frívolamente*). Por ahí se van...

(*Entran Elvira, Obdulia y doña Rosa, que le arregla por detrás los pliegues de un largo tul coronado de azahares. Todas ríen. Marieta aplaude*).

ELVIRA (*viendo el té*). ¡Ah, perdonen! El trajín de la ceremonia me hizo olvidar mis deberes...

CAPITÁN. Matilde os ha suplido gentilmente.

ELVIRA Y MATILDE. Gracias.

DON FELIPE. Bueno, vamos a officiar.

MATILDE (*con alborozo*). Yo voy al piano, para que no falte Mendelssohn...

CAPITÁN. Es obligado.

(*Matilde preludia la famosa marcha esponsalicia del gran músico. Todos ríen.*)

MARIETA. Aquí, delante de mí...

DON FELIPE. Bueno, acérquense los novios...

(*El Capitán da el brazo a Obdulia y va delante de don Felipe, que, acto seguido, murmura unos latines casi verdaderos, por lo de ininteligibles, y rocía de una amplia bendición a casi todos los concurrentes.*)

DON FELIPE. Ya está.

(*Todos ríen. Marieta protesta. El piano calla.*)

ELVIRA. La verdad que fueron unas bodas muy sumarias...

DON FELIPE. ¡Ah, si yo fuese cura las haría así!...

(*Risas. Marieta insiste.*)

MARIETA. ¡No está bien, no está bien! ¡Otra vez!

ELVIRA. Tiene razón... Por lo menos de rodillas y cambiarse los anillos.

DON FELIPE. ¡Y arras de oro también!

(*El Capitán invita a Obdulia a que se arrodille.*)

MATILDE. Yo soy el monaguillo.

DON FELIPE. Bueno, de rodillas también el monaguillo, para no complicar más la cosa... Ahora va en serio y por última vez... ¿El Capitán quiere a la señorita Obdulia por esposa?

CAPITÁN. Las felices ocurrencias de Marieta no pueden resistirse...

DON FELIPE. ¿La señorita Obdulia quiere al Capitán por marido?

(*Obdulia, muy confusa, calla.*)

ELVIRA. Di que sí, mujer.

OBDULIA (*muy turbada y con voz apenas perceptible*). Sí...

(*Don Felipe, que sabe muchos latines, murmura los que le vienen a la boca y bendice pródigamente a cuantos le rodean.*)

MARIETA. Los anillos...

OBDULIA. Yo no tengo.

CAPITÁN. Basta uno...

(*Saca el suyo con un diamante y se lo pone a Obdulia.*)

DON FELIPE. Levántense los novios. Ya están casados, y la niña tontita salió con la suya...

(*Todos ríen. Don Felipe se quita la toga y el birrete, y Obdulia, con el auxilio de su madre, la estela de tul y los azahares.*)

MARIETA (*asombrada*). ¡Pero es así la cosa!...

(*Todos ríen y las damas la besuquean.*)

ELVIRA. ¿Qué más quieres?

MARIETA (*al Capitán*). Y ahora, ¿quedarás con Obdulia en esta casa?

CAPITÁN (*riendo*). Yo lo tendría a mucha ventura, más no podrá ser...

MARIETA. ¿Por qué?

CAPITÁN. Me gustaría más contestarte otro día...

MARIETA. No, no; ahora...

CAPITÁN (*a todos, con risa*). Me veo obligado a ensombrecer la fiesta... Ustedes perdonarán... Por otra parte, necesito irme pronto... (*Consulta el reloj*).

ELVIRA. ¿De qué se trata?

DON FELIPE (*serio*). Por algo decía yo que no estábamos para bromas...

CAPITÁN. No tiene tanta importancia la cosa...

DON FELIPE. Esa tranquilidad honra mucho a nuestro valor...

ELVIRA. (*Y la expectación de las otras mujeres*). ¡Ya nos tiene intrigadas!

DON FELIPE. No será para menos...

CAPITÁN (*risueño*). Dentro de veinticuatro horas tengo que partir para el Africa...

ELVIRA. (*Y las demás*). ¡Ah! ¡A la guerra! ¡Dios mío! ¿No decían que su batallón no se movilizaba?

MARIETA. Yo quiero ir contigo a Africa...

DON FELIPE. ¡Calla, niña, no digas tonterías!

(*Las mujeres sonríen difícilmente a la pequeña*)

DE BAZÁN. Se conoce que lo quiere la pobrecita...

(*El Capitán se le acerca y le da un beso*).

MARIETA. ¿Y cómo es la guerra?

CAPITÁN. ¿Cómo podría explicártelo?

DON FELIPE. De ninguna manera...

CAPITÁN. Tiene usted razón... Es, Marieta, un campo muy grande...

MARIETA. ¿Y qué más?

CAPITÁN. Donde se baila mucho...

DON FELIPE. ¡Sí, la danza macabra! No le haga caso, Capitán...

CAPITÁN. (*Sonríe y consulta de nuevo el reloj*). ¡Pero se han puesto ustedes tristes! Yo agradezco la estimación que me demuestran con ello, pero lo siento mucho, lo siento mucho... Si no fuese tarde, Matilde tocaría el piano y cerraríamos la fiesta con unas vueltas de baile, como sería del caso...

DON FELIPE. ¿Y por qué no, ya que nuestro valor lo consiente?

ELVIRA. ¿Por qué no se queda a comer con nosotros?

CAPITÁN. No puedo, no puedo... Siento mucho haberles aguado la fiesta... Pero tengo que irme... Dentro de media hora debo estar en el cuartel...

DON FELIPE. No podemos detenerle... Ya se sabe lo que es la disciplina militar...

CAPITÁN. (*Se despide, sonriente*). Bueno, señoras...

DE BAZÁN (*casi gime*). ¡Qué vuelva con suerte, capitán!

CAPITÁN. Gracias...

MATILDE. ¡Con el pecho cubierto de cruces! Yo me encargo de consolar a "los que quedan"...

CAPITÁN. Gracias, dos veces. (*Al despedirse de Elvira*). ¡Cuánto siento no poderme despedir de Julia! Ustedes se lo harán presente, y mis recuerdos...

ELVIRA. Ella también lo sentirá mucho...

CAPITÁN. *(Se acerca otra vez a la niña y le da un beso muy cariñoso. Le tiembla un poco la voz al despedirse de ella)*. Adiós, preciosa... Encontraré a los Reyes Magos en el camino y les diré que dejen muchos juguetes en el balcón... Adiós...

(Se despide con breve y muda afabilidad de doña Rosa y de Obdulia y se dispone a salir. Todos guardan silencio, hasta Marieta, envueltos en un vago pesar. Cuando el Capitán dió unos pasos hacia la puerta:)

OBDULIA *(muy tímida)*. Vuestro anillo, Capitán...

(Muy confusa, hace esfuerzos vanos por desprenderlo de su manita, más linda que su rostro).

CAPITÁN *(con galantería delicada)*. ¡Oh! Tendría gusto si lo conservaseis... como recuerdo. *(Y en el tono más alegre)*. Si cambia el color de la piedra, sin duda vuestro esposo ha muerto en la guerra.

MATILDE. ¡Como en los cuentos azules!

OBDULIA *(baja la cabeza)*. Gracias...

DON FELIPE. Os acompaño, Capitán; cenaremos juntos...

CAPITÁN. ¿En el cuartel?

DON FELIPE. Lo importante es cenar con vos.

ELVIRA. Está bien... Porque yo también estoy convidada en casa de las de Gándara.

(Los dos hombres saludan y salen).

DE BAZÁN. Bueno, querida, nos vamos también nosotras. *(Se besan)*.

MATILDE *(al saludar a Obdulia)*. ¡Son bromas que a veces dan resultado!

(Se ríen, dan besos muy sonoros a la niña y salen. Elvira las acompaña. Obdulia, muy alegre, corre a besar a la caprichosilla).

OBDULIA. Preciosa, preciosa...

ESCENA QUINTA

MARIETA, DOÑA ROSA Y OBDULIA. DESPUÉS ELVIRA.

DOÑA ROSA. Estás muy contenta, hija mía...

OBDULIA. Sí, madre... *(De pronto se entristece y mira el anillo)*. Y no debía... ¡El Capitán se va a la guerra!

DOÑA ROSA. La profesión militar es dura...

OBDULIA. Pero no puedo menos de estar contenta. *(Besa otra vez con cariño a Marieta)*.

DOÑA ROSA. ¡Claro! ¡Porque esperas a Enrique hoy! ¡Qué deseos tiene de verte! *(Al notar que la hija no contesta, ensimismada y moviendo el anillo centelleante cerca del rostro inclinado)*. ¿Qué te pasa ahora?

OBDULIA. Madre...

DOÑA ROSA. ¿Qué, hija?

OBDULIA. Deseaba decirle...

DOÑA ROSA. Habla, hija... Estoy en espinas.

OBDULIA (*sin cambiar de actitud, contemplando su anillo*). Madre...

DOÑA ROSA. ¡Por Dios, hija! ¡Habla pronto!

OBDULIA (*muy tímida, sin apartar los ojos del anillo*). Madre... yo quiero al Capitán.

DOÑA ROSA (*alterada*). ¡Qué dices! ¿Has perdido el juicio, hija? ¡Es posible que una broma!...

OBDULIA. No, madre... Hace tiempo...

DOÑA ROSA. Pero, ¿te corresponde?

OBDULIA. El jamás había puesto los ojos en mí hasta hoy.

DOÑA ROSA. ¡Hija mía! ¡Dios te vuelva el juicio! ¡Hija mía!... ¿Qué has dicho?

OBDULIA. ¡Yo le amo hace tiempo, y yo misma no lo supe hasta hoy!...

(*Marieta revuelve un caramelo en la boca y trata de entender lo que pasa entre las dos mujeres, cuya excitación la tiene con tamaños ojazos inocentes desde el comienzo de la escena*).

DOÑA ROSA. Pero es una locura si él ni ha puesto los ojos en ti...

OBDULIA. Pero, madre... ¡Alguno será el primero en querer!... ¿O ha de ser a un tiempo?

DOÑA ROSA (*desorientada*). Yo no sé, hija mía... Yo no sé... Pero tú querías a Enrique...

OBDULIA. Sí...

DOÑA ROSA. Entonces no puedes querer a otro...

OBDULIA. No, madre... Debí ser así. La ilusión de querer a Enrique llenaba, entretenía mi conciencia y no me permitió ver, hasta hoy, de dónde venía la verdadera luz que brillantaba mis sueños, que me hacía esperar, que me aseguraba de no vivir en vano...

DOÑA ROSA. ¡Hija mía, hija mía! ¡Ese arrebato de tus palabras me confirma que tu peligro es verdadero!... ¡Hija mía, reflexiona, por Dios!

OBDULIA. ¡Ya reflexiono, madre! Soy sincera, madre... ¿No tengo razón?

DOÑA ROSA. Yo no sé, yo no sé... Lo cierto es que te veo en peligro. ¡Y siempre nos equivocamos creyendo antes tener de nuestra parte toda la razón del mundo!

OBDULIA (*contemplando el anillo risueña*). Yo tengo una gran fe, madre,

DOÑA ROSA. ¿En qué, hija mía?

OBDULIA. ¿No ve cómo resplandece la piedra que me ha regalado?

DOÑA ROSA. No hables así... hija mía... Tu contento me lastima...

OBDULIA. No, madre, déjeme ser feliz... ¡Soy feliz, soy feliz! Madre mía, querida. ¿Por qué no se alegra conmigo?... Sí, madre, sí...

DOÑA ROSA. Hija mía... No puedo... No puedo...

OBDULIA (*rodea con sus brazos la cabeza de la anciana*).

na y dice con mucho cariño y alegría). Sí, madre, sí... Yo quiero que se alegre conmigo...

DOÑA ROSA. Reflexiona, hija mía... Yo no acierto a conformarme... ¿Cómo por una ilusión vas a dejar el cariño seguro de Enrique? ¿No es una locura?

OBDULIA. No, madre... Ilusión es también ese cariño, ilusión muerta, ya os dije... Ahora yo estoy segura de que solamente lo quiero como a un hermano que se hubiese ido muy pronto de casa, allá lejos, lejos, lejos...

DOÑA ROSA. No, hija mía, no... El cariño revivirá cuando lo veas tan buen mozo y queriéndote de todas veras... Tengo seguro que se casará contigo... ¡Hija mía, reflexiona, por Dios!

OBDULIA. ¿Y si Enrique me quisiese tan sólo en sueños, a quince años de distancia, como a una muerta, como a un recuerdo de la niñez? ¿No serían ilusiones tuyas, entonces?

DOÑA ROSA. Temo que hayas perdido el juicio, hija mía. ¡Dices cosas tan raras!

OBDULIA (*ensimismada en la contemplación de la piedra*). No, madre, reflexiono...

DOÑA ROSA. Hija mía, él te quiere, siempre te quiso... Tengo seguro que se casará contigo... Verás hoy, cuando venga...

OBDULIA. No puede ser, madre... ¿Quiere que mienta? No puedo, no puedo...

ELVIRA (*al entrar, a doña Rosa, aludiendo al pasado*

regocijo). ¡Supongo que no se aburrirá en la ciudad!

DOÑA ROSA. No, señora, pero estoy deseando llegar al pueblo... ¡Es mucho barullo el de la ciudad!

ELVIRA. ¿Fué al teatro ayer?...

DOÑA ROSA Y OBDULIA. Sí, fuimos juntas.

ELVIRA. ¿Le gustó?

DOÑA ROSA. ¡Ah, sí, señora! Pero era una cosa triste que no me gustaba...

OBDULIA. Triste y alegre, madre...

DOÑA ROSA. Sí, triste y alegre...

ELVIRA. ¡Cuánto va a llevar que contar al pueblo! ¡Seguramente será una de las pocas personas que de aquel rincón de la montaña vino a la capital!

DOÑA ROSA. Cierto, señora... Algunas personas principales han venido...

ELVIRA (*yendo a besar a Marieta*). Ustedes y Enrique...

DOÑA ROSA. ¡Ah, no, señora!... Somos personas modestas. Y Enrique ha hecho los estudios con grandes sacrificios de su madre... y los suyos propios... ¡Qué buen muchacho!

ELVIRA. Usted no me entendió, doña Rosa... Y para mí, aparte de todo y sin hacerles favor y porque las quiero, son ustedes personas principalísimas...

DOÑA ROSA Y OBDULIA. Muchas gracias...

ESCENA SEXTA

DICHAS Y JULIA.

(*Entra Julia moviendo gran aire, tan hermosa de cuerpo y de rostro y gracia que Obdulia ni merece ser cualquiera de las sombras caídas tras de sí al pasar*).

JULIA. Buenas tardes... ¡Ah, querida mamá!... No tenemos más que una hora... Nos esperan...

MARIETA. Yo quiero ir, yo quiero ir...

ELVIRA. Cuando estés sanita, pequeña... Ya verás, ya verás... ¡Ah, Julia! ¡Te has perdido lo mejor de la fiesta! ¡Acaban de casarse Obdulia y el Capitán!

JULIA. ¿Qué? ¿Cómo?

ELVIRA. Un capricho de Marieta...

JULIA. ¡Una tontería!

ELVIRA (*yendo hacia la niña y besándola*). Hemos pasado muy bien la tarde... Ahora, preciosa, vas a cenar una cosa muy rica... Y luego, a camita. ¿Sí? A soñar con los Reyes Magos... Vamos a llevarla, Obdulia.

MARIETA. No, llévame tú... Obdulia me desnuda y me cuenta un cuento...

(*Con el auxilio de doña Rosa, Elvira toma a la niña envuelta en el ropón y se la lleva sentada en los brazos y asomando la carita por en-*

cima de los hombros. Va a salir también Obdulia. La hermana de Marieta la llama).

OBDULIA. ¿Qué, señorita?

(*Julia la mira un buen rato. Obdulia termina por bajar los ojos. Contempla su anillo*).

JULIA. ¿Y ese anillo?

OBDULIA. Me lo dió el Capitán.

JULIA. ¡Ah!

OBDULIA. Fué cuando las nupcias de broma...

JULIA. Menos mal que te das cuenta que fué una broma...

OBDULIA. ¿Qué, señorita?

JULIA. (*Vuelve a mirarla con atención mordaz*). ¿Eres tonta?

OBDULIA. No entiendo...

JULIA. Dame ese anillo...

OBDULIA. Es un recuerdo...

JULIA. Te daré otro mejor...

OBDULIA. Es un recuerdo...

JULIA. Vamos, no seas mala...

OBDULIA (*confiada y sonriente*). Si algún día obscurece la piedra, será suyo, porque yo moriré...

JULIA. ¿Qué tonterías dices?

LA VOZ DE MARIETA, y después la de Elvira desde el fondo: ¡Obdulia!

OBDULIA. Voy, voy...

ESCENA SEPTIMA

JUANITA, ENRIQUE, JULIA. Después ELVIRA, DOÑA ROSA y OBDULIA.

(Ya sola, Julia queda pensativa un rato, con la barbilla apoyada en una mano; sin variar la actitud entra en la habitación contigua. La doncella introduce a un joven visitante).

JUANITA. Tenga la bondad de sentarse un momento. La señora dice que viene en seguida...

(El joven prefiere seguir en pie y examina con aire competente un cuadro en la pared de la puerta por donde ha entrado. Al sentir rumor de faldas, se vuelve. Es Julia que, al verle, queda turbada, y el joven también, como cualquiera ante la aparición, y más si es imprevista, de una mujer hermosa).

JULIA. Caballero... ¡Ah! ¿Usted es el novio de Obdulia, que esperábamos hoy?

(Mientras, le tiende la mano y se ríe. El joven no sabe qué decir).

ENRIQUE. Señorita, perdone mi confusión...

JULIA *(sin dejar de reír)*. ¿Pero qué le pasa?... ¡Ah! ¡Lo que se me ocurre! ¡Lo que se me ocurre! ¿A que me ha tomado por Obdulia? ¡Es novelesco! ¡Es novelesco!

ENRIQUE. No... No...

JULIA. ¡Ay, qué risa, qué buena ocurrencia!... ¡Es novelesco!...

ENRIQUE *(a quien realmente ha sorprendido la belleza y alegría de Julia, no pasa la ocasión de ser galante y exclama sonriendo)*. No fué así, no fué así... Pero, la verdad sea dicha, si ella no puede confundirse con usted me habrán traicionado los sueños de quince años...

JULIA *(con afectada seriedad)*. Los sueños, sueños son... Mas lo que usted ha dicho es muy grave...

ENRIQUE. Me gusta decir lo que siento.

JULIA. A mí también me gusta la franqueza; pero... hay cosas que necesitan preámbulos.

ELVIRA *(aparece y exclama con admiración sonriente)*:
¡Qué ve!

JULIA *(con alborozo)*. ¡Ay, mamá! ¡Tenías razón! ¡Es novelesco!

ELVIRA *(mientras da la mano al joven)*. ¿Qué es, hija?

JULIA. ¡Casi me ha confundido con Obdulia!

ENRIQUE. No, señorita...

ELVIRA *(sin oír más, con el mismo alborozo de su hija)*.
¡Es novelesco! ¡Es novelesco! Perdone usted, Enrique...

ENRIQUE *(turbado a lo sumo)*. La verdad que mi presentación resulta bastante irregular... Les ruego que me disculpen... La verdad... Esto...

ELVIRA. ¡Sí, tiene muchísima gracia! ¡Qué día más ameno!

JULIA. ¡No se esperan nuestras amigas la sobremesa que les llevamos!

ELVIRA. Verdad. Verdad... Por otra parte, Enrique, a usted ya estamos acostumbradas a considerarle como a un viejo amigo de casa... ¡Tanto habla Obdulia de usted! Y nosotras queremos a Obdulia como a hija nuestra.

ENRIQUE. Gracias, dos veces...

ELVIRA. ¡No se van a conocer! ¡Es novelesco!

JULIA. Se conocerán por los retratos, mamá...

ENRIQUE. El último que recibí de ella tiene siete años.

JULIA. Sí... No le gusta retratarse...

ENRIQUE. La verdad, la verdad, nunca había pensado en eso... Y ciertamente, podría ser... ¿No les ha pasado a ustedes que los retratos substituyen en la imaginación a las fisonomías verdaderas, y quien dice los retratos dice también la ilusión que uno se haya formado de una persona o de un suceso por venir?

ELVIRA. Bien se conoce que estudia leyes... Mi marido, que es del gremio, sabría apreciar mejor que nosotras tan buena oratoria... Porque debe ser buena...

ENRIQUE (*sonriendo con ironía, por si acaso es una ironía lo que ha oído*). Gracias...

ELVIRA. No es ironía... Según vislumbro, usted ha

soñado con una Obdulia que se parece a Julia... Rimán, pero no se parecen...

ENRIQUE. Yo no sé si quise decir tanto...

ELVIRA. Veo que es usted ingenioso...

ENRIQUE. Gracias, otra vez...

ELVIRA (*levantándose; con suave ironía*). No puedo verle sufrir más de mal de ausencia... Voy a buscarle a Obdulia...

JULIA. ¿Dónde anda?...

ELVIRA. Está entreteniendo un rato a Marieta... Vuelvo en seguida con ella...

ENRIQUE (*a Julia, para sortear los ridículos de su extraña situación*). ¿Y doña Rosa?

JULIA. Muy entretenida en la ciudad, pero deseando volver al pueblo... Dice que ya cumplió el deseo que traía únicamente de ver a su hija...

ENRIQUE. Sí, era su obsesión desde hace algunos años... Se le ha puesto en la cabeza que morirá pronto, y no quería morir sin abrazarla... ¡Pobre vieja!

JULIA. Pero ella vive bien allá... Obdulia le manda recursos...

ENRIQUE (*sin poderlo contener, mira a cada momento y emocionado a la puerta por donde aparecerá la Obdulia de sus sueños*). Sí... Desde que enviudó vive con la hija mayor, casada no mal...

JULIA (*nota la emoción del joven, y sonrío*). ¡Extraño encuentro, verdad!

ENRIQUE. Un fantasma de humo intimida... ¡Un

fantasma de carne y hueso, casi aterra! Palabra de honor... Empiezo a darme cuenta... Si lo hubiese pensado, no caigo aquí tan de improviso, tan...

JULIA (*sonriente, yendo a la puerta para llamar a su madre*). Por Dios, no lo piense... ¡No se vayan a morir el uno frente al otro! ¡Mamá! ¡Mamá!

ELVIRA (*llega y dice tras de sí primero, y después, entrada Obdulia, frente a todos:*) Entra, mujer, entra... Vamos... ¡Por fin! ¡Cuánto daría por asistir a esta entrevista!

(*Enrique y Obdulia se han quedado sumamente confusos el uno frente al otro. Doña Rosa los mira con grande anhelo. Julia, con cierta inquietud y perversidad. El silencio es angustioso*).

ENRIQUE. (*Desentona diciendo a Elvira*): Puede usted asistir...

ELVIRA. No, no... ¡No faltaba más! Lo había dicho en broma... ¿Pero no se abrazan?

ENRIQUE (*adueñándose de sí*). Hola, doña Rosa... ¿Qué le pasa?

DOÑA ROSA (*con temblor en la voz*). Nada, Enrique... ¿Cómo has dejado a tu gente?

ENRIQUE. Primero dígame cómo está usted, qué le pasa...

ELVIRA. Hace unos momentos le dió por ponerse triste y no quiere decir por qué... Vamos, doña Rosa.

Julia, dejemos a los novios solos... Están en su casa...

ENRIQUE. Gracias...

ESCENA OCTAVA

ENRIQUE y OBDULIA

(*Los dos, con la cabeza baja, uno frente a otro, no se mueven ni hablan por espacio de un minuto eterno. Obdulia, de pronto, contemplando su anillo*).

OBDULIA. Ya me han contado que me habías confundido con Julia...

ENRIQUE. No fué así, no fué así... No te ofendas...

OBDULIA. ¿Por qué?... ¿Desmerezco en la comparación?

ENRIQUE (*mirándola mucho*). No, no, no...

OBDULIA. ¿Qué miras?

ENRIQUE. Te reconozco menos en la manera de hablar que en la fisonomía...

OBDULIA. No comprendo...

ENRIQUE. Yo tampoco por qué dices con tanta naturalidad lo que más bien debería haberte disgustado.

OBDULIA (*contemplando su anillo, dice sin querer, y luego se confunde*). Es que no me disgustó...

ENRIQUE (*apresurado, con tono extraño, que parecería*

de contento). ¿De veras? ¿No me quieres, entonces?

OBDULIA. También a mí el tono de tus preguntas me parece extraño... ¿Es que deseas, en realidad, que no me atormente mucho a mí la desilusión que te ha causado el no ser yo la mujer de tus sueños?...

ENRIQUE. ¡Qué raro es todo esto! De otra manera me lo había imaginado ciertamente... ¡Sobre todo, nunca hubiera creído que tú me recibieses con esa calma, desamor, sí, desamor!...

OBDULIA. ¿Yo no puedo extrañarme también de que me hayas confundido con otra?

ENRIQUE. Tendrías razón, pero no fué así, no fué así... ¿Por qué buscar pretextos en que apoyar los desengaños? Tú no me quieres..., ¿verdad?...

OBDULIA. Tú a mí tampoco..., ¿verdad?...

ENRIQUE. Dilo tú primero... Digo... Esto...

OBDULIA. ¡Ya nos hemos entendido!

(Después de otro minuto eterno, bajos los rostros).

ENRIQUE. Sin embargo, en tu carta última, de hace un mes, todavía me jurabas cariño eterno...

OBDULIA. También tú, y me lo has perdido en un segundo confundíendome con otra...

ENRIQUE. ¡Vuelves a buscar pretextos!

OBDULIA. ¿Y tú no?...

ENRIQUE. ¡Es que algo resiste en el fondo de nuestros corazones contra la realidad destructora de un ideal antiguo y bellissimo y hasta sagrado!... ¿Recuerdas

que nuestros finados padres, tan amigos, cifraban su mayor ventura en profetizar nuestra unión? ¿Recuerdas que más de una vez hacían la pantomima de casarnos? ¿Recuerdas que hemos crecido juntos? ¿Recuerdas el dolor de nuestra separación? ¿Recuerdas? ¿Recuerdas? ¿Recuerdas?... ¿No despierta en ti el cariño de los pasados tiempos? Dime que sí, que recuerdas, que volvemos a nacer juntos... Soy sincero, créeme... No puede morir nuestra vida... ¡Recuerda, recuerda!... ¡Recuerda! (*Obdulia, conmovida, tiene la cabeza baja, pero mueve su anillo resplandeciente. Enrique, con la misma exaltación sincera*). ¿No contestas? ¿Renaces? ¿Comprendes ya el milagro, la suma ventura de poder vivir en la realidad de un sueño dulcísimo? ¿Sí? ¿Sí? Yo te pediré perdón si he cometido alguna falta involuntaria...

OBDULIA (*con apresuramiento, adueñándose de sí*). Es verdad, es verdad... Me has confundido con otra... Yo no soy, pues, la mujer de tus sueños...

ENRIQUE. ¡Los sueños viven también y principalmente del pasado! ¡Y tú, no otra, eres la que has nacido conmigo!... ¡Piensa bien lo que vas a hacer!...

OBDULIA (*moviendo el anillo bajo sus ojos*). No puede ser... Tú no me quieres tampoco...

ENRIQUE. ¡Oblígame con tu cariño a cumplir con mi deber! ¡Digo!... Esto... que...

OBDULIA. No se debe querer por deber.

ENRIQUE. En realidad, tú no me quieres ya, y te

sientes disculpada porque me crees a mí en el mismo caso...

OBDULIA. Te quiero... Como a un hermano...

ENRIQUE (*abatido*). Yo también... Te quiero como a una hermana... Siento no verme obligado a realizar los antiguos sueños... ¡Ojalá no te pesel...

(*Los dos jóvenes quedan abatidos*).

ESCENA NOVENA

Dichos. DOÑA ROSA y ELVIRA.

DOÑA ROSA (*entra, con ojos de anhelo. Gime*). ¡Qué, hijos míos!...

(*Los dos jóvenes permanecen con el rostro bajo, silenciosos*).

DOÑA ROSA (*llorando*). ¡Ya veo que todo ha terminado muy lejos de la esperanza de vuestros padres!... ¡Yo también moriré pronto!...

ELVIRA (*su voz*). ¡Doña Rosa! (*Esta no puede contestar. Entra Elvira, compuesta para salir*). ¡Ah, está aquí! ¡Pero qué le pasa!

DOÑA ROSA. Nada, señora...

ELVIRA. ¿Pero ha venido a entristecer a los novios?

OBDULIA (*reaccionando*). Nada, cosas de mamá... siente irse...

ELVIRA. Que se quede...

ENRIQUE. Bueno, señora...

ELVIRA. ¿Se va usted? ¡Ah, le felicito por el éxito que habrá tenido la entrevista! ¡Cuánto daría por haberla presenciado! ¡Es novelesco!

ENRIQUE (*sonriendo a duras penas*). Tiene gracia... Sí, tengo que irme... Ya he abusado un poco de su amabilidad...

ELVIRA. No es abuso... Ya sabe usted la casa... Venga usted a comer cuando guste... Mañana...

ENRIQUE. Muchas gracias... Tendré el mayor placer en visitarles de cuando en cuando... Mis saludos a Julia...

ELVIRA. Discúlpela... Se está arreglando para salir...

(*Se despide y sale. Aprieta en silencio la mano de Obedulia y de doña Rosa, que lo sigue con los ojos llenos de lágrimas*).

ELVIRA (*calzándose los guantes*). Pero ¿qué pasa?

OBDULIA. Nada, rarezas de mamá...

ELVIRA. Me alegraré que no sea otra cosa... Bueno... Vamos a salir... Vendremos un poco tarde...

(*Entra Julia y pasa a la habitación de enfrente*).

ELVIRA. ¿Estás pronta?

JULIA. Sí, sí... Pero aún tenemos un cuarto de hora... Voy a terminar una cartita, para una amiga...

ELVIRA. Bien... Estoy en el cuarto de Marieta...

Hasta luego, doña Rosa . . . Hasta luego, Obdulia . . .
(Sale).

ESCENA DECIMA

DOÑA ROSA y OBDULIA. Después JULIA y JUANITA.

DOÑA ROSA. (Gime). ¡Hija mía, hija mía! ¿Qué has hecho?

OBDULIA. ¡Madre, por Dios, no se ponga triste! ¡No hay motivo! ¡Yo que deseaba terminar contenta el día! . . .

DOÑA ROSA. ¡Qué locura! ¡Cambiar el buen destino por una ilusión!

OBDULIA. Pero, madre, si mi alma ya no es mía, ¿cómo disponer de ella? . . . ¿Me aconseja fingir?

DOÑA ROSA. (La mira compasivamente. Sus ojos reflejan una honda experiencia). Nos engañamos tantas veces . . ., hija, que lo mejor será llevar un rumbo fijo, aunque por momentos nos parezca equivocado o más árido que otros ambicionados, vistos de lejos . . .

OBDULIA (bromeando). Vamos, querida madre . . . Tengo una gran fe . . . Mire cómo resplandece mi destino . . .

(La madre la mira con dulce piedad. Aparece la doncella en la puerta y llama en voz baja).

JUANITA. ¡Señorita Obdulia!

OBDULIA. ¿Qué hay, Juanita?

JUANITA. Una carta.

OBDULIA. ¿Eh? ¿De quién?

JUANITA. (Mira tras de sí). Del Capitán, para la señorita Julia . . .

OBDULIA. ¿Eh?

JUANITA. Del Capitán, para la señorita Julia.

OBDULIA. ¡Ah!

(En este momento sale Julia cerrando un sobre. Obdulia se fué con aire atónito cerca de su madre, cuyo abatimiento le ha sumergido el rostro en el rincón de sombra que semeja su cuerpo. La doncella, con aire de complicidad, sale al paso de Julia).

JULIA. ¿Qué hay, Juanita?

JUANITA. Una carta de su novio, el Capitán . . .

JULIA. ¡Yo que acababa de escribirle! Bien . . . Gracias.

(La doncella sale. Los ojos absortos de Obdulia siguen todos los movimientos de su vencedora. Parece hipnotizada. Julia corre bajo las luces del centro, destroza el sobre recibido y lee ávidamente. Una pequeña nube pasa por su alegría y murmura:)

JULIA. ¡A la guerra! . . . ¡Dios mío!

ELVIRA (desde el fondo). ¡Vamos, Julia . . . Ya es hora!

JULIA. Voy, voy, voy...

(Sale, sin reparar en las tristes, iluminada de júbilo y apretando la carta sobre su pecho. Obdulia da vueltas al embeleco de su manita, más bella que su rostro cuando no lo realzaban las sombras de la muerte. La madre alza poco a poco la mirada lacrimosa que fluye copiosamente al ver la desolación irremisible).

DOÑA ROSA. ¡Hija mía!...

(Obdulia se deja caer doblada sobre las rodillas maternas, colgando afuera sus brazos).

DOÑA ROSA. ¡Pobre hija mía! ¡Pobre hija mía! ¡Pobre hija mía!

FIN DE LA ILUSION

*Vitae summa brevis spem nos vetat
inchoare longam.*

HORACIO, Carmen, IV, L. I.



EL VIEJO

TRAGEDIA VULGAR de las tres
jornadas naturales, ida, vuelta
y vencimiento de años

PERSONAJES DE LA CASA:

DON MARTIN, *viejo fortísimo de ochenta y tantos años.*
MISIA ADELA, *su esposa.*
JUSTINO, *su hijo, estudiante mozo.*
ISABEL, *hermana ingenua.*
JULIAN, *hijo pródigo.*
TIA ANA, *viejita soltera muy gentil.*
Hijas casadas y nietos fuera de la casa.

COMO DE LA CASA:

DON SIXTO, *leguleyo.*
AMANDA, *su hija, digna de ser amada.*
DIRECTOR DEL LICEO (BUSCON).
ÑA TULA, *cocinera cincuentona.*

PEONES:

GUALBERTO, *el Torcido.*
JOAQUIN, *el Callao.*
TOMAS, *el Negro.*
ROQUE.

INVITADOS...

ACTO PRIMERO

UNICA ESCENA Y TRAJES

CASA de campo. Comedor: las paredes de un tono lila con ramazones blancas de estarcido; un estrecho zócalo rojo. Dos puertas laterales a las habitaciones. Al foro, una puerta de arco y un ancho ventanal de dos arcos en ajimez, comunicando a una galería abierta, de la que alcanza a verse alguna pilastra de cal, y cerca de la puerta, suspendida bastante alto, una despeinada calaguala. En la solana, un aljibe alicatado, y a unos metros un coposo ombú, frente a la puerta. Al fondo, la pradera verde y las nubes, en cuya lejanía, y frente al ventanal, vive solo un álamo.

Dentro: una mesa ovalada, cubierta de un paño azul con franjas y flores amarillas; encima, un frutero con tomates y dos huevos frescos de ñandú. Un aparador antiguo, de estantes, con loza y cristalería. Entre puerta y ventana, un reloj de pesas. En un rincón, sobre un caballete, un recado de lujo: cojinillo de lana gris, cabezada, pasadores y estribos de plata y oro. Cerca del ventanal, una mesita y dos hamacas de mimbre. Sillas; un sillón firme, preferido por el viejo.

Don Martín, de luenga barba, viste bombacha azul oscuro y bota campera; por encima del saco de alpaca, un poncho de verano, de seda; al cuello, un pañuelo blanco, tendido y flojo; gacho negro. Rebenque en mano, siempre. La peonada, camisas blancas, rosadas, con flores chiquitas, celestes, remangadas o no hasta el codo; bombachas blancas, azul marino, marrón, negras; cinto ancho y facón, del que suspenden el rebenque si no lo llevan en la mano; bota campera y, algunos, con espuela de fierro; gachos oscuros.

Buscón (Director del Liceo), Julián y Justino, traje pueblero; el último, de casa, sin chaleco y con una fácil corbata de lazo.

Ña Tula, falda anaranjada, blusa azul, delantal blanco; en la cabeza, a modo de cofia, un pañuelo y otro grande de vivas flores al cuello, atado muy bajo. Las demás mujeres visten trajes puebleros; las muchachas, con gusto sencillo y alegre de verano; sombreros de sol. Anita, que se compone mucho, algo anticuada, pero sin ridiculez, usará en el primer acto y en el segundo un traje entallado y gorra con gasas, de viajera; jazmines en el pecho. En la fiesta campestre del tercer acto puede aparecer con un traje gris perla, con flores moradas; blusa de talle justo y terminado en cotilla; mangas de jamón; cuello alto, peto de tul leve y una como esclavina de randas pálidas que dicen de Cluny; falda ceñida en las caderas, con un vuelo tableado desde la rodilla. Rosa colorada en el pecho. No obstante su graciosa coquetería, la viejita soltera de pelo blanco jamás cambia o deja su rústico bastón de cerezo, cuyo mango está formada en la horqueta de la misma rama.

Lugar de Cerro Largo, frontera uruguaya con Brasil.
Año 1920.

ESCENA PRIMERA

JUSTINO. GUALBERTO, en seguida, los demás PEONES.
Al final, MISIA ADELA.

JUSTINO. (Lee en la mesita cerca del ventanal. Pasa Gualberto por la galería). ¿Cómo va esa propaganda del salario mínimo a los trabajadores de campo?

GUALBERTO. (Indica un saludo y sin responder llama a los compañeros que pasan cerca). Che, Negro, y vos, Callao... , vengan... (Más alto a un peón que hace chirriar la cadena del aljibe). ¡Eh! Evaristo, vení... Y vos, Roque... (A los peones que se acercan y saludan con respeto a Justino). Aquí, el patrón, con mejor verba que la mía, dirá si es bueno lo que les decía de la paga de los treinta pesos y comida que nos van a dar...

JUSTINO. Que deben pedir, que deben hacer por que les den...

GUALBERTO. Eso digo... Aquí éstos creen que son historias mías... ¿Qué decís vos, Callao?

JOAQUÍN. ¡Si el patrón lo dice!...

JUSTINO. No lo digo yo solo... Vean los diarios de Montevideo, que se ocupan del asunto.

TOMÁS. Denguno sabe ler... Somentes Sia Tula, mas na fala d'ela...

GUALBERTO... y en la tuya, negro loco...

TOMÁS. Yo so tao castilán coma voçé... Tenho pe-liado con Saraiva...

GUALBERTO. No ha dúbeda... ¡Ele e blanco!

EVARISTO. ¡Hay que rispeter la opinión!...

GUALBERTO. ¡Guardá la fariñera, hermano!

JUSTINO. No vayan a reñir ahora, amigos... ¿Qué pensás vos, Joaquín, del aumento de paga?

JOAQUÍN. E... no comprendo...

JUSTINO. ¿Y vos, Roque?

ROQUE. Da lo mesmo... Yo soy un inorante, no comprendo... Dice bien Joaquín...

GUALBERTO. Che, Roque, tocame..., tocate la pensadora, no sea una cabeza de vaca pa sentarse...

JUSTINO. Cierto... Lo que parece una lotería no se puede comprender.

EVARISTO. Justamente.

JUSTINO. Pero no se trata de la caprichosa fortuna entrándose por las puertas del pobre, sino de una diosa más noble, que es la Justicia...

GUALBERTO. ¡Qué deputau ni qué demonio! (*Tira el sombrero al aire*). ¡Con usted, patrón, hasta el fin del mundo!

EVARISTO. ¡Moso que habla lindo!

JUSTINO. Se trata de que ustedes reciban la paga que les corresponde por su trabajo.

TOMÁS. Eu reçobo tuda a fin de mes, a mesada...

LOS OTROS. Todos...

GUALBERTO. ¿Querés callar, negro dotor?

JUSTINO. Ustedes no viven con vida propia, sino como burucuyá en ramaje ajeno, del árbol feliz y estimado que da fruto y alberga a los pájaros y es quien realmente vive... Constituir un hogar, crear una familia con sus dulzuras y obligaciones... suficientes a levantar el sentimiento de la personalidad moral y hasta económica...

TOMÁS (*excitado por el olor de la oratoria*). ¡Muito bein!

GUALBERTO. ¡Cala, tú! ¡Bien dicho, patrón!

TOMÁS (*a Gualberto*). ¡Ora isso!

JUSTINO. Formar un hogar propio no es lo mismo que vivir acuartelados en la estancia del patrón... ¿No le parece, señor Joaquín?

JOAQUÍN... Justamente... Pero... una familia debe ser muy custosa...

JUSTINO. ¡Qué horror! ¡No, usted no piensa lo que dice!

JOAQUÍN. No hablé por mi cuenta... El patrón me pregunta y... yo contesto...

ROQUE. ¡El patrón llega!

(*Todos se van. Gualberto afina con parsimonia una guasca. Pasa Ña Tula con un tacho de latón a la cocina, que da a la galería*).

GUALBERTO. ¡Hola, ña inimiga!

TULA. ¡Perdulario!

MISIA ADELA (*a Justino, que iba a entrar por una de las habitaciones en el momento de aparecer su madre*): ¿Qué barullo es ése?

JUSTINO. Yo, que hablaba con los peones.

MISIA ADELA. Les das demasiada conversación.

JUSTINO. Me parece que no hago nada malo en hablar con esa buena gente. Más si es de cosas que les convienen...

MISIA ADELA. Sí, porque los distraes de su trabajo, y luego toman alas.

ESCENA II

DON MARTÍN, MISIA ADELA, JUSTINO y luego ISABEL.

DON MARTÍN. (*Se sienta y pone el sombrero y el rebenque sobre la mesa. Empieza a componer un cigarro en chala. Al ver el libro que lleva Justino*). Siempre con novelas...

JUSTINO. No es novela... Es... la gramática de la Academia.

DON MARTÍN. ¿Y Anita cómo sigue, Adela? ¿Se resolvió siempre al viaje? (*A Justino, que reanuda la marcha*). Espera...

MISIA ADELA. Creo que sí... Ya sabes cómo es... Dice que le basta decidirse una hora antes de partir el tren... Con los años le aumentan las rarezas.

DON MARTÍN. Era para decirte, Justino, una vez más, lo de siempre... Siéntese... ¿Cuándo vas a pensar en serio el ser algo?

JUSTINO. En serio lo pienso todos los días, pero no acaba de presentarse ante mis ojos el camino abierto que mi voluntad necesita... (*Entra Isabel y sirve mate a los viejos*).

MISIA ADELA. ¡Si todos los días cambias de pensamiento! Hoy es Medicina, mañana Farmacia, pasado...

JUSTINO. Pensar es eso, madre: discurrir cada una de las cosas que podría uno ser y hacer. Pero no hay en las Facultades de la Universidad ninguna que esté de acuerdo con las mías, con la ambición de mi espíritu y mi potencia de ser...

MISIA ADELA. También pensaste en hacerte abogado... y yo creo que lo harías muy bueno...

DON MARTÍN. Discurrir ya discurrea...

JUSTINO. No veo por qué se burla.

DON MARTÍN. No me burlo, hijo. De veras me gustaría verte abogado...

ISABEL. Siempre le digo yo lo mismo. ¡Con el talento que tiene, iría muy lejos!

JUSTINO. ¡La carrera de los pillos!

DON MARTÍN. ¡Eh! ¡Estás loco, muchacho! (*Isabel, que acierta a pasar detrás de su hermano, le tira del saco*).

JUSTINO. Ayúdenme en la forma que ya les he dicho... Renuncio a lo que pueda heredar, si me

anticipan dos o tres mil pesos, con los cuales viviría en la capital una vida de estudio, por cuatro años y hasta cinco (*saca papel y lápiz*), según mis cálculos abonados por la exactitud de los números...

DON MARTÍN. Los números no sirven para eso... Nos traicionan siempre...

JUSTINO. Será la voluntad débil, que hace traición a los números; yo tengo tal confianza en la mía, que, igual a un reloj, había de marcar hasta el centésimo de consumo, en relación al cálculo fijado.

MISIA ADELA. ¡Debías ayudarle, Martín!... ¡Pues inteligencia no le falta!

DON MARTÍN. ¡Me dejan atónito! ¿Pero no te haces cargo, Adela, que son quimeras? ¡Siempre has sido tan soñadora como tus hijos! ¡A mí no salen, por cierto! ¿De qué modo podría yo convencerte, muchacho, si no es diciendo que no, que no y que no?

JUSTINO. ¡Tendré que irme como Julián!

DON MARTÍN. No me nombre a su hermano. ¡Jamás! ¡Para mí ha muerto! Era exactamente lo mismo que tú... ¡Ya se habrá persuadido de la sinrazón de sus proceder y de su fuga! ¡La vida le habrá enseñado lo que no quiso saber de mi boca!...

JUSTINO. ¡Por eso ha vuelto! ¡Y hace más de quince años que falta!

DON MARTÍN. ¡Calla, calla! ¡No ha vuelto por soberbia!

MISIA ADELA. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Para eso tiene

una hijos... con dolor! ¡Para que se pierdan en el mundo!

ISABEL. ¡Mamá, por Dios, no te aflijas así, no llores! Cuando Julián no ha vuelto es porque no le va tan mal...

MISIA ADELA. ¡Tú no ayudas a los hijos, Martín!

DON MARTÍN. ¡Adela, no digas eso! ¡Tú crees que sólo han salido de tu entraña! ¡Lo que hay es que no hemos tenido suerte con los hijos!

MISIA ADELA. ¡Lo que hay es que otros padres ayudan más a sus hijos!...

DON MARTÍN. Es que pueden más que nosotros... Tú sabes todo el cuidado que debo poner para que la casa no se venga abajo...

MISIA ADELA. ¡Quien te oiga creerá que estamos en la miseria!

DON MARTÍN. Es que no somos ricos, ni cosa parecida, y si lo parece a gentes habladoras y entrapadas es porque yo no debo nada a nadie, odio las deudas, no gasto más de lo que puedo; y si lo parece a ustedes, es porque gracias a mi cuidado de todos los días, a mi ahorro, a mi estrechez —que me privo de muchas cosas que me gustaría disfrutar—, nunca les faltó lo necesario. Y ahí quedará, si no aumentado, en pie, lo que adquirí de mis padres y en mi vida trabajosa... Cuando yo muera, ustedes harán como entiendan... No hablemos más de esto. (*Se pone el sombrero y toma el rebenque para irse. Antes de levantarse.*) También debo de-

cirte, Justino, que me parece muy mal la propaganda que estás haciendo entre los peones por el asunto de la paga... ¡Conspiras contra los intereses de tu propia familia, que son los tuyos! ¡Un verdadero desatino!

JUSTINO (*sin medir lo que dice*). ¡Esa manera de pensar es infame!...

DON MARTÍN (*alzándose con brío y empuñando el rebenque*). ¡Canalla!

MISIA ADELA. (*Justino se alzó instintivamente en actitud de defensa. Su madre ha dejado rodar la labor al suelo*). ¡Justino!

ISABEL (*confusa y pronta a sollozar, pónese cerca de su hermano*). ¡Papá!

(*Justino comprende la gravedad de su gesto y se deja caer en la silla doblando la cabeza sobre el pecho. Don Martín, cejijunto, va a salir por la puerta del fondo. La llegada de Anita lo detiene*).

ESCENA III

DICHOS y ANITA. Después, GUALBERTO.

ANITA (*entrando*). ¡Eh, Martín! ¡Aquí está el buen tiempo después de la borrasca!

DON MARTÍN. (*Se vuelve*). ¡Hola, hermana!

ANITA. ¡No se entiende tan continuo mal humor en estos hermosos días! ¡Deja, Martín, a los mozos que

vivan alegres! ¡Qué una vieja como yo tenga que hacer siempre el papel de Primavera es una burla! (*Se sienta en uno de los sillones de mimbre, cerca de Adela*).

DON MARTÍN. (*Siéntase y se saca el sombrero*). No, Anita: las burlas y las veras, a su tiempo... Y ahora, lo que hablábamos y lo que ha sucedido es muy grave...

ANITA. No me lo cuentes: ya lo sé... La historia de todos los días: que los viejos y los jóvenes no pueden comprenderse, porque hablan, verdaderamente, idiomas distintos.

DON MARTÍN. Yo he sido joven, y nunca desoí el consejo de mis padres, cuanto más...

ANITA (*bulliciosamente*). ¡Ja, ja, ja! ¡Al testigo de tu vida, a tu hermana vieja vas a decirle cómo fuiste! Parece, al contrario, que debo recordártelo a ti mismo... Ya te lo dije varias veces: ¡Igual a tus hijos!

MISIA ADELA. Yo también se lo digo.

DON MARTÍN. ¡No será! ¡No será!

ANITA. ¡Si hasta escapaste de casa, como Julián!

DON MARTÍN (*suspenso*). ¡Tú sabes muy bien... que fué otra cosa!... Y que di a mis padres toda clase de satisfacciones... ¡Julián! ¡Julián! ¡Ya la vida le habrá enseñado a golpes lo que es bueno!... Ultimamente, Anita, puedes dar testimonio de la experiencia con que hablo a mis hijos, pero ¿por qué los echas a perder consintiendo en todo lo que hacen, piensan y dicen?

ANITA (*con melancolía*). Pronto dejaré de ser un gurí revoltoso en tu escuela de experiencia... He resuelto mi viaje, que bien podría ser sin regreso...

DON MARTÍN. ¿Qué dices?

MISIA ADELA. ¡No digas, Anita, por Dios!

ISABEL. ¡Tía!

ANITA. No necesito poner a prueba vuestro cariño; es que siempre tuve una gran afición a dar sustos...

DON MARTÍN. Es que no estamos para bromas...

ANITA (*riéndose otra vez*). ¡Es que te voy a dar un susto de veras! He resuelto seguir la opinión del médico en la última consulta, y pasar por el peligro de una operación que ponga fin a mi mal de una vez para siempre y de cualquier modo...

MISIA ADELA. ¡Por un lado, tiene razón!

ISABEL. Tía, ¿no tienes miedo?

ANITA. ¡La nieta del coronel Mendizábal jamás conoció el miedo!

DON MARTÍN (*reflexivo*). ¿Lo pensaste bien, Anita?...

ANITA (*levantándose y yendo a la puerta del fondo*). ¡No es cosa de pensar, sino de resolverse! ¡Ni a tiros cambiaría de propósito!... (*Llama*). ¡Gualberto!

GUALBERTO. (*Llega*). Señora...

ANITA. ¡Señora! ¡Señora! ¡Habrás visto insolente!

GUALBERTO. ¡Digo... señorita!

ANITA. ¡Por algo Ña Tula le llama Torcido! Prenda el coche.

GUALBERTO. ¿El tílbury?

ANITA (*a Adela*). ¿Insistes en acompañarme?

MISIA ADELA. ¡En el sanatorio también!

ANITA (*a Gualberto*). Entonces, el break.

GUALBERTO. Está bien, señora...

ANITA (*alzando el bastón de cerezo*). ¡Otra vez, granuja!

GUALBERTO (*metiendo la cabeza entre los hombros*).

¡Digo, digo, digo, señorita! (*Vase. Anita, Adela e Isabel, ríen*).

DON MARTÍN. Yo iré... (*Sale*).

ESCENA IV

MISIA ADELA, ANITA e ISABEL.

MISIA ADELA. Voy a terminar las maletas y de arreglarme.

ANITA. Para ir de viaje, lo mejor es desarreglarse...

MISIA ADELA. Verdad... (*Entra en las habitaciones*).

ANITA (*a Justino*). ¿Qué haces con esa cara de ajusticiado? Sé razonable, muchacho. Ten paciencia...

Estudia... Los padres todo lo hacen por bien de sus hijos... Bueno: estos son consejos de despedida...

La verdad, ¡si yo fuese hombre sería un demonio!

JUSTINO (*casi para sí*). ¡Es la vida que nos ahoga a todos!

ANITA. ¡La vida, la vida! ¡Ya sabrás cuán hermosa es!

JUSTINO. ¡Pero, tía, si la suya fué casi vida de monja!...

ANITA. ¡Que lo digas tú, que hasta has hecho versos! ¡En verdad, los jóvenes no saben más que darse atracones! ¡No saben saborear la dulzura de una tarde de verano! Ahora que, por amor a la vida, voy a arrostrar la muerte, se me afina el sentido de todos sus encantos. (*Levantándose*). Ven, Isabel... Antes que oscurezca, veamos, ¡quién sabe si la última vez!, las lomas azules donde danzan los cielos... También voy a darle un adiós a mis flores... (*A Justino, al pasar*). ¿Qué lees?

JUSTINO. *La Sonata a Kreutzer*, de León Tolstoi.

ANITA. He hojeado un libro de este hombre... Me parece que ya no es para mi edad. Mi otoño quiere versos... ¿Crearás que soy una cursi?

JUSTINO. De ningún modo, tía. Usted es una dama muy fina y de mucho gusto. ¡Merecía ser marquesa!...

ANITA (*riendo*). ¡Qué marquesa! ¡Capitán quisiera haber sido, capitán enamorado! (*Se dispone a salir*).

ESCENA V

DICHOS, ÑA TULA, AMANDA, DON MARTÍN,
MISIA ADELA, PEONES.

ANITA (*a Ña Tula, compungida, que les salió al en-*

cuentro en la puerta del fondo). ¿Qué le pasa, Ña Tula?

TULA. ¡A menina se vae!

ANITA. No, a menina Isabel, fica.

TULA. Você tambeim é a menina pra min..., como quando vin a casa...

ANITA. ¡Adulona!

TULA. Nao, nao... ¡Eu quero-a muito! (*Lloriquea*).

ANITA. Sí, Tula. Tú naciste para querer a todo el mundo... Si lo miras bien, hasta debes querer al Torcido, tanto por lo menos como a los gatos que con el rabo tieso andan siempre a tu redor en la cocina...

TULA. Po ser que a menina ande no certo... ¿Sabe o que vae dizer Torçido? ¡Qu'eu debo querer éle, pois quen sabe nao seja eu sua mai, posto que nao conheceu a sua!

ANITA (*con gran alboroto*). ¡Ja, ja, ja!

ISABEL (*corriendo al fondo, al oírse los bocinazos de un automóvil*). ¡Amanda! ¡Amanda!

AMANDA (*entrando, animada*). Vine con papá a dos leguas y aproveché, mientras hace un negocio, para venir a saludarles... Y me alegre, y lo siento a la vez, haber llegado a buena hora para abrazarte, querida Anita.

ANITA. Muy bien, muchas gracias... Tú nunca pierdes la ocasión de pasar por esta casa a dar un vistazo... Y no por nosotros, sino por aquel que falta de ella...

AMANDA. Esta Anita siempre con sus bromas. Ya Julián se habrá olvidado cien veces de esta pobre lugareña... Decididamente, me quedo para vestir santos...

ANITA. Entra a descansar... (Entran).

JUSTINO (sin dejar su libro, saluda). ¡Hola, cuñadita frustrada!

ISABEL (a su hermano). ¡Qué cosas dices!

JUSTINO. Lo que me sale... ¿Te parece mal, Amanda?

AMANDA. No, Justino. Dices la verdad.

ANITA. ¡Vestir santos! Pues yo me vengo no vistiéndolos. Aunque diga el cura que soy una liberalota...

AMANDA. ¡Ni el temor de la enfermedad te hace perder el contento!

ANITA. ¿Quién te dijo a ti que la nieta del coronel Mendizábal tenga temor de nada? Pero no desvíes la conversación de lo que más te gusta hablar... ¡Julián! ¡Julián! Aquí lo llevas al cuello... (Tómale el medallón. Amanda ríe sonrojada). ¡Qué simpática eres, por tu constancia en el amor! ¡Espera! ¡Espera! Y cuenta conmigo, que soy medio novelesca, y quién sabe no puedo cualquier día traértelo encadenado... ¡Si no muero!...

ISABEL. ¡Por Dios, tía, no piense cosas tristes!

ANITA. Y tú, gurisa, ¿cuándo vas a enamorarte?

ISABEL (corriendo al patio al encuentro de su padre). ¡Ay, qué tía más loca!

DON MARTÍN. (Entra). Buenas tardes, Amanda.

AMANDA. Papá vendrá a verle estos días por cuestión de negocios...

DON MARTÍN (riendo). ¡Algún disgusto me espera! ¡Estos cruzacampes de la ley no hacen más que daño, como los otros!

ISABEL. ¡Papá!

JUSTINO. ¡Hace poco me recomendaba la profesión!

DON MARTÍN. ¡No seas pesado!

AMANDA. Yo no entiendo de esas cosas...

GUALBERTO. (A la puerta). El coche ya está.

DON MARTÍN. No hay tiempo que perder, si han de estar a la llegada del tren.

ANITA. Vamos, vamos... (Salen a la galería).

ISABEL. ¡Mamá, mamá!...

MISIA ADELA. ¡Voy, voy!...

(Sale con dos maletas y guardapolvos al brazo. Entra Justino, toma el equipaje y entrégalo a un peón que se va por la derecha del patio. Desde este momento, Ña Tula, con la punta del delantal en los ojos, es un estorbo a los pasos de todos).

AMANDA. Pienso una cosa... Tengo tiempo de llevarlas en el auto, que es más cómodo y más rápido.

ANITA. La verdad, que no debo morirme sin conocer ese bicho... Acepto.

AMANDA. ¡Entonces, vamos, vamos!...

(Cruzan el patio y desaparecen. Se oye el ruido

del motor en marcha. Un momento, Ña Tula sostiene con una mano el delantal en los ojos y con la otra agita un pañuelo, en el fondo. Se acentúa el crepúsculo. Los peones vienen a sentarse a la mesa, en la galería).

ESCENA VI

TULA, PEONES. Luego DON MARTÍN,
JUSTINO e ISABEL.

GUALBERTO (*a Ña Tula, que aún llorosa trae una fuente de asado*). ¡Ña mae!...

TULA. Nao estou pra bromas... (*Vuelve a la cocina*).
JOAQUÍN. Siente la marcha de la señorita.

GUALBERTO. ¡La sentiremos todos! ¡Y más si se le da por morirse! ¡Es graciosa la vieja!

EVARISTO. ¡Es una buena mujer!...

JOAQUÍN. Justamente.

TULA (*tirando huesos y sobras a los perros al borde de la galería*). ¡Perdido! ¡Bocanegra! ¡Garoto!... (*Volviéndose a los peones*). ¡Terminen y nao fagan tertulia que nao quere o patrón!...

GUALBERTO. En vez de esos modernismos, podían aumentarnos la soldada...

(*Llegan, tristes, don Martín, Isabel y Justino. Tula entra en la cocina, seguida por los gatos. Los peones comen silenciosamente*).

ESCENA VII

DICHOS en la galería. En el comedor, DON MARTÍN,
JUSTINO e ISABEL.

DON MARTÍN. (*Apesadumbrado, pasea. Isabel continúa hacia las habitaciones*). ¡Pobre hermana! ¡Es valerosa! ¡Pero, a sus años, una operación de esa clase!... ¡No podrá resistirla!...

TULA. (*Entra*). Voy a tender la mesa.

DON MARTÍN. No deseo comer...

JUSTINO. Yo ahora tampoco... Déjeme cualquier cosa en el rescoldo.

TULA (*gime*). ¡Ay, ay! ¡Se foi a menina! ¡Esta casa se tornou un desierto!... (*Sale*).

DON MARTÍN (*afectuoso*). Vaya a dormir, buena mujer.

(*Tula saca el servicio de la mesa de los peones, que se retiran poco a poco. En el silencio que sigue dominan los pasos de don Martín*).

DON MARTÍN. ¡Pobre hermana mía...! ¡Toda sacrificio...! ¡Toda bondad! (*Pausa. Luego, a la puerta*). ¡Evaristo!

EVARISTO. (*A la puerta*). Patrón...

DON MARTÍN. Temo que los soles nos desgranen el poroto en los surcos. Hay que recoger pronto... ¿Avisaste a los hombres que te dije?

EVARISTO. En la pulpería me dijeron que tienen otro conchabo.

DON MARTÍN. ¡Entonces, no has cumplido el mandado!

EVARISTO. Sí, patrón... ¡Vienen los Cuenca, de mañana!...

DON MARTÍN. Eso es lo único que me importa... Andate... (*Reanuda el paseo, manos atrás*). ¡Pobre hermana mía!... ¡A su edad no podrá resistir!... (*Pausa. A la puerta*). ¡Gualberto!

GUALBERTO. (*A la puerta*). Patrón...

DON MARTÍN. Oigo que todavía están matiendo al pie del ombú... Váyanse a dormir... A las tres, con la fresca, hemor d'ir a bañar las ovejas a lo de Argente, ya saben...

GUALBERTO. Sí, patrón... (*Sale*).

DON MARTÍN (*sentándose*). No me hallo bien... Tengo chuchos...

JUSTINO. ¿Por qué no se acuesta, padre?

DON MARTÍN. No... No dormiría... ¿Te das cuenta, hijo mío, la desgracia nueva que ha caído sobre nosotros? ¡Mi pobre hermana, que es el corazón de la familia, en punto de morirse!... (*Se lleva las manos a las sienes y ahoga los sollozos*).

JUSTINO. (*Conmovido, se le acerca y pónole ambas manos en los hombros*). Tranquilícese, padre... Tan enérgica es tía Ana, que resistirá... (*Siéntase al lado del viejo y le toma las manos*).

ISABEL (*entrando*). Voy a encender luz...

DON MARTÍN. Hay tan clara luna, que no se necesita más luz... ¡Pobre hermana! ¡Pobre hermana!

JUSTINO. Acuéstese, padre...

ISABEL (*cariñosa*). ¿Está enfermo?...

DON MARTÍN. Tengo frío... Pero es disgusto... ¡Pobre hermana mía! ¡El corazón de la casa! (*Pausa*). ¡Y si muere, la grande ayuda de su pensión también se acaba! (*Justino se levanta súbitamente*).

DON MARTÍN. ¿Qué pasa, hijo?

JUSTINO (*apartándose*). Nada...

ISABEL. Venga, padre... Acuéstese... Le daré alguna cosa caliente.

DON MARTÍN (*cediendo, se apoya en Isabel, que lo conduce a su alcoba*). ¡Sé que no voy a dormir!... ¡Pobre hermana mía!...

ESCENA VIII

JUSTINO. *En seguida* ISABEL.

JUSTINO (*paseándose*). ¡Es monstruoso! ¡Es monstruoso! (*A Isabel, que dejó a su padre en la puerta de su cuarto, salió por la galería y ha vuelto en seguida con una taza humeante*). Escucha.

ISABEL. Voy a darle un té de yerbabuena...

JUSTINO. ¿Oíste lo que dijo?

ISABEL (*sin dejar de ludir la tisana*). ¡Pobre padre! ¡Cómo quiere a tía Ana!

JUSTINO. No..., lo que dijo últimamente... Parece que sintiera perder la pensión de la tía más que su muerte... ¡Es monstruoso!...

ISABEL (*absorta, suspende la cucharita fuera de la taza*). ¡No juzgues a tu padre! (*Se va*).

(*Justino siéntase en el ventanal y pierde los ojos en la claridad exterior, que resuena con el canto de las cigarras*).

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

MISIA ADELA, ÑA TULA, GUALBERTO, JOAQUÍN
y TOMÁS. Después JUSTINO.

MISIA ADELA. Usted, Gualberto, déjese de andar bromeando siempre con esta buena mujer, que puede ser su madre.

TULA. ¡Deus nao queira! ¡Esse can doente!

MISIA ADELA. No me entendió, Ña Tula... Digo que, por sus años, merece usted respeto...

TULA. Nao sou velha, nao... ¡Se nao tivese trabajado tanto na vida... po ser qu'inda casase outra vez!

MISIA ADELA. Trabajar, esa es la palabra. Veo que se pasan las horas muertas, de un lado para otro, sin hacer nada, mate va y viene y todavía chanzas y desórdenes...

GUALBERTO. Para lo que nos pagan..., hacemos de sobra...

MISIA ADELA. ¡Tengan más respeto a las personas!

GUALBERTO. Yo no falto al respeto...

JOAQUÍN. Tampoco.

MISIA ADELA. ¿Qué quieren? ¿Qué les falta?

TOMÁS. ¡Nenguma coisa!...

JOAQUÍN. Tampoco.

TULA. ¡Muinta fala, muinta fala e alogo nao morre ninguem!

GUALBERTO. Vea, señora, la que puede ser mi madre, como dice muy bien la señora, me provoca...

TULA. ¡Eu, dannado! ¡Eu, filho da mae!

MISIA ADELA. Basta, basta... Cada mochuelo a su olivo... ¡Tomás, acabe de una vez de aventar esa bolsa de maíz!... Gualberto, vaya a curar ese animal que avisaron de madrugada... (*Vanse los peones*).

TOMÁS. Ya curó coa minha vençedura du pastitu...

MISIA ADELA. Bueno. Y usted, Ña Tula, no les haga caso... Es lo mejor.

TULA. Ten razao, sinhora.

MISIA ADELA (*entrando, a Justino que sale de una pieza al comedor*). ¡Jesús! ¡Me has dado un susto! Siempre andas como un fantasma por la casa.

JUSTINO. Porque mi padre no me deja parar en lado alguno... Estos días que está don Sixto, los dos viejos ocupan la casa y los alrededores... Algo muy serio les preocupa, y no tienen reposo...

MISIA ADELA. ¿Cómo? ¿Qué le puede incomodar a tu padre que te estés quieto?

JUSTINO. ¡Eso me pregunto yo también! No puedo leer mis libros en paz, sin que me endilgue, cuando

me ve, un sermón sobre las dificultades de la vida y el desdoro y pierde-tiempo de leer novelas.

MISIA ADELA. Y tiene razón.

JUSTINO. No la tiene... ¿Para qué se escriben? ¿Para qué me han mandado al Liceo?

MISIA ADELA. No sería para leer novelas...

JUSTINO. ¿Cómo no? Ahí vienen, ahí vienen... Huyo... (*Se dirige a la puerta de la otra alcoba*).

¿Tía Ana siempre viene hoy?

MISIA ADELA. Sí. La esperamos.

JUSTINO. ¡Cuánto me alegro! ¡Si no fuese por ella, no se podría vivir aquí! (*Vase*).

MISIA ADELA. Estudia, estudia y no digas disparates...

ESCENA II

MISIA ADELA, DON MARTÍN y DON SIXTO.

DON MARTÍN (*intranquilo, al entrar*). Déjanos, Adela, déjanos un momento solos.

MISIA ADELA. ¿Qué te pasa?

DON MARTÍN. Nada, nada...

MISIA ADELA. ¿Por qué no dejas a don Sixto en paz? ¡Te lo has tomado por tu cuenta desde ayer que vino! ¡Lo tendrás aburrido con las antiguas novedades de la chacra y de las ovejas!

DON SIXTO. No, señora; no, señora...

DON MARTÍN. Déjanos un momento, Adela... Que nadie venga...

MISIA ADELA. Bueno... Hasta luego. (*Sale por el patio*).

DON MARTÍN (*a don Sixto*). ¡Es tan asombroso lo que dice, que aún no he podido comprenderlo! ¡Imposible! ¡Imposible! ¿Cómo no van a ser más las tierras que heredé de mis padres y regué con mis afanes? ¡Dígame que es un error suyo, don Sixto, y le perdonaré... la villanía de sus propósitos!

DON SIXTO. Ni es un error —ya se lo probé con documentos— ni es una villanía lo que me propongo... Es un negocio mío, en vez de ser suyo... Eso es todo... Se lo explicaré más claro: los títulos de sus tierras establecen límites naturales, que abarcan más cuerdas de las que a usted le corresponden, y que son propiedad de otro...

DON MARTÍN. Pero no es difícil que el supuesto propietario de mis bienes tampoco lo sea en todo de los suyos. ¡Cuántas tierras conozco escapadas, no salidas del Fisco y que no volverán más a sus dominios!

DON SIXTO. Ese podrá ser un problema de interés para los Gracos, que a nosotros no incumbe resolver...

DON MARTÍN (*agitado*). ¡Pero usted podría rectificar con sus denuncias las propiedades mayores, y no la exigua de un hombre honrado, mantenedor de

una larga familia en el decoro, y cuyo mejor título de propiedad es el trabajo y el fin sagrado a que dedica sus frutos!

DON SIXTO. Esa es doctrina casi anarquista... Por otra parte, yo hago el negocio donde se me presenta... Trabajo en el lugar corto donde vivo y dentro de los plazos, siempre urgentes, que la vida proporciona...

DON MARTÍN. (*Pasea con las manos atrás*). ¡Horrible! ¡Horrible! Debe haber un error... (*Persuasivo*). Pero, don Sixto, usted ya no necesita trabajar tanto... (*Sin poderse contener*). ¡Ya que usted llama trabajo a esas pillerías! ¡Tiene más de lo suficiente para usted y su hija única!

DON SIXTO. Lo de siempre: sólo nos parecen legítimas las propias ambiciones. Yo también debo pensar que usted debe gobernarse con la mitad de lo que tiene... ¡y es cuanto en derecho puede tener!... ¡Yo tengo bastante! ¿Y lo consumido? He soportado cargas iguales a las tuyas y puesto en la vida tantas hijas casadas y formado tantos hombres... Por mi última hija, la más querida, he de mirar también... Deberé asimismo dejar para misas, ya que le parezco tan mala persona...

DON MARTÍN. ¡Y ésta es la amistad!

DON SIXTO. ¡Mi profesión me hace amigo de todos y a muchos enemigos!

DON MARTÍN (*indignado*). ¡Nunca fué usted mi amigo! ¡Su presencia en esta casa es un escarnio! ¡Se

ha metido en ella con el disimulo de un ladrón!...
¡Y lo es!

DON SIXTO. ¡Alto ahí! ¡El ladrón es usted!

DON MARTÍN (*iracundo*). ¿Ha creído, porque soy un viejo, que no tendré fuerza para estrangularlo? (*Lo sacude con violencia por los hombros. Don Sixto no puede levantarse*). ¡Miserable! ¡Traidor! ¡Canalla!

DON SIXTO. No le conviene llegar a esos extremos...
Lo echaría a perder todo...

DON MARTÍN (*soltando*). ¡Aquí, no; aquí, no! ¡En el pleno campo que nos rodea te alojaré una bala en el pecho!

DON SIXTO. Lo echaría todo a perder..., menos la cárcel...

DON MARTÍN. ¡Tú sabes que nuestro campo de luz no tiene ojos! ¡Te mataré, lobo, haciendo un bien a las gentes honradas! ¡Lo juro! (*Entra Justino. Don Martín se vuelve*). ¿Qué hacías ahí? ¿Oíste algo?

JUSTINO. Por casualidad...

DON SIXTO. Bueno... No debo permanecer más en esta casa... Usted pensará serenamente y dentro del plazo posible... y me avisa... Le agradeceré, Justino, quiera buscar a Amanda. (*Justino sale por donde ha entrado*).

DON MARTÍN (*deprimido*). No se vaya... ¡Es horrible! ¡Es horrible! ¡Qué hacer, Dios mío!

DON SIXTO. Piense con prudencia... Yo he venido

amistosamente y usted me ataca sin justicia... Yo podría entenderme de inmediato con el propietario verdadero y mi ganancia sería más fácil y más grande...

DON MARTÍN (*confuso*). Perdóneme, don Sixto, perdóneme... Comprenda lo natural de mi enojo...

DON SIXTO. Comprendo, comprendo. Vea: faltan tres meses para la caducidad de los derechos positivos, contrarios a los suyos, aparentes... Sólo yo conozco el asunto... Suspenderé la denuncia, expirará el plazo de las reclamaciones posibles y usted quedará, sin más, constituído legítimo propietario... Pero es preciso, a este fin, que se disponga a cederme, por adelantado, una cuarta parte del valor de sus bienes..., si no quiere entregar la mayor parte de los mismos a su legítimo dueño...

DON MARTÍN. ¡Pero esa cuarta parte de mi hacienda es una esquina de la casa que se derrumba!... La ruina completa no se haría esperar...

DON SIXTO. Peor sería abatir las cuatro esquinas de un golpe. Una esquina se repone pronto... Usted, don Martín, como todos los ricos, se queja siempre... Las ovejas y los cueros dan mucha plata.

DON MARTÍN. ¡No soy rico, no soy rico!... ¡Bien lo sabe Dios! Toda mi vida no hice más que hinchar las espaldas para mantener la casa con decoro... Venga, venga... Don Sixto... Vamos afuera... Vamos a hablar, vamos a hablar...

DON SIXTO (*jovialmente, antes de salir*). ¿Puedo ir seguro?...

DON MARTÍN. Perdone, don Sixto; perdone... Ven-ga, venga... (*Salen. Se les ve perderse en el fon-do. Don Martín, cabizbajo. Don Sixto habla y gesticula*).

ESCENA III

MISIA ADELA, JUSTINO. *Luego* ÑA TULA
y GUALBERTO.

MISIA ADELA. (*Entra y continúa hacia las habitacio-nes*). ¿Qué hacías ahí detrás de esa puerta, Justino?

JUSTINO. Esa pregunta me ofende, pero es la ver-dad... Una fuerza superior a mi repugnancia me retuvo aquí escondido como a una vulgar sirvien-ta... ¡Cosas graves suceden, madre! ¿No sabe na-da?

MISIA ADELA. ¿Yo? Nada...

JUSTINO. Raro que mi padre no le haya dicho... Pa-rece que debiera.

MISIA ADELA. Tu padre me dice todo lo que debe de-cirme...

JUSTINO. Yo me enteré por casualidad... Querien-do no dar con mi padre, para eludir el sermón y los diálogos desapacibles de siempre, he venido a escuchar, sin querer, el violentísimo que sostenía con don Sixto... ¿De veras, no sabe?

MISIA ADELA. No, hijo... Y tú no debieras meterte a espiar los pasos de tu padre, que no pueden ser sino buenos ande por donde ande...

JUSTINO. ¡Cierto es que hay faltas que en sí llevan la penitencia! ¡Bien quisiera ignorar lo que acabo de oír! La boca de mi padre es una fuente continua de honrado consejo... De igual modo que los die-ces de un rosario sin fin, salen de sus labios a toda hora los preceptos del decálogo... Amar a Dios sobre todas las cosas... No matar... ¡No hur-tar!... No levantar falso testimonio ni mentir... ¡Y su conducta no se gobierna con esas normas!

MISIA ADELA. Y se te olvidó, y yo te lo recuerdo: ¡Hon-ra a tu padre y a tu madre!

JUSTINO. ¿Cómo, si no he de mentir?

MISIA ADELA. ¡Oh! ¿Estás en tu juicio?

JUSTINO. Sí.

MISIA ADELA. ¡Detente! ¡Detente! ¡No juzgues a tu padre!

JUSTINO. ¡No puedo ignorar lo que sé! ¡No puedo mentir!

MISIA ADELA. ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Desvarías!...

JUSTINO. ¡No estoy loco! ¡No estoy loco! Necesito decirlo... ¡Soy el hijo de un ladrón!

MISIA ADELA. ¡Ah! ¡Mal hijo! (*Alza la mano, que Justino ase fuertemente por la muñeca*). ¡A tu ma-dre! ¡A tu madre, te atreves!...

JUSTINO. ¡No consentiré el baldón de una bofetada

en mi alma ardiente de justicia! ¡No soy un niño!
¡No soy un niño!

MISIA ADELA. ¡Ay!... ¡Me lastimas!... El fuego de tus ojos me asusta... (*Gime*). ¡Ay!... ¡Suelta!... ¡Me lastimas!...

JUSTINO. ¡Ah!... ¡Perdón, madre!... ¡Un temor de sacrilegio estremece mis carnes! ¡Perdón! El manantial de llanto sube desde mis plantas buscando la salida de los ojos... ¡No me rechaces!... ¡Ocúltame en tus brazos! ¡Sufro mucho!

MISIA ADELA. ¡Sí, te perdono, hijo mío!... ¡Tú eres bueno! ¡Tú eres bueno!... ¿Cómo te voy a rechazar si naciste de mí, eres un pedazo mío?... Tampoco sé otra cosa... ¡Soy una pobre mujer!

JUSTINO. (*Saliéndose con suavidad de los brazos de su madre, se enjuga los ojos con ademán viril*). ¡Sí, madre!... Tú eres una santa... Hoy he sentido lo que es una madre... Recién hoy... Recién hoy... ¡Al borde del sacrilegio!

MISIA ADELA. ¡Ya sabrás lo que es un padre!

JUSTINO. ¡La vida es la que ansío ver cara a cara! ¡Con ella quiero arreglar cuentas! ¡Su misterioso despotismo nos oprime a todos!...

TULA. (*A la puerta de la galería*). Senhora...

MISIA ADELA. No te comprendo, hijo...

JUSTINO. Viene gente... Me voy. (*Saliendo*). Perdóname...

MISIA ADELA. Sí, hijo mío... Sé bueno..., sé bueno...

ESCENA IV

MISIA ADELA, ÑA TULA, GUALBERTO, JULIÁN, ANITA,
DIRECTOR DEL LICEO (BUSCÓN).

TULA. Eu nao sei si minto, mas lá vem a minina e outras pesoas.

GUALBERTO (*entrando*). Patrona, en ese auto viene la señorita Ana y juraría que el joven Julián...

MISIA ADELA (*muy nerviosa*). ¿Qué dices? ¡Julián! ¡Julián!... (*De un lado a otro*). ¡Justino!... ¡Isabel!... ¡Ah, Dios mío!

TULA. ¡Ya botan pe a terra!... Vamos lá, Torçido, colher as malas... (*Salen*).

MISIA ADELA. ¡Julián! ¡Julián! (*Con los brazos abiertos, frente a la puerta*). ¡No me engañéis, ojos míos! ¡Mi corazón está loco! ¡Me voy a morir! ¡Me voy a morir! (*Pausa*). ¡Espera, corazón mío! ¡No te destroces aún!... ¡Ay, Dios mío!

JULIÁN (*corriendo a los brazos de su madre*). ¡Madre!

MISIA ADELA. ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Es mi hijo perdido! ¡Hijo mío!... ¡Ay!...

ANITA (*al Director del Liceo, con quien entra*). Quién sabe no debí anticipar la noticia... Adela, hermana mía, no te agites así... (*A Ña Tula, que se ha deslizado adentro*). No gimás tú también... Voy a llorar y no quiero...

JULIÁN (*desatando suavemente los brazos de su madre*). ¡No es cosa de llorar, madre!

MISIA ADELA (*sin desasirse, sonriendo debajo de las lágrimas*). Sí... hijo mío... No... Mi corazón turbado no sabe qué hacer...; equivoca la risa con el llanto... ¡No te salgas de mis brazos!

JULIÁN. ¡Cálmese, madre mía; he vuelto para no irme más!... ¡Perdóneme!...

MISIA ADELA. ¡Perdóname tú a mí, que no supe quererte de modo que no te fueras!... ¿Tenías queja del cariño de tu madre, hijo mío?

JULIÁN. No, madre.

MISIA ADELA. ¡Cuando te fuiste supe cómo te quería!... ¡Las desgarraduras del parto desmayaron mis huesos y mi espíritu!...

JULIÁN. ¡Perdón, madre mía!

MISIA ADELA. ¡Parecía que de nuevo te echaba al mundo... y era verdad, al mundo grande, al mundo incierto, al mundo malo... fuera de mi seno y lejos de mi corazón!... ¡Ah, no te salgas de mí otra vez! ¡Perdóname, hijo mío, si no supe quererte lo bastante! (*Lo abraza*). ¡No te vayas más! ¡No te vayas más!

JULIÁN. ¡Perdóname tú, madre, todo lo que te hice sufrir! ¡Soy un miserable!

MISIA ADELA. ¡No, no! ¡No hables así, hijo mío!

ANITA. Ven, hermana querida, ven... Así... Ven a sentarte...

MISIA ADELA (*al ceder*). ¡Todavía mis ojos no te habían visto! ¡Cuán cambiado estás, Julián! ¡Es un hijo nuevo!... ¡Es mi hijo, sí; es mi hijo!

ANITA. Aquí, sentada... Bien... Cálmate...

BUSCÓN. Cálmese, Misia Adela... Su hijo viene hecho un hombre...

MISIA ADELA. ¡Cuán cambiado! ¡Un hombre, sí! ¡Creció apartado de mi vista y por fuerza ha de parecerme... otro! ¡Pero es mi hijo! Aunque fuese ciega, mis entrañas lo han reconocido... (*Permanece embobada en un largo reconocimiento*).

BUSCÓN. ¡Está hecho un hombre!

JUSTINO (*entrando, sin saber lo que pasa*). ¡Tía Ana! ¿Ya estás bien?

ANITA. ¡Sí, querido sobrino! ¡Ya estoy remendada! ¡Pero no es a mí a quien debes saludar primero!...

JULIÁN. ¡Hermano mío!

JUSTINO (*estupefacto*). ¡¡Julián!!...

JULIÁN. ¡Abrazame!

JUSTINO. Espera...

ANITA. ¿Cómo?

JUSTINO. ¡Julián!... ¡Ah! Allá veo a Isabel y a Amanda. Voy a buscarlas. (*Sale*).

BUSCÓN. No te extrañes, Julián... Es la sorpresa...

JULIÁN. ¡Ojalá sea así!

ANITA. La verdad que debí preparar los ánimos con una carta... ¡Mi afición a dar sustos lo ha impedido! Ahora veo que hice mal...

BUSCÓN. No, Anita. Esta vez no puede imputársele su travesura favorita: no hay manera de evitar que estas cosas tomen siempre de susto...

JULIÁN. Es verdad.

ESCENA V

DICHOS menos JUSTINO. ISABEL y AMANDA.

ISABEL (*entrando con Amanda, que trae un camoatí en una rama y se le cae de las manos*). ¡Ay, qué alegría! ¡Qué alegría! ¡Julián! ¡Julián! (*Se detiene*). ¡Julián!...

ANITA (*riendo*). ¡Lo tienes enfrente, muchacha!

JULIÁN. (*La besa en la frente y le toma las manos*).
¡Qué crecida estás, Isabel! ¿Te alegras con mi vuelta?

ISABEL. ¡Pues claro! ¡Qué cambiado estás! ¡Si no te veo en casa, no te conocería!

JULIÁN. ¿Pero soy yo, verdad?

ISABEL. (*Se ríe con Anita*). ¡Ja, ja, ja! ¡Cuando tú lo dices! (*Con la risa echa atrás las pesadas trenzas*).

JULIÁN. ¡Qué aire fresco acaba de entrar en mi alma!

ISABEL. ¿Lo dices por Amanda?

JULIÁN. ¡Amanda!... (*Le da la mano y la mira*).

ANITA. La sorpresa le hizo tirar el camoatí al suelo... ¡Si fuera de loza se habría roto en mil pedazos! ¡Aturdidas!

ISABEL. ¡Ay, qué gracia! ¡Pero no es de loza!

JULIÁN. (*Coge el camoatí*). No se ha roto... ¿Quién ha tenido el capricho de traerlo en la misma rama de sauce donde está prendido? ¡Qué maravilla! ¡Parece un gran corazón seco!...

ISABEL. ¡No es más que un camoatí! (*Se ríe*). ¡Un

tarro de miel riquísimo! ¡Amanda lo sacó! ¡Tiene una maña para ahuyentar las abejas y robarles su casita!...

JULIÁN. ¿Amanda... fué?... Mis años de vagar por los campos, embobado por la música del sabiá y de la calandria, languidecido por los filtros de una como savia vegetal mezclada en mi sangre... ¡El deleitoso ardor de mi piel, arañada por las malezas del monte!... ¡Mi alma, fuera de mí, entre las nubes clarísimas cuyos vellones apacientan a lo lejos de la ondulada campiña verde! ¡Mi vida mejor vuelve a mi espíritu en presencia de este panal silvestre!...

ISABEL. ¿Eso no se llama poesía?

JULIÁN. No sé. Es la verdad de mi alma.

ANITA. ¡Yo siempre digo lo mismo!: la poesía es la verdad del alma.

JULIÁN. ¿Recuerda usted, Amanda... un camoatí o lechiguana?...

AMANDA. Camoatí.

JULIÁN. Ya veo que recuerda. Entonces no era usted tan hábil ladrona de mieles...

ANITA (*riendo*). ¡Ya lo serías tú, zángano!

JULIÁN. ...Me pidió usted ayuda y... nos picaron las abejas.

AMANDA (*con sonrojo*). ¿No he de acordarme?

ANITA. Dile, Julián, que te muestre lo que se empeña en ocultar desde su llegada...

JULIÁN. ¿Qué es...?

AMANDA. ¡Por Dios, Anita...!

ANITA. ¡El medallón, bobo! ¡En la dulcísima horca de su garganta vas colgado hace más de quince años!

JULIÁN. ¡Soy un ahorcado feliz! (*Ríe*).

ISABEL. ¡Ay, qué tía más tremenda!

AMANDA. ¡Por Dios, Anita...!

ANITA. Y con tu permiso, Adela, y del señor Director, ¿no es verdad que después de su larga sed, Julián podría tomar un poco de miel... en los labios de Amanda?

AMANDA. ¡Por Dios!

ISABEL (*con júbilo*). ¡El camoatí ha tenido la culpa! ¡El camoatí ha tenido la culpa! ¡Tú lo has traído, Amanda!...

JULIÁN (*a Anita*). ¡Y usted las abejas, tía! Por lo visto, no me fué posible ser discreto.

ANITA. ¡Pero qué tiene de particular! ¡Lo extraño es que no se besen los novios en más de quince años! ¡Debe ser caso único en el mundo!

MISIA ADELA. No seas loca, Anita... Yo voy a ver si encuentro a Martín.

BUSCÓN. Yo la acompaño, Misia Adela.

ISABEL. Yo también...

ANITA (*con malicia*). ¡Pues yo también!

ISABEL. No hace falta. Aquí llega... Tu padre no viene, Amanda... ¡Te quedas! ¡Te quedas! ¡Ay, qué alegría!

ANITA (*a Julián*). ¡Ten paciencia, Tántalo!

ESCENA VI

DICHOS y DON MARTÍN

(*Julián se levanta dispuesto al abrazo. Se detiene cohibido ante el ceño adusto de su padre, que solamente le ofrece la mano*).

MISIA ADELA. ¡Martín! ¡Es tu hijo!...

ANITA. ¿Dirás ahora que no eres severo en demasía? Cuando este hijo pródigo, lleno de dolor del mundo, vuelve a la casa, encuentra cerrados los brazos del padre. Hasta hoy había creído en la nobleza de tu corazón... ¿Tendrás una piedra en su lugar?

MISIA ADELA. ¡Es tu hijo, Martín, es tu hijo! ¡Toda mi carne ha temblado como cuando lo alumbré! ¡Oh, hijo mío, ven al seno caliente de tu madre! (*Lo abraza*). ¡Yo te querré por todos!

ANITA (*conmovida*). ¿No has oído aún, hermano, la voz de la sangre? ¡Ah, si es así, yo no quiero vivir más en esta morada del Invierno!... ¡Me iré, me iré!

BUSCÓN (*a don Martín*). ¡La justicia debe dejar paso en vos al movimiento natural de los afectos!... Mi antiguo discípulo ha querido que yo le acompañe, temeroso de vuestra acogida... El dolor del mundo le ha redimido. Vuelve arrepentido de sus errores... Yo también he sido Justino, y he sido Julián... ¡y seré don Martín!

DON MARTÍN. Nadie me puede a mí enseñar lo que

soy, ni lo que debo ser, ni obrar... ¡Déjenme a solas con mi hijo!

MISIA ADELA. ¡Por Dios, Martín!

ISABEL. ¡Padre!

DON MARTÍN (*a su esposa*). ¡Cálmate, mujer! ¡Vuelvo a decir que me dejen a solas con mi hijo!

ANITA (*arrogante*). ¡Yo asistiré a la entrevista!

JULIÁN. No, tía, yo se lo pido; y a todos ustedes, que respetemos la voluntad de quien puede tenerla en esta casa...

(Todos se retiran por la derecha del patio, las mujeres mirando hacia atrás, con amoroso recelo).

ESCENA VII

DON MARTÍN y JULIÁN

DON MARTÍN. ¡Cuán solo se ve forzado a vivir quien ha de razonar seguro y con provecho de los que no comprenden la realidad de las cosas! ¡Heme aquí un monstruo porque no pude abrirte los brazos ni menos dar a entender los motivos de mi conducta!

JULIÁN. En modo alguno me atreveré a juzgarlos... Tan sólo debo expresar a usted, dignamente y con todo respeto, que volveré sobre mis pasos, abandonando la casa donde, a causa de mis culpas, no puedo ser bien recibido...

DON MARTÍN. ¡No es eso! ¡No es eso! Temo también, al decirte lo que pasa y que no he podido decir a los demás, no ser comprendido, como en el tiempo anterior a tu ida de casa... Entonces, y ahora sucede lo mismo con Justino, eras una crítica viva de mis actos...

JULIÁN. Hable, padre, que voy a comprenderle... ¡No en vano se viven treinta y ocho años, por mitad en los rigores del mundo!

DON MARTÍN. ¡Lo esperaba! ¡Te hablaré de la congoja de mi corazón! ¡Oh, qué feliz soy, en medio de mi desgracia, de poder confiadamente depositarla en otro! ¡Una desgracia enorme, hijo mío, un rayo ha caído en esta casa, que parece aúnalzada sobre sus cimientos! ¿Cómo podría yo abrir los brazos para recibirte si he de mantenerlos ceñidos a mi cuerpo, cuyas fuerzas quieren desatarse? ¡Mi corazón desea salirse dando saltos de júbilo y una muralla de roca lo contiene prisionero, sordo y sin luz!

JULIÁN. Dígame qué pasa, padre...

DON MARTÍN. En pocas palabras, porque, sin lugar a dudas sobre la existencia del peligro que nos amenaza, no quiero mortificarme teniéndolo presente, sino idear los medios para evitarlo... Don Sixto quiere denunciar que más de la mitad de mis tierras pertenecen a otro—según aparece de un buen examen de títulos— si no me avengo a darle una suma equivalente a la cuarta parte de mis bienes,

antes del plazo que afirmará mi propiedad por simple derecho de prescripción...

JULIÁN. ¿No será un error?

DON MARTÍN. Ya te digo: no nos queda el consuelo de dudar de la evidencia... ¡Las tierras que tantos años he amasado con mis afanes no son mías!

JULIÁN. Pienso que lo más prudente sería venderlas sin esperar el plazo que las haría nuestras.

DON MARTÍN. ¡Me dejás asombrado! No se me había ocurrido ese medio... Sin duda, porque no es justo hacer a los demás lo que no queremos para nosotros mismos.

JULIÁN. El comprador podría ser rico, y entonces no habría injusticia, sino mal negocio de su parte... Además, justo es también defenderse...

DON MARTÍN (*agitado*). Pero, aun así, ¿qué hacemos con don Sixto? ¡Lo que exige por su silencio me pone al borde de la ruina, es el principio del fin! ¡Hay que defenderse! ¡Hay que defenderse! ¡Hace tiempo había yo adivinado que en el fondo de todo no hay más que una lucha de demonios! ¡A brazo partido, no temo! ¡No temo! (*Agarra un bastón y lo parte con las solas manos*). ¡Tengo fuerzas para hacer lo mismo con un hombre! ¡Me defenderé! ¡Me defenderé! (*Desalentado*). ¡Pero las armas del leguleyo, sutiles, imprevistas, se burlan de las fuerzas de un oso! ¡Ves, hijo mío, cómo aún no puedo abrazarte! ¡Aquí estás, a mi lado, y te sientó ausente! ¡Me pareces una persona extraña,

un amigo inesperado!... (*Conmovido*). ¡Si ahora se muriesen las santas mujeres de mi casa, mi esposa, mi hermana vieja, la dulce hija, adorno de mis canas, sólo podría ostentar el duelo de los vestidos! ¡Dios me perdone! ¡Oh, vida fuerte, amasijo de impurezas!

JULIÁN. Cállese, padre... Cierto es que la mejor manera de desatar un nudo es, a veces, cortarlo... Si hay que matar, se mata. Yo lo haré. Un tiro en despoblado hará saltar las trampas sutiles de la ley. No dejaré huella. Fíese de mí...

DON MARTÍN (*alarmado*). ¡Yo había pensado lo mismo! ¡Dios me perdone! ¡Pero rechacé tan mal pensamiento, producto de la desesperación! ¡Tú, en cambio, lo piensas fríamente!...

JULIÁN. ¡O con el ardor de la santidad más acendrada! La ejecución de la justicia, cuando no es posible por sus vías legales, constituye un fuero natural de las gentes de bien...

DON MARTÍN. ¡Yo creo que no! ¡Yo creo que no! ¡Serían fueros peligrosos!

JULIÁN. No se establecen, son fueros vitales...

DON MARTÍN. ¡Cuánto has debido sufrir para que puedas, sin horror, contar con la muerte como un medio de arreglar las dificultades de la vida!... (*Conmovido*). ¡Me asustas, hijo mío! ¡Quiera Dios tenerte de su mano... y a mí perdonarme si he tenido alguna culpa, con mis preocupaciones demasiado materiales, de haberte arrojado a los cami-

nos tortuosos del mundo!... ¡Tu alma es más vieja que la mía!... ¡Tus ojos eran dulces y dilatados, y ahora son de acero frío, que no se les puede mirar algún tiempo sin molestia! ¡Tu frente, antes despejada, hoy llena de sombras!...

JULIÁN. Tranquilícese, padre. Soy, no obstante, profundamente honrado, digno hijo de usted...

DON MARTÍN (*muy conmovido*). ¡Ay, hijo mío, hijo mío! ¡Me turbo como un niño, bajo la sabiduría de tu rostro! ¡Veo que mis años no son ya lejano horizonte de los tuyos! ¡Has doblado el cabo de mi vida! ¡Tu mirada es un río de angustia!... ¡Yo soy tu hijo pequeño!... (*Quiere arrodillarse*). ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón!

JULIÁN. Vamos..., padre..., ¿de qué he de perdonar?

DON MARTÍN. ¡Perdón! ¡Perdón, hijo mío, porque tuve la culpa de que te hayas vuelto... hombre!

JULIÁN. No, padre... Vengo purificado y lo debo a mí mismo..., a la vida, segundo vientre materno de que nacen, en verdad, los hombres.

DON MARTÍN (*con la cabeza atrás, en el respaldo, y los ojos manando lágrimas*). ¡Por fin han temblado todas mis entrañas! ¡Gracias, Dios mío, que has roto las cadenas que tenían atado el amor de mi alma! ¡Ven a mis brazos, hijo mío! ¡Que se derrumbe la casa! ¡Nunca la riqueza me dió más grande alegría que mi llanto de ahora! ¡Tampoco me dió bienes mayores que la vuelta de mi hijo!

ANITA (*asomando con Adela por la puerta de la galería*). ¡Muy bien, hermano viejo..., tu corazón ha despertado!

DON MARTÍN. ¡No me vean llorar! ¡No me vean llorar!

JULIÁN (*levantándose*). Madre, llévelo a que descanse... Acuéstelo...

MISIA ADELA (*conmovida*). ¡Ven, Martín!

(*Le da el apoyo de su brazo y lo conduce a la alcoba*).

ANITA. Llora, hermano viejo, llora, que eso te hará bien... ¡Los hombres también deben llorar!

ESCENA VIII

MISIA ADELA, ANITA, JULIÁN, AMANDA e ISABEL.

JULIÁN. ¡Qué grandeza de mi padre! ¿Cómo no la había visto, si ante mis ojos estuvo desde mi nacimiento? ¡Su contorno es tan fuerte y tan venerable y su razón tan sencilla!...

ANITA. No estaban cerca el uno del otro, sino aislados por las edades... Las lecciones del mundo te han aproximado a los años que aún te faltan... (*Viendo en el fondo, cerca del ombú, a Amanda e Isabel*). Pero estas escenas de ternura fatigan demasiado el alma... Ven conmigo. (*Le toma de una mano*). ¡Inútil que resistas!

(Llévaselo al fondo y lo deja con Amanda, que se sonroja, y trae de la mano a Isabel, que se ríe).

MISIA ADELA. (Sale al comedor, y Justino por la otra puerta, con un libro). ¿Dónde anda Julián?

JUSTINO. Allá se ve, con las muchachas.

MISIA ADELA. Noto, con disgusto, que su llegada no te ha alegrado...

JUSTINO. ¡La verdad que no comprendo por qué ha vuelto!... ¡Me parece una cobardía!

MISIA ADELA. ¿Qué dices?

ISABEL (con Anita, mirando atrás y riendo). ¡Ay, qué tía más loca!

ANITA (a Misia Adela). No salgas, no salgas... (Justino se va por donde ha venido). Déjalos, que ya tendrán cosas que decirse, en más de quince años que no se hablan... (Desde la puerta a la pareja).

Váyanse de ahí, no sean bobos... Ahí no más, a media cuadra, hay una sombra muy linda y un arroyito cantor... (Amanda la amenaza con la mano).

MISIA ADELA (sonriendo). ¡Pero, Anita..., que está Isabel delante!

ANITA. ¡Esta gurisa aún no sabe lo que es bueno!

ISABEL. ¡Ay, qué tía más loca! (Se escapa riendo).

ANITA. ¡Míralos, Adela!... ¡Sin duda es la ilusión más dulce de todas!

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

JULIÁN y JUSTINO

JULIÁN. ¿Por qué me has recibido con frialdad? ¿Por qué huyes de mí? Recuerdo que éramos muy amigos, antes de mi fuga de casa; y convendrá que lo seamos ahora que, arrepentido, vuelvo a ella...

JUSTINO. ¡Arrepentido! ¿No te da vergüenza decir esa palabra?

JULIÁN. A medida que aprendemos, la soberbia cede sitio a la humildad...

JUSTINO. ¡Qué vocabulario devoto! ¡Pareces una vieja! ¡Me hace un daño horrible oír esas palabras!... ¡Éramos amigos! ¡Porque eras mi asombro de niño y, más tarde, tu elevación de ánimo había sido siempre mi guía, el culto de mi alma! ¡Tu gesto rebelde, partiéndote del hogar, brilló como una lanza en la monotonía de estos campos desiertos, cuando no resuenan por los combates, y me limpió de las tibiezas familiares y de sus ruindades!...

JULIÁN. ¡Qué arrebató! ¡Eres igual a mí a tus años!
¡Qué alegría, mezclada de dolor, me produce verme resucitado en ti! Porque te esperan los sinsabores de mi vida... y el polvo de la humildad...

JUSTINO. ¿Comprendes el desgano de mi recibimiento? ¡Cuando yo soñaba con mi héroe y salía en su defensa contra los ataques de los apocados y de los miserables, vuelve sin laureles, enflaquecido y humilde!

JULIÁN. ¡Oh, qué tristeza me causan tus palabras!
¡Con qué crueldad inocente sacudes mi corazón lastimado!...

JUSTINO. Sin embargo, la verdadera palabra que mereces todavía no brotó de mis labios.

JULIÁN. Debo expiar mis culpas... Dila esa palabra...

JUSTINO. ¡Te desprecio!

JULIÁN. ¡Oh, eso no! ¡Mal hermano!

JUSTINO. Vamos a pelear, si quieres... ¡Vamos afuera!...

JULIÁN (*recobrándose*). ¡Por Dios, hermano mío! ¿Serías capaz...?

JUSTINO. ¡Los hermanos no quita que sean hombres!

JULIÁN. ¡No puedo horrorizarme! ¡Es la imagen fiel de mi pasado, que se levanta contra mí! ¡Yo me alcé también contra mi padre!... Mi espíritu destila sangre. ¡Ultrájame, hiéreme!...

ESCENA II

DICHOS, DON MARTÍN y DON SIXTO.

DON MARTÍN. (*Por la galería*). ¡Hola, muchachos! ¿Qué hacen ahí encerrados? (*A don Sixto*). Tantos años anduvo lejos, que ahora todo se le vuelve largas conferencias a solas con cada uno de nosotros... (*Riendo*). ¡Y con Amanda, no te digo!

DON SIXTO. ¡Ah, viejo pícaro, ya me las pagarás!

DON MARTÍN. Ambos debemos dar gracias al cielo de que el amor haya sacado nuestras almas de los infiernos... Pero... ¿No hay peligro?

DON SIXTO. ¡Cuántas veces se lo voy a repetir, viejo! No hay peligro... Don Tiempo y don Sixto se encargarán de llevar las cosas a una legalización definitiva.

DON MARTÍN. ¿Puedo alegrarme, entonces?

DON SIXTO. ¡Sí, viejo, hasta volverte loco!

DON MARTÍN. ¡Salgan a respirar el aire, muchachos! ¿Te has olvidado, Julián, que hoy es el día de tu fiesta, de la fiesta de la casa? ¿Que celebramos tu llegada y don Sixto aporta la alegría de su hermosa hija?...

DON SIXTO. ¡Ah, viejo pícaro!

DON MARTÍN (*entrando, a Justino*). ¡Ah, mi Benjamín! (*A don Sixto*). Son distintos los dos hermanos. Sin embargo, eran iguales... Bueno, Justino es más muchacho...

JUSTINO. ¡Me creo muy hombre!

DON MARTÍN. No te enojés, hijo mío... Hoy debemos estar todos alegres. (A don Sixto). ¡Es un Cid! ¡Cualquiera le muerde ni el dedo meñique!

DON SIXTO. ¿No sienten ustedes un olor delicioso?

DON MARTÍN. ¿Ya oliste el asado, viejo? ¡Vamos a pegarle unos tajos antes de la comida!... ¡Vengan, muchachos!

JULIÁN. Luego vamos, padre.

DON MARTÍN. Ya se alegrarán con el baile.

(*Vanse los dos viejos por el patio.*)

ESCENA III

JUSTINO y JULIÁN

JUSTINO. ¡He ahí la atmósfera absurda que respiro! ¡La sordidez les hizo enemigos a muerte, y también amigos cordiales! ¿Esto es lo que te conmueve volver a encontrar en la casa paterna? ¿O creías que todo hubiese cambiado en tu ausencia? ¡Pues no! ¡Desde que nací, comemos con el pan de todos los días la salsa agria de todas las horas! ¡Tedio, fealdad, miseria inicua! ¡Tengo de sobra el corazón y el entendimiento, y no puedo ser una bestia feliz o un montón de bichillos feroces y oscuros!

JULIÁN. Yo no desapruero la nobleza de tus impulsos... Pero es preciso saber, querido hermano, que

todo ideal ha de ser modelado en arcilla ingenua, rebelde a los sueños del artista, por la misma razón que una pastora de cuento no acepta ser enamorada del rey, pareciéndole milagro que su humildad pueda ser vestida de magnificencia.

JUSTINO. ¡Eso te faltaba! ¡Disfrazar tu impotencia moral con las seducciones de una filosofía estética!

JULIÁN. Pega, hermano, pega... Yo he de salvarte a tu pesar... Pienso que don Quijote, o no salió jamás en expediciones de justicia y más bien soñó con ellas, o era mozo de veinte años si las hizo; y así, al no topar de buenas a primeras con la raza maldita de gigantes que poblaba su fiebre divina, hubo de arremeter contra molinos de viento y otros fantasmas del equívoco. Porque la Justicia existe en el mundo, hermano, adaptándose, cada vez más, en el asombro rehacio de la nada, por la mano amorosa de los siglos...

JUSTINO. ¡No hables más! ¡No hables más! ¡Te oigo impaciente! ¡Me irritas! ¡Has venido a aumentar el número de viejos en esta casa, prestando a sus astucias y ruines virtudes la elocuencia de tu espíritu disoluto!... ¡La Justicia adaptada!... ¿No será lo mismo que decir Justicia hollada? ¿Adaptar la Justicia es vivir de una propiedad dudosa o que no nos pertenece, y luego negar el salario justo a quienes la trabajan?

JULIÁN. ¿Tú sabes...?

JUSTINO. ¡Hablo con conocimiento de causal! ¿Esa es la grandeza que admiras en tu padre?

JULIÁN. ¡No juzgues al padre! ¡Te arrepentirás!...

JUSTINO. ¡Si fuese así, desde ahora me condeno! ¡Apedreado sea yo en mi día de injusticia!

JULIÁN. ¡También lo serás en tu día de justicia!

JUSTINO. ¡He de prevalecer!

ESCENA IV

DICHOS, ANITA, ISABEL, AMANDA, ÑA TULA.

ANITA. (*Desde la ventana*). ¿Qué hacen ahí, muchachos, habiendo fuera un fresco delicioso? ¡Siempre están filosofando! ¿Se puede pasar a la clase?

JULIÁN. No, tía; no es muy agradable... Ahora vamos.

ANITA. Han llegado convidados... Pronto empezará el baile...

AMANDA. ¿Sabes quién llegó, Justino?

JUSTINO. ¡Qué me importa!

AMANDA. Pues a la personita que llegó le importa mucho...

JUSTINO. ¿Y a mí qué me importa?

ANITA. ¡Uf, uf..., hum!... ¡Eres un carpincho!

ISABEL. ¡Ay, qué risa! Vamos, tía; vamos, Amanda...

Julián: Amanda me dijo que vengas...

AMANDA. ¡Te voy a dar, niña atrevida!

ISABEL. ¡Sí, sí, sí, sisisí!...

ANITA. ¡Pero estáte quieta con tus saltos, atolondrada, que vas a dar conmigo en el suelo!

ISABEL. ¡Julián, Julián..., mira que Amanda está triste!...

AMANDA. ¡Ay, qué ventolera!

ISABEL. Mira, mira, allá viene el coche de Da Silva...

AMANDA. ¿Ah, sí? ¿Qué alegría, verdad?

ISABEL. ¡A ver si te callas! ¡Habla de tu Julián!

ANITA. ¿Conque sí, eh? ¿Lo tenías tan callado? ¿Te gustan los morochitos, nena?

ISABEL. Déjate de bromas, tía... Tu novio, ¿quién es? (*Se ríe*).

ANITA. ¡Ay, hijita, como no me dragonée don Sixto!... (*a Ña Tula, que pasa y repasa*). ¡Qué fatigada andas hoy, Tula! No te veo más que andar de un lado para otro.

TULA. ¡Mas sou felís! ¡Tanta legría na casa!

ANITA. ¿Y teu filho Torçido?

TULA. ¡Meu filho! ¿Isse cafañote?

ANITA. No, Tula; no te olvides que lo quieres mucho... ¿Dónde anda?

TULA. Nao voltó pela cozinha o diaño, coisa extranha... Ha de andar fasendo das suas...

ISABEL. ¡Vamos, vamos, vamos!

ANITA. ¡Vamos, vamos a ver ese morocho! (*Vanse las tres*).

ESCENA V

JULIÁN y JUSTINO.

JUSTINO. Necesito, por lo que más tarde sabrás, decirte de una vez todo lo que quiero que sepas.

JULIÁN. Di todo, hermano. Me haces sangrar el alma, pero he de salvarte a pesar tuyo.

JUSTINO. ¡No me hables con ese tono tutelar que me irrita! ¡Soy tan hombre como tú, y no creo saber menos! Y, desde luego, no conseguirás corromperme con tu pretendida experiencia. ¡Tampoco de ti, como de los demás de casa, puedo recibir lecciones de moral! ¿Puede serlo tu concertado matrimonio con Amanda?

JULIÁN. ¡Por Dios, Justino! ¿Qué vas a decir? Detente...

JUSTINO. ¡No me detendré!... ¡Debo descubrir los vicios que justifican mis ansias de libertad! ¿No está a la vista que te casas con Amanda para quebrar la extorsión con que su padre amenazaba los falsos bienes del nuestro?

JULIÁN. ¡Error! ¡Error! Mira que las apariencias engañan... Pregúntale a Anita... Déjame hablar... ¡Yo te explicaré!...

JUSTINO. ¿Es un error también que nuestra propiedad es un robo?

JULIÁN. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo podría yo hacer de

toda mi vida de dolor un lenguaje con que poder entenderme con mi hermano y salvarlo?

JUSTINO. ¡Salvarme! ¡Perderme, dirás mejor! ¡Yo mismo libentaré de ataduras mi ideal de justicia!

JULIÁN. Escucha, hermano mío, escucha...

JUSTINO. ¡Ya he visto y oído y esperado más de lo que pueden mis fuerzas! ¡Una llama quisiera ser que arrasara con todos en medio de un incendio purificador! (*Saliendo con violencia*). ¡Adiós!

JULIÁN. Escucha, hermano, escucha... ¡Justino! ¡Justino!

ESCENA VI

JULIÁN, MISIA ADELA, ANITA, AMANDA, DON MARTÍN, DON SIXTO, MUCHACHAS.

MISIA ADELA. ¿Estaban riñendo?

JULIÁN. No...

MISIA ADELA. ¡Y antes que se querían tanto! ¡Y cómo te defendió siempre!... Justino es bueno... Es un muchacho loco, y nada más... ¡Igual que tú a la misma edad!

JULIÁN. Sí, errores de la edad, y... no obstante, ¡qué gallardo es!

MISIA ADELA. ¿Qué inteligencia tiene, verdad? ¡Nos tiene embobados! El padre no se lo manifiesta, porque teme echarlo a perder... Si tú consiguieras que estudiase una carrera... ¿No te parece

que haría un buen abogado? ¡Habla lindo! Martín cree... ¿No te parece?

JULIÁN. Sí...

MISIA ADELA. Pero ¿qué te pasa? Hoy que celebramos tu llegada y tus próximas bodas con Amanda, ¿vas a estar triste? Han llegado muchos invitados y preguntan por ti... Amanda te espera..., ¿por qué no vas?

JULIÁN. Sí, voy...

(*Aparece Anita, rodeada de muchachas, e invaden la galería. Poco detrás, Don Martín y Don Sixto.*)

ANITA. (*Desde la puerta*). ¡Por fin! ¡Ya venía dispuesta a sacarte a bastonazos! ¿Ahora eres tú, Adela? ¡No sean egoístas! ¡Dejen al hijo pródigo solazarse con las ternuras que tiene fuera de casa!

UNA. Eso es por ti, Amanda.

AMANDA. ¿Quiéren dejarse de bromas, o cambiarlas por otras de más novedad?

ANITA. No son bromas, Amanda... ¡Lo que hay de cierto es que te tenemos envidia! (*Gran algazara*).

ISABEL (*por don Sixto*). ¡Tía Ana, tía Ana, aquí viene tu dragón! (*Risas*).

DON MARTÍN. (*Frente a Anita*). ¡Miren el tutor rodeado de pimpollos! (*Risas*). Venga, don Sixto... (*Entran*). Vamos a sentarnos un poco.

VARIAS. (*Se oye son de guitarras*). ¡Ay, ay, ay, ay,

este pericón no se puede perder! Vamos... Vamos... (*Se desbandan*).

ANITA (*sola*). ¡Maldito bastón, que no me deja correr! Voy con los viejos un momento. (*A Julián y Amanda*). ¡Ustedes, a bailar! ¡No faltaba más!

JULIÁN. Después..., digo, si Amanda no dispone otra cosa...

AMANDA. Acompañemos un poco a los viejos...

ANITA. Bueno. Yo también deseo escuchar tu odisea.

(*Entran. Amanda cebará mate*).

DON MARTÍN. Deja esa labor, mujer.

MISIA ADELA. Es un entretenimiento...

DON SIXTO. Las mujeres cosen, como nosotros fumamos... Deme una chalita, vamos a fumar de ese rico naco suyo, querido consuegro... ¿Y aquella cañita "Parati", digo, para los dos, que usted acostumbra beber con los amigos?

(*Adela trae botellas y copas*).

AMANDA. ¡Ay, viejo, qué chiste más malo ese Parati! ¿No quieres un mate, Julián?

JULIÁN. Excuso decirte, Amanda..., de tu mano...

DON MARTÍN. ¿Puedo alegrarme, viejo?

DON SIXTO. ¡Sí, viejo, no me lo preguntes más! ¡Yo también estoy contento! ¡Me he quitado un peso de encima!

DON MARTÍN. ¡Unos pesos!...

DON SIXTO. ¡Quiero decir que me he librado de cometer una mala acción!

DON MARTÍN. La chispera te da por ahí... No fué nada... Piensa que con ello has dotado a tu hija...

ANITA. ¡Si van a seguir hablando con clave, prefiero ver el baile!

DON SIXTO. ¿Quiere que hablemos de política?

DON MARTÍN. ¡Esta es blancaza!...

ANITA. Y vos, ¿sos negro?

MISIA ADELA. No hablen de partidos. ¡Tengamos la fiesta en paz!...

DON MARTÍN. ¿Qué te parece Justino, Julián? Soberbio muchacho, ¿verdad?

JULIÁN. Muy bravo...

DON MARTÍN. Tú lo has dicho. Es tu mismo retrato cuando tenías su edad... ¡Hijos bravos han salido! ¡Si no se hubiese acabado ya, por fortuna, el tiempo de las patriadas, quién les vería, lanceros temibles, volar por esas lomas, perdiéndose casi en las nubes con su caballo ardoroso!...

DON SIXTO (*apurando la copa*). ¡Hurra, cosacos del desierto!

ANITA. ¡Ay, qué viejos más aburridos!

DON MARTÍN. ¿No te gusta, blanquilla?

ANITA. ¿Lanzas en las nubes? ¡Quién las puede temer! ¡No será la nieta del coronel Mendizábal!

DON MARTÍN. ¿Coronel?

ANITA. ¡En el glorioso campo de Ituzaingó!

MISIA ADELA. No hablen de partidos...

DON MARTÍN. Yo puedo hablar, porque no tengo nin-

guno, si no es el de mi familia y de mi trabajo... ANITA. Los hijos te desquitan: uno colorado y otro blanco, y los dos rabiosos.

AMANDA. ¿Por qué no hablan de otra cosa?

DON MARTÍN. De cualquier cosa y sin medida, conversa el ánimo alegre, querida hija... Permite que te llame así... ¡Soy tan feliz! ¡Al término de mis años, Dios ha querido premiarme! ¡Hijas casadas y abundancia de nietos! ¡Hijos por casar, que aumentarán la casa! ¡Todos los míos alrededor de mi deber cumplido! ¡Doy gracias a Dios! ¡Más no se puede pedir!

ANITA. Hay que pensar en que alguno de tus hijos eleve el nombre de todos...

DON MARTÍN. Tú siempre fuiste dada a esas vanidades, debido a tu culto por los abuelos de España...

ANITA. ¡¡A mucha honra!!

JULIÁN. Y eso no está mal; todos quieren ser, y eso es bueno.

DON MARTÍN. Yo no me opongo... Ya que Julián quiere más bien seguir mi ejemplo y dedicar su talento y energía a los trabajos camperos, Justino podrá terminar los estudios que su vocación le dicte... Lo malo es que ni él ni el director del Liceo, con quien acabo de hablar sobre el asunto, saben decidirse por la carrera conveniente... El muchacho está lleno de escrúpulos incomprensibles... ¿Dónde anda?

ANITA. A buen seguro, en el baile.

DON SIXTO (*apurando la copa*). ¡Es la edad del baile! ¡Quién pudiera!

ANITA. ¿Quiere usted bailar conmigo?

DON SIXTO. ¿Cree usted que no soy capaz?

ANITA. ¿Duda usted que yo lo sea? ¡Si no fuera por mi bastón!

DON MARTÍN. ¿Puedo alegrarme, viejo?... Pues digo que hasta yo probaré a bailar...

MISIA ADELA. ¿Con quién, ruina?

DON MARTÍN. Contigo, mocita; no tengas celos. (*Risas*).

ESCENA VII

ÑA TULA, DICHOS. *Al final*, CONVIDADOS.

ANITA. Adiós, Ña Tula. ¡No tiene sosiego!

TULA. (*Desde la galería*). ¡Sou tola com a festa da casa!

ANITA. ¡Y eso que no has visto a tu hijo Torcido!

JULIÁN. ¿Su hijo?

TULA. ¡Isso di éle, patronçito!... Dis que beim posso eu ser sua mai, porque nao conheceu a sua, o diaño!

ANITA. ¿Cuántos hijos tuvo, Ña Tula?

TULA (*ruborizada*). Nao levo conta... (*Risas*).

DON MARTÍN. Vaya, vieja, y busque al Torcido para bailar.

TULA (*yéndose*). ¡Qué mas quizera o porco porcaso que lhe façan coscas!

(*Oyese un triste de pericón*).

Dos besos llevo en el alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
y el primero que te di.

DON MARTÍN. La musa criolla es triste...

JULIÁN. Casi no hay poesía sin tristeza... Los cantares del pueblo no podían ser una excepción.

ANITA. No es tristeza, sino algo que se le parece por la dulzura de los sonidos... ¡Yo entiendo mucho de versos, cuidado!

DON MARTÍN. ¡Tú siempre fuiste una romántica, hermana vieja! ¿Puedo alegrarme, viejo? Ya que no podemos bailar, digan al baile que venga más cerca... Tú, Julián... (*Este sale y vuelve*).

DON SIXTO. ¡Buena idea, viejo!... ¡Algo es algo! Nos contentaremos como la zorra...

ANITA. ¡Sólo que ahora no son las uvas, sino los viejos los que están verdes!

AMANDA. ¡Miren, miren el bullicio del baile!

TULA (*pasando jubilosa*). ¡Eu tambein gosto da brincadeira!

UNA VOZ. ¿En qué figura habíamos quedado?

OTRA VOZ. Empecemos de nuevo.

OTRA VOZ. ¡A terminar lo empezado!

ISABEL. ¿Tiene apuro en saber mi contestación?

VOCES Y PALMAS. Vamos a seguir... Vamos.

(*Suenan guitarras*).

Parejitas de amores,
formen cadena,
cada cual a su china
diga su pena.
Cielo, cielito,
que sobre lo futuro
no hay nada escrito.

DON SIXTO (*apurando la copa*). ¡Aura! ¡A la voz de
aura! (*Se levanta y taconeá*). ¡Formen cadena!

AMANDA. Papá, ¿te has vuelto loco?

DON MARTÍN. ¡Déjelo que baile! ¡Ojalá no hiciese
otra cosa en su vida! (*Risas*).

DON SIXTO. ¡Uno detrás de otro, como botón de cha-
leco!

ANITA. ¡Bravo, don Sixto! ¡Una coronadita con su
compañera! (*La hacen*). ¡Ay, ay, maldito bastón!
(*Risas*).

AMANDA. Julián, vamos, vamos a bailar. (*Salen*).

DON SIXTO. Voy a ver. (*Sale*).

MISIA ADELA. Ya es hora de comer, y al aire libre no
se debe demorar mucho.

DON MARTÍN. La alegría parece que no necesita ali-
mentarse. Por lo demás, queda bastante día aún y
está sereno...

ISABEL. (*En el centro de la rueda*).

Los desengaños y el tiempo
son dos amigos leales,
que despiertan al que duerme
y enseñan al que no sabe.

ANITA. ¿A quién le habrá sacudido esas calabazas la
gurisa?

...alegremente,
las parejas formadas
están enfrente.
Cielito, cielo,
como bandadas de aves
tiendan el vuelo.

ESCENA VIII

DICHOS, UN CHASQUE, PEONES, CONVIDADOS.

JOAQUÍN (*entrando*). Don Justino ha mandado un
chasque.

DON MARTÍN. ¿Qué dice?

JOAQUÍN. Está ahí fuera. Voy a ver.

DON MARTÍN. No; hágalo pasar.

CHASQUE. No he venido antes porque tenía otros man-
dados.

MISIA ADELA. Hable pronto.

CHASQUE. Encontré al joven Justino a tres leguas de acá...

DON MARTÍN. Diga, diga...

CHASQUE. Yo no sé si traigo alguna mala noticia...

 Mi oficio es no saber lo que llevo y lo que traigo.

DON MARTÍN. ¡Diga pronto; si no, lo mato!

CHASQUE. Adelantado, pido perdón... El joven Justino iba con Gualberto.

ANITA. ¡El Torcido!

CHASQUE. Díjome que no lo esperasen más... Gualberto añadió que nadie los hallaría, que han tomado todas las precauciones.

ANITA. ¿Por dónde iban?

CHASQUE. Por el lado de Aceguá. Pero dijo Gualberto: "Si de aquí te mandamos, por otra entrada pasaremos al Brasil".

DON MARTÍN. ¡Marcha pronto de mi presencia, chasque funesto! ¡Mi cólera va a estallar con peligro para tu vida!

CHASQUE. Perdón... Yo no sé lo que llevo ni lo que traigo... Perdón. *(Sale)*.

DON MARTÍN. ¡Afuera! ¡Afuera! ¡Suspendan esa maldita fiesta! ¡Que se desplome una tempestad sobre todos nosotros y nos aniquile! ¡Ah, crueldad del cielo que me engañaste con la ilusión de un fin dichoso! ¡Ah, desventura, corona eterna de la dicha del hombre!...

ESCENA IX

Todos.

(Los convidados invaden poco a poco el patio, la galería y parte del comedor, en grupos movidos y rumorosos, guardando silencio oportunamente).

MISIA ADELA. ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! *(Llama de un lado a otro)*. ¡Evaristo! ¡Joaquín! *(Entran peones)*. ¡A caballo! ¡A caballo! ¡Busquen a mi hijo, busquen a mi hijo! *(Salen los peones)*. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Me volveré loca!

ANITA. Cálmate, hermana querida; cálmate... *(Aparte)*. Se me ha helado todo el cuerpo... Mi corazón agoniza... ¿Cómo haré para consolar a los otros? *(Las manos juntas)*. ¡Dios mío, Dios mío, hazle volver sobre sus pasos, cegándole con el resplandor de tu misericordia!...

DON SIXTO. ¡A caballo, Julián! ¡Ve a la busca de tu hermano! ¡Tú eres buen jinete!

JULIÁN. ¡Es inútil! ¡Bien lo sé yo! ¡Los corceles de la ilusión no pueden ser alcanzados!

DON MARTÍN. ¡Es inútil! Cuando Dios carga la mano de su castigo, ¿quién podrá rebelarse? ¿Por qué soy premiado con desgracias, al fin de mi vida? ¡Esta es la cosecha de mi fatigoso esfuerzo, abriendo los surcos y criando los hijos! ¿No hay crimina-

les donde hacer justicia, y no en las espaldas de un viejo, cada vez más inclinado a la última caída? ¡Grita, corazón mío, y salta en pedazos fuera de mi pecho! Allá va mi hijo, lo veo, lo veo... , perdiéndose en las nubes... ¡Ah, hijo mío, hijo mío, no corras más, no corras más!... Veo abrirse un precipicio a tus pies... ¡Oh, Dios mío, sálvalo!

MISIA ADELA. ¡Hijo mío de mis entrañas! ¡Nuestros sollozos van a ser tan fuertes que han de ser oídos por tu corazón y te harán volver! ¿No oyes mis gemidos, hijo mío? (*Mirando a lo lejos*). ¡Ah, no veo jinete alguno en el horizonte! ¡El sol se pone!... Las nubes cárdenas de un parto doloroso... ¡Hijo de mis entrañas, oye mis gemidos! ¡Allá viene!, ¡allá viene!

ISABEL. ¡Yo no veo nada, madre; las lágrimas nublan mis ojos!

MISIA ADELA. ¡Ah, no! ¡Es el álamo solitario que parece moverse al caer las sombras de la tarde!

DON MARTÍN. Ven, compañera fiel, ven a mi lado. ¡Haz cuenta que nos ha nacido un hijo nuevo en forma de dolor! ¡Nuestra memoria lo alimentará y lo abrigará hasta la muerte! ¡Cuánto inútil desvelo con este hijo menor, tan querido, de quien esperábamos hermosos frutos!

JULIÁN. Y los dará, padre... Consuélese... Aunque sea un recuerdo importuno, piense que yo me fuí de la misma manera y he vuelto... El volverá

también... Volverá... La vida es fatalmente igual para todos.

DON MARTÍN. ¡Volverá!... ¡Volverá!... ¡Pero también es fatal que mis brazos abiertos no puedan esperarlo! ¡Mis ochenta años largos no dan más plazo a la esperanza! ¡Dejadme gritar sin consuelo! ¡Cuando vuelva, pudriré bajo tierra y mis cenizas no tendrán aviso del regreso de sus pasos! La melancolía destempla mi alma y afloja mis huesos... Dadme un bastón de cayado para el resto de mis días y apártense de mí todos; nadie quiera consolarme si no es mi propia amargura... ¡Volverá!... ¡Volverá!... ¡Mis brazos abiertos no podrán esperarlo!

INDICE

	PÁG.
PRÓLOGO: <i>Ristreja Epilodal de "Buscón Poeta"</i>	7
CASTIDAD (Drama)	27
LA ILUSION (Drama de un cuento)	137
El Cuento	139
El Drama	147
EL VIEJO (Tragedia)	185

OTRAS OBRAS DE EDUARDO DIESTE

BUSCÓN POETA

RECORRIDO ESPIRITUAL Y NOVELESCO
DEL MUNDO

Edición EMECÉ, Buenos Aires.

TESEO I (Los Problemas Literarios).

Editado por Reuniones de Estudio. Montevideo.

Investiga las leyes morfológicas de la *Poesía*, del *Teatro* y de la *Novela*, en el estudio de obras notables, universales y americanas, tratando de poner al descubierto los fundamentos psicológicas de su estructura.

También figura en este volumen la adaptación al cine hecha por Rafael Dieste del relato de Buscón: *Promesas del Viejo y de la Doncella o La Varona*.

TESEO II (Los Problemas del Arte).

Editorial Losada. Buenos Aires.

Investiga las leyes de la plástica, por igual método que el aplicado a la creación literaria, de un modo especial por el estudio de las Escuelas de Pintura conocidas con el nombre de:

Clasicismo. Academismo. Impresionismo. Planismo.

Cubismo. Expresionismo. Futurismo y tendencias intermedias.

EL TIEMPO ÉPICO

"Nosotros", Nº 48-49, Buenos Aires.

Ensayo sobre la *Novela*, complemento de la serie respectiva del *Teseo I*, ejemplarizado a favor de obras notables, universales y americanas.